

LOS USOS DE GRAMSCI

*Juan Carlos Portantiero*

Título: *Los Usos de Gramsci*.  
Autor: *Juan Carlos Portantiero*.  
Editorial *Tierra del Sur*. *Cooperativa de trabajo*.  
2019, *Sudamérica*.

*Los Usos de Gramsci* es un ensayo publicado en *Cuadernos del Pasado y Presente*, No. 54. México, D.F., 1977.

*Tierra del Sur*, es un espacio cooperativo de trabajo y aprendizaje. Tratamos de recuperar herramientas que nos sirvan para que autónomamente podamos reproducir y difundir materiales que sirvan para la reflexión / acción colectiva. También es una apuesta a transformar las relaciones laborales e intentar en ella una horizontalidad que nos lleve a tener un compromiso colectivo por encima del individual. Trabajamos desde tres lugares geográficos, en lo que hoy se llama Argentina. Cualquier sugerencia sobre el texto o alguna propuesta editorial podés hacerla llegar a [laeditorialtds@yahoo.com.ar](mailto:laeditorialtds@yahoo.com.ar) o bien a f. Tierra del Sur. También por esta vía podemos enviarte nuestro catálogo.

# Introducción a *Los usos de Gramsci*

por *Hernán Ouviña*

“No nos preguntaremos tanto qué es leer, sino quién es el que lee (dónde está leyendo, para qué, en qué condiciones, cuál es su historia) (...) Si el narrador es el que transmite el sentido de lo vivido, el lector es el que busca el sentido de la experiencia pasada”

Ricardo Piglia, *El último lector*

## Texto y contexto(s)

Hay textos que escamotean la pretensión de quien contribuyó a parirlos, así como existen prólogos e introitos que se resisten a ser mero preludeo o puerta de entrada al material que los motorizó, para cobrar vida, contorno y espesor propios, al punto de devenir autosuficientes y no concebirse ya como antesala de algo que le es externo. Tal es el caso de *Los usos de Gramsci*. Concebida como extensa y detallada Introducción a un conjunto de escritos políticos de este inigualable y autodidacta marxista italiano, originariamente fue escrita por Juan Carlos Portantiero (1934-2007) para uno de los tantos *Cuadernos de Pasado y Presente* —materiales de intervención que, en formato de libros y de manera ininterrumpida, desde 1968 publicaba todos los meses el grupo homónimo—, en este caso dedicado a convidar una detallada selección de artículos periodísticos, cartas, documentos políticos y borradores carcelarios de Gramsci.

*Los Usos de Gramsci* es publicado y difundido como estudio preliminar de esta compilación en 1977 en México, pero tiene como emblemática fecha de escritura 1975, año en el que Portantiero parte al exilio desde Argentina y que, por cierto, estampa al final

de esta Introducción a modo de “cierre” o culminación no sólo de este texto señero, sino de toda una etapa de su vida intelectual y política, casi como alegoría de un quiebre que es personal y en especial colectivo. Median momentos críticos entre una y otra coyuntura: desde la extrema agudización de la lucha de clases que se abre tras el Cordobazo (insurrección popular ocurrida justamente en la ciudad donde nacen la revista y los *Cuadernos de Pasado y Presente*), al creciente asesinato de cientos de referentes políticos, sindicales, estudiantiles y del activismo de izquierda en general a manos de la Triple A; y del cada vez más desembozado terrorismo estatal que fuerza al destierro a quienes aún no habían sido alcanzados por la política de exterminio instaurada a sangre y fuego en nuestro país, a una cruda reflexión desde el exilio signada por la derrota de los proyectos socialistas en el cono sur.

Esta coyuntura de crisis orgánica y anomalía socio-política —que finalmente se resolverá mediante la apelación a la violencia más descarnada— es la que estimula a Juan Carlos Portantiero a reconstruir el itinerario biográfico y los aportes de Gramsci para la realidad argentina y latinoamericana, y la que al poco tiempo lo obliga a exiliarse en México, junto a buena parte del grupo que integra *Pasado y Presente* (una apuesta de compromiso intelectual e intervención político-cultural de las más originales en Argentina). Con él marchan, entre otros, meses más tarde José “Pancho” Aricó y Oscar del Barco, dos cordobeses precursores junto con Portantiero en el ejercicio de traducibilidad y reinención del pensamiento gramsciano, al calor de las polémicas surgidas desde la nueva izquierda contra las lecturas anquilosadas y economicistas del marxismo. Pero a pesar del evidente reflujo que los condiciona en México, la tarea de este colectivo editor no mengua, sino que ella funge de puntapié para formular un balance más global de los porqués de esta tremenda derrota, en un clima donde prima la desorientación teórico-política ante la instauración de la dictadura más cruenta en la historia argentina.

Precisamente en el país azteca continúan con su labor editoria- lista y sacan casi un tercio del total de *Cuadernos de Pasado y Presente*, que hoy constituyen un material tan clásico como imperecedero a nivel continental y mundial. Entre ellos, el número 54 que lleva por título *Escritos Políticos (1917-1933) de Antonio Gramsci*, e incluye en su primera edición esta exhaustiva Introducción de Portantiero. Sin embargo, a los pocos años *Los usos de Gramsci* deja de oficiar de extensa presentación de este volumen y pasa a constituirse como columna vertebral de un nuevo libro, que bajo el mismo nombre busca aglutinar varios otros textos de su autoría que evidencian una misma obsesión gramsciana, aunque en los restantes materiales que lo componen se denota el peso de la *derrota* de los proyectos revolucionarios impulsados años atrás en Argentina y Sudamérica, leídos en filigrana como rotundos fracasos prácticos que —al mismo tiempo— involucran una creciente desilusión con respecto a la teoría marxista que supo orientar estas apuestas.

A diferencia del texto *Los usos de Gramsci*, que de manera inestable y delicada aún combina el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, desde un marxismo acorde a los desafíos y tradiciones de Nuestra América (aunque sin renegar, por supuesto, de la necesidad de repensar las estrategias de transformación integral de la realidad), casi todos los otros escritos que fueron incluidos en las sucesivas ediciones del libro —ya sea la primigenia en 1981 en territorio mexicano, la que sale a la luz por primera vez en Argentina en 1983/84 en plena transición democrática, o más aún aquellas que circulan profusamente desde finales de los años '90 en nuestro país y la región— no sólo están signados cada vez más agudamente por un balance autocrítico acerca de las limitaciones y cegueras de las estrategias desplegadas por las izquierdas latinoamericanas durante la década del '60 y '70, sino que incluso tienden a introyectar ciertas categorías, ópticas y apreciaciones que lo distancian del horizonte socialista y (en particular en el último caso) hasta del marxismo como tal. Por lo tanto, algunas de las afirmaciones y planteos que

se vierten en ellos parecen prefigurar la posterior deriva socialdemócrata de Portantiero, con su apoyo explícito al gobierno de Raúl Alfonsín y su defensa enconada de la frágil institucionalidad estatal representativa-liberal emergente en este período. De la crisis del marxismo, que se vivencia y problematiza en México y asola a buena parte de Europa por aquel entonces, se pasa a un *radical* (en una doble clave, si se permite la ironía) rechazo de él como filosofía de la praxis.

Es sabido que los años de exilio y su retorno al país significaron para Portantiero un punto sin retorno en términos de ruptura teórico-política con las apuestas anticapitalistas y el marxismo revolucionario como brújula. Acaso los cambios que sufre el propio libro de Portantiero con el transcurrir de los años, sean la mejor metáfora de su transformación (¿o deberíamos hablar de *transformismo*?) a lo largo de las décadas del '80 y '90, hasta su lamentable fallecimiento en 2007. La curiosa concatenación no cronológica de estos artículos, además, dificulta una lectura contextual y situada de cada uno, desde una óptica que permita a la vez dar cuenta de los matices, discontinuidades y hasta cierto punto “quiebres epistemológicos” que se infieren al adentrarse en ellos como propuesta de conjunto.

Por otra parte, la supresión en la nueva edición difundida a fines de los años '90, de un artículo presente en la primera edición mexicana y argentina titulado “Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica”, y su sustitución por otro abocado a la figura de Gramsci, pero ahora sazonado con buenas dosis de Weber y Durkheim, lo sitúan en una lectura exclusivamente académica de Gramsci, quien deviene en miembro (re)fundador de una selecta tradición sociológica en Occidente, y cuyo mayor aporte es haber contribuido a la creación de una “teoría no determinista de la acción social”. Un forzamiento y (ab)uso de Nino que, sin duda, equivalió en un plano más general a romper marras y alejarse definitivamente de aquella constelación de marxistas indisciplinados, creativos y antipositivistas que ansiaban revolucionarlo todo en las primeras

décadas del siglo xx, y para quienes el centro de gravedad lo constituía la política como intensidad militante y praxis crítico-transformadora de carácter colectivo.

Podría decirse que con el libro *Los usos de Gramsci* (más amplio y disímil que el extenso escrito que dio nombre a la compilación homónima) ocurre algo similar que con *Historia y conciencia de clase* de Geörgy Lukács. Es sabido que el marxista húngaro decidió publicar una serie de artículos y textos redactados por él a lo largo de unos años por demás convulsionados (1919-1922) y que en su caso involucran un cambio de piel y hasta una considerable mutación epistémico-política, desde su temprano luxemburguismo a su férrea adscripción leninista, aunque sin desechar jamás al marxismo ni a la radicalidad comunista como potentes brújulas para el estudio filosófico y la acción revolucionaria. Pero Lukács se encargó de escribir sendos prólogos (el más extenso de ellos, por cierto, con más de 30 páginas) para aclarar esos vaivenes y hasta autocriticar derivas hegelianas o actitudes –según él– “ultraizquierdas” en su etapa juvenil. Más allá de estar o no de acuerdo con lo allí expresado, ese gesto clarifica el sentido y las limitaciones del supuesto libro que, en rigor, yuxtapone pensares y haceres no sólo diferentes sino en parte antagónicos, desde una coherencia y totalidad que quizás no es tal a la vuelta de la historia. Salvando las distancias, cabe trazar un paralelismo con Portantiero –quien, a pesar de las sucesivas reediciones, extrañamente jamás le incorporó un (más que necesario) prólogo o introducción al libro *Los usos de Gramsci*–, que hasta agotarse hace ya un par de décadas siempre se publicó sin notas aclaratorias ni prefacio alguno.

## Los usos de Gramsci en Argentina

Si bien *Los usos de Gramsci* constituye uno de los textos señeros y más originales de relectura y traducción del corpus gramsciano en nuestro continente, lo cierto es que antes de él, y por supuesto a

posteriori, existe una rica y heterogénea historia de las recepciones e itinerarios de su obra en la región, en particular en el abigarrado territorio argentino. En efecto, si hay algún país en el mundo en el que Gramsci supo tener temprana acogida, ese fue sin lugar a dudas nuestro país. Está pendiente aún una reconstrucción, pormenorizada e integral, de las múltiples –y hasta contrapuestas– apropiaciones y “usos” que de este militante y pensador italiano se han hecho desde el sur de Nuestra América.

A modo de breve repaso, podríamos mencionar la temprana y creativa difusión que hicieron, por estas tierras, un grupo de obreros anarcosindicalistas, quienes en 1921 tuvieron la osadía de traducir y compilar algunos de los escritos Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti publicados en las páginas de *L'Ordine Nuovo*, y difundidos en Argentina solo meses más tarde de su circulación primigenia durante el convulsionado “bienio rojo” turinés, bajo el sello de la editorial Argonauta con el sugerente título de *Hacia una sociedad de productores*. Por aquellos años, en paralelo a esta empresa libertaria, el periódico socialista *La Vanguardia* también divulgará ciertos textos “ordinovistas” con la misma afición.

No obstante, será recién a partir de la primera mitad de la década del '50 que sus textos tendrán una difusión de mayor alcance en el país. En primer lugar, a partir de la precursora labor de recreación y “aplicación” que formula en 1951 filósofo y ensayista marxista Héctor Agosti en su libro *Echeverría*, de algunas de las principales categorías gramscianas, para el análisis de la conformación de la cultura nacional y la denuncia del carácter inconcluso de la fallida revolución de mayo de 1810 en Argentina, como parte del proceso independentista truncado en la región. En segundo término, podemos mencionar la rigurosa *traducción* –esta vez filológica, aunque también filosófico-política– que tanto Agosti como José Aricó y otros militantes del Partido Comunista Argentino, realizan de la edición “temática” de los *Cuadernos de la Cárcel*.



Además de ser la primera en lengua no italiana, supo concitar la atención de sectores no solo vinculados al marxismo clásico, sino también a la incipiente *nueva izquierda* revolucionaria que, al calor de la revolución cubana y la convulsionada realidad latinoamericana, buscaba tomar distancia de la doctrina gestada en la URSS. Fue ante todo una “traducción” de carácter político ligada a una necesaria renovación ideológico-cultural, que se dio por fuera de los ámbitos académicos, a diferencia de buena parte de las que le sucederían en términos cronológicos en el resto del mundo. De esta forma, Argentina será el país donde circulen tempranamente tanto las *Cartas de la Cárcel* como varios de los “libros” editados por Palmiro Togliatti en territorio italiano. Así, entre 1958 y 1961 la editorial Lautaro publicará *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, *Literatura y vida nacional* y *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*.

Ya a comienzos de la década del '60, un grupo de jóvenes intelectuales integrantes del PC, entre los que se encontraban Juan Carlos Portantiero, Oscar del Barco y el propio Aricó, serán quienes rompan lanzas con su maestro Agosti y con la organización que los cobijaba y decidan fundar en Córdoba una revista trimestral que desde su nombre mismo evidenciaba una clara filiación gramsciana. *Pasado y Presente* saldrá a la calle en abril de 1963 y a poco de difundirse, forzará la expulsión del grupo del PC. El editorial de su primer número, escrito y firmado por Aricó, explicitaba la emergencia de una “nueva generación” que concebía al marxismo como “conciencia crítica de la acción transformadora” y expresión de una “verdadera crisis del pensamiento dogmático”. La dirección del PC denunciará como provocadores a estos jóvenes “renegados”, afirmando que no resultaba lícito “un marxismo fuera del marxismo-leninismo”. Su definitivo alejamiento de esta organización será el puntapié para que este grupo se constituya como una referencia fundamental de *irradiación* de las ideas de Gramsci en Argentina y América Latina.

Durante los años '60 y '70, el grupo político-cultural *Pasado y Presente* publicará, bajo el liderazgo indiscutido de José Aricó y con un rol también destacado de Juan Carlos Portantiero, un total de nueve números de la revista (deshablada en dos épocas y coyunturas históricas diferentes: 1963-1965 y 1973), así como casi un centenar de *Cuadernos de Pasado y Presente* (primero en Córdoba, luego en Buenos Aires y finalmente en México), a través de los cuales se difundirán a autores/as y corrientes filosófico-políticas poco conocidas o bien invisibilizadas en el seno del marxismo, teniendo como eje transversal a la figura de Antonio Gramsci.

Este proyecto colectivo buscaba reconstruir una praxis revolucionaria que se nutriera de las diversas tradiciones y realidades socioculturales específicas de Argentina, logrando articularlas entre sí de manera tal que confluyan en un mismo proyecto ético-político de corte gramsciano. Resultaba, por lo tanto, prioritario despojarse del ropaje "cosmopolita" que en aquel entonces operaba como camisa de fuerza en la apuesta por construir una voluntad colectiva con arraigo de masas, aunque sin renegar del socialismo como horizonte estratégico. Hipótesis ésta por demás sugestiva, en la medida en que de acuerdo al grupo *Pasado y Presente*, brindaba pistas en torno a los porqués del trágico desencuentro histórico entre los sectores populares y la intelectualidad de izquierda, que podía leerse como tensión y posible hiato entre el marxismo y la "cuestión peronista", equivalente quizá en importancia (y ejercicio de traducción mediante), a la *cuestión meridional* que Gramsci esbozó antes de su encarcelamiento.

Juan Carlos Portantiero será precisamente uno de los mayores impulsores de una lectura neogramsciana de la realidad argentina durante aquellos convulsionados años, que combinará con variadas actividades de compromiso intelectual y político en la Universidad (donde deviene el principal referente de las llamadas "Cátedras Marxistas"), en ámbitos periodísticos (colaborando con Prensa Latina), así como en espacios de articulación sindical de carácter

clasista. Desde su primer libro *Realismo y realidad en la narrativa argentina* (1961), pasando por la investigación realizada junto a Miguel Murmis que publican bajo el nombre de *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (1971), su análisis del movimiento de la reforma universitaria de 1918 y las vinculaciones con el nuevo ciclo de rebelión estudiantil desplegado en 1968/1969, editado en Italia como *Estudiantes y revolución* (1971), hasta sus sugerentes artículos de análisis de coyuntura vertidos en la revista *Pasado y Presente*, entre los que se destaca “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual” (1973).

Sin embargo, la creciente represión paramilitar sobre las organizaciones de izquierda, y en particular el golpe de Estado instaurado el 24 de marzo de 1976, obligará a los referentes principales del grupo *Pasado y Presente* a exiliarse en México, donde gestan la revista *Controversia* (1979-1981), un nuevo emprendimiento editorial en el que vuelcan sus reflexiones e hipótesis acerca de la reciente derrota del proyecto revolucionario y formulan hondas críticas al marxismo, hasta que la caída de la dictadura cívico-militar les permita retornar al país y reimpulsar, cierto es que en un contexto de profunda desarticulación del campo popular y con cada vez más vínculos con el nuevo gobierno alfonsinista, otras iniciativas intelectuales, como la revista *La Ciudad Futura* y el Club de Cultura Socialista.

En aquel entonces, en el plano más general de América Latina, se produjo un renovado interés por la obra de Gramsci, sobre todo a partir de la cruenta interrupción del proyecto encarnado por la Unidad Popular en Chile. La proliferación de dictaduras militares en el cono sur y, más tardíamente, en Centroamérica, volvieron a poner en el tapete la cuestión de las posibilidades de construcción de una hegemonía popular con proyección anticapitalista. El contexto por demás desfavorable propició no solamente un sano debate alrededor del vínculo entre socialismo y democracia, sino también lecturas que intentaron hacer de Gramsci un “teórico de las superestructuras”,

propulsor de la conquista del poder “de a pedacitos”, ideólogo del “compromiso histórico” con sectores burgueses y sus expresiones político-electorales, abonando a una interpretación que lo escindía completamente de la tradición revolucionaria e incluso del propio Marx, para justificar posturas políticas reformistas donde se revisitaban figuras como Juan B. Justo o Eduard Bernstein.

No obstante, estos “usos” de Gramsci se entrecruzaron en una disputa política con quienes pretendían rescatar sus propuestas estratégicas más disruptivas, su filón militante y el carácter de continuación/superación de la tradición marxista contenido principalmente en sus escritos carcelarios. Intensos debates se suscitaron en torno a su obra, hasta que los nuevos tiempos neoconservadores primero, y el derrumbe de los llamados “socialismos reales” después, terminaron por eclipsar el interés por este teórico convencido de la conveniencia y de la posibilidad de la transformación socialista de la sociedad. Así, durante la segunda mitad de los años ‘80, el carácter subversivo y anticapitalista de Gramsci cedió paso a la discusión en torno a la consolidación de un orden democrático y una institucionalidad estatal que poco se emparentaba con el horizonte estratégico y de subversión total al que aspiraba el marxista italiano.

En igual sentido, durante los años ‘90, si bien existieron reflexiones y aportes lúcidos centrados en el pensamiento gramsciano, la hegemonía neoliberal caló hondo también en el plano teórico-intelectual, por lo que será recién -al menos en el caso de Argentina- la profunda crisis abierta en 2001 la que tornará nuevamente vital al corpus de Gramsci, para realizar un análisis de la inédita situación vivida en el país, desde una perspectiva emancipatoria y vinculada al devenir político de las clases subalternas. Cabe afirmar, por tanto, que este intrincado derrotero de Gramsci en nuestro país —y por supuesto también en la región— no fue ajeno a los avatares de las relaciones de fuerzas entre las clases, grupos y sectores en lucha, ni tampoco pudo sustraerse a las “modas” y los debates académicos condicionados por aquella cambiante correlación.

De ahí que no resulte azaroso que, en el caso de Argentina, el 2001 haya oficiado de verdadero parteaguas en cuanto a las querellas interpretativas y la posible productividad del pensamiento gramsciano. Crisis orgánica, Estado ampliado, hegemonía, transformismo, intelectuales orgánicos, guerra de posiciones, bloque histórico, revolución pasiva y sociedad civil fueron, entre muchos otros conceptos, no solo significantes utilizados para la interpretación de ese proceso inédito de descomposición del régimen político y agotamiento de un determinado patrón de acumulación, sino nociones claves a las que acudieron organizaciones de izquierda y movimientos populares para desentrañar aquel álgido contexto tan difícil de asir, e intervenir políticamente en él en términos creativos.

Asimismo, los doce años de gobierno de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, y los acalorados debates en torno a su caracterización, han ameritado acudir a las categorías gramscianas para dilucidar sus núcleos fundamentales así como sus rasgos de continuidad y/o ruptura con respecto a la hegemonía de claro corte neoliberal durante el menemismo, como respecto de los avatares de una recomposición hegemónica que, a partir de 2003 y aunque de carácter débil, durante el gobierno de Mauricio Macri tendió a resquebrajarse y hoy evidencia un nivel de fragilidad extremo, lo cual no hace sino más necesario aún revisitarse los conceptos y reflexiones gramscianas, para intentar comprender a -e incidir en- la delicada coyuntura por la que transita actualmente Argentina.

## Gramsci para latinoamericanos/as

Un rasgo no menor de la “traducción” y recreación del pensamiento gramsciano en nuestro continente, de la que el texto de Portantiero es tributario, ha sido el hecho de que las primeras lecturas de sus escritos remitían a una interpretación de la realidad *concreta y situada* de América Latina. Así, (re)leer a Gramsci le permitió a toda una generación de militantes –la mayoría de ellos/as marxistas heréti-

cos/as— tomar distancia de los dos flagelos o tendencias opuestas pero paradójicamente coincidentes, que al decir de Michael Löwy desde un comienzo signaron el derrotero del pensamiento crítico en la región: por un lado, el *exotismo*, que absolutizaba la especificidad latinoamericana (su cultura, su historia, su estructura social, etc.) acabando por enjuiciar al propio marxismo como doctrina exclusivamente europea. Por el otro, el *européismo*, que tendía a trasladar de manera mecánica —y sobre la base de una concepción unilineal de la historia— a esta realidad los modelos de desarrollo económico y social occidentales en su “evolución” histórica, intentando encontrar de cada aspecto de la realidad europea su equivalente aquí. A contrapelo, y parafraseando a José Carlos Mariátegui, podemos decir que más que un *itinerario* preconcebido, para este crisol de gramscianos el marxismo en Nuestra América constituía una abigarrada *constelación* habitada por la diversidad (por lo que sería más correcta hablar de “marxismos” en plural), y en tanto filosofía de la praxis debía recrearse cual frágil *brújula*, para orientar el análisis y la transformación en este continente desde una óptica propia y descolonizada.

De ahí que estas corrientes neo-gramscianas hayan intentado generar una confluencia creativa entre pensamiento crítico y realidad latinoamericana, recuperando ciertas categorías formuladas por Gramsci en su período de la cárcel, sin desatender la necesidad de una “traducibilidad de lenguajes” que tanto interesaba a Nino. Porque como supo expresar René Zavaleta, si bien el marxismo nunca ha producido una revolución en estas tierras, sí ha cumplido un rol descollante como acicate de ella en aquellos casos en que *supo leer en cada historia la formación o génesis subterránea de un cambio social radical*, aportando a la configuración de una praxis genuinamente enraizada, que al decir de Mariátegui no fuera “calco ni copia” sino creación heroica de los pueblos.

No casualmente, en varias de sus notas carcelarias Gramsci caracteriza al marxismo como un “historicismo absoluto”. El escrito de Juan Carlos Portantiero se inscribe claramente en esta senda, acaso como uno de los materiales más originales que brinda una visión integral de la vida y obra de Antonio Gramsci, en tanto marxista revolucionario e intelectual orgánico de las clases subalternas, que esboza un proyecto emancipatorio emparentado con el que es preciso cultivar en tierras como las nuestras. Alguna vez José Aricó sugirió que, llevado al límite, podría sostenerse que las y los autores no existen, y a lo sumo *lo que hay son lectores (y lectoras) que traducen y recomponen*. Desde esta tesitura, la exhaustiva labor que realiza Portantiero en pos de reconstruir y tornar comprensible los principales conceptos formulados por Gramsci, atendiendo a su complejo derrotero biográfico y militante (que dista de restringirse a su período de encierro), puede ser considerado uno de los más logrados ejercicios de recomposición, traducibilidad y ordenamiento de ese “cortaziano modelo para armar” que es la inconclusa y dispersa obra gramsciana.

Basta recordar que un libro que aún en la actualidad funge de referencia y puerta de entrada para interpretar y dotar de mayor coherencia a los *Cuadernos de la Cárcel* es *Las antinomias de Gramsci*, de Perry Anderson. Este escrito, tan polémico como provocador, podría contrastarse en espejo con el gestado unos años antes por Portantiero. Donde el historiador inglés ve contradicciones lógicas y aporías varias, el argentino deja traslucir pistas para tornar inteligible la realidad del capitalismo periférico en el que se incluye buena parte de América Latina; en aquellas ambivalencias e incompatibilidades que pretende detectar Anderson, el autor de *Los usos de Gramsci* destaca originalidad, anti-esquematismo, monismos articulables, dialéctica y aguda capacidad analítica para comprender la creciente complejidad de las sociedades y los Estados que emergen tras la crisis de 1929. Por cierto, el aporte de Portantiero es más destacable aún si tenemos en cuenta que recién ese mismo año

1975 en el que redacta su texto, se comienza a publicar en Italia la esperada edición crítica de los *Cuadernos de la Cárcel* a cargo de Valentino Gerratana, a la que a diferencia de Anderson él no tuvo posibilidad de acceder al momento de redactar su extenso ensayo.

Así, Portantiero explicita ya en las páginas iniciales de *Los usos de Gramsci* su intencionalidad: evaluar qué viabilidad hay de utilizar –ejercicio de traducción mediante– el arsenal teórico y las reflexiones políticas de Gramsci para el análisis de nuestras sociedades latinoamericanas. Y la respuesta dista de ser ambigua. Buena parte de ese corpus es *directamente* pertinente para interpretar (e intentar transformar) la realidad de América Latina. De acuerdo a su caracterización, ha habido una lectura errónea de la obra gramsciana, en tanto se la ha considerado una teoría de la revolución en Occidente, identificando a éste con los países capitalistas europeos “avanzados”. Sin embargo, la sociedad que Gramsci estudia en profundidad (Italia), constituye una típica sociedad del llamado *capitalismo periférico*.

“Si éste es el terreno histórico sobre el cual Gramsci colocó sus reflexiones –dirá Portantiero–, ellas estarían más cerca de cierto tipo de sociedades latinoamericanas actuales, que de las formaciones sociales del capitalismo contemporáneo más avanzado y maduro”. Desde esta óptica, gran parte de las sociedades latinoamericanas serían sociedades complejas pero desarticuladas, con una dinámica de configuración socio-económica tardío-dependiente y una estatalidad tendiente a ostentar un poder de reserva y una autonomía capaz de generar iniciativas en una clave mucho mayor que la propia sociedad. Esto implica “la existencia de dos grandes tipos de sociedades occidentales”, un Occidente central (el que refiere a un capitalismo “maduro y avanzado”) y un *Occidente periférico* (donde entrarían las realidades de Italia, España, Polonia y Portugal, abordadas explícitamente por Gramsci, pero también las de países como Argentina, Chile, Uruguay, México y Brasil, o incluso Bolivia). En suma: Oriente y Occidente no remitirían para Gramsci a diferencias



de tipo geográficas ni a un binarismo simplón, ni siquiera de orden exclusivamente económico. Antes bien, en cada caso es preciso dar cuenta de las diversas formas de articulación entre Estado y sociedad, que el boliviano René Zavaleta ha denominado *ecuación social*.

Lo interesante del planteo de Portantiero es que muchas de las categorías elaboradas por Gramsci (como la de Estado integral, revolución pasiva o guerra de posiciones), resultan de acuerdo a su lectura potentes herramientas de interpretación e intervención en la específica realidad latinoamericana, que permiten contribuir a una teoría crítica pertinente para nuestro continente, desde una triple dimensión analítica: una teoría de la *dominación*, una teoría de la *crisis* o de la contradicción, y una teoría del conflicto o de la *revolución*. En el primer caso, la noción de *Estado integral* permite concebirlo como una compleja combinación de coerción y consenso, esto es, de dominio y dirección, rompiendo así con las lecturas más vulgares e instrumentalistas del Estado, como mera maquinaria represiva al servicio de la burguesía, para resituarse a la hegemonía en tanto campo de fuerzas asimétrico y contradictorio, que involucra también a las diversas instituciones de la sociedad civil. La segunda dimensión brinda elementos novedosos para entender las *crisis orgánicas* no como abruptos cataclismos económicos, sino en los términos de desajustes y desagregaciones del bloque histórico, que presuponen un profundo desacople entre estructura y superestructura, esto es, una crisis del Estado en su conjunto. Por último, la *revolución socialista* se presenta como un prolongado y multifacético proceso de modificación y quiebre de una correlación de fuerzas, vale decir, como una transformación radical protagonizada por las propias masas que, en su constitución como sujeto político, incluye asumir la construcción de una hegemonía alternativa que permita soldar a su vez un nuevo bloque histórico. “Estas clases subalternas -concluirá Portantiero, en franca crítica de ciertas derivas vanguardistas- no aparecen para Gramsci como una masa de cera virgen que puede ser modelada por un evangelizador externo”.

## Una vez más, ¿por qué Gramsci?

*Los usos de Gramsci*, texto emblemático de la teoría política latinoamericana contemporánea, nos brinda la pormenorizada reconstrucción de la vida y obra de quien fuera uno de los intelectuales y militantes marxistas más importantes del siglo xx, que a pesar de ello no dejaba de ser un “hombre de carne y hueso”, como él mismo gustaba caracterizar a los obreros turineses que lideraron las tomas de fábrica durante el “bienio rojo”. Tras extenuantes años de militancia, es arrestado por el régimen fascista y el fiscal que contribuye a su condena alega que se debe “impedir que su cerebro piense por lo menos por 20 años”. Luego de una década de encierro, a lo largo de la cual redacta y pule gran cantidad de apuntes, fallece en un casi total aislamiento político y afectivo en una clínica en Roma, a los pocos días de haber cumplido su pena.

A pesar de no escribir jamás libro alguno, Gramsci nos ha dejado una infinidad de notas periodísticas, escritos políticos, textos inconclusos, epístolas y cuadernos redactados tanto durante su etapa juvenil como en sus años de cárcel, que en conjunto constituyen un verdadero rompecabezas cuyas piezas no son de fácil encaje. Tal vez eso permita explicar no sólo los diferentes “usos” que se han hecho de sus categorías e ideas, sino también ciertos abusos y lecturas antojadizas. Pero más allá de la polémica abierta acerca de las posibles interpretaciones a que ha dado lugar su provisoria y fragmentaria obra —de las que da cuenta en apretada síntesis el propio Portantiero—, hoy muchos de sus conceptos son parte del acervo de analistas políticos y periodistas, como de activistas de partidos de izquierda, sindicatos de base, colectivos feministas y de educación popular, organizaciones campesinas e indígenas, plataformas de articulación tanto urbanas como rurales y movimientos sociales, no sólo de América Latina y el Caribe sino incluso de gran parte del mundo.

Su vigencia y contemporaneidad remiten a que Gramsci toma distancia de las visiones que definen a la cultura y lo político como meros reflejos de la infraestructura o “base material” de una sociedad, o aspectos secundarios en el estudio y la transformación de la realidad. A contrapelo de estas lecturas deterministas, postula que el hacer y el pensar, la materia y las ideas, lo objetivo y lo subjetivo, son momentos de una totalidad en movimiento, que sólo pueden separarse en términos analíticos, ya que configuran un abigarrado bloque histórico en el que se articulan y condicionan dialécticamente, complejo proceso éste que no puede explicarse sólo desde la esfera económica (a la que, por cierto, no desestima). De manera análoga, tampoco concibe al poder como mera fuerza física ni pura represión. Si bien esta arista oficia de límite último y garante del orden, considera que es fundamental ampliar la mirada y entender al Estado de forma integral, o en sus propias palabras “hegemonía acorazada de coerción”, que involucra “el conjunto de actividades prácticas y teóricas con las que la clase dirigente justifica y perpetúa su dominación y además logra obtener el consenso activo de los gobernados”. El poder deja de ser una “cosa” que se toma y manipula, para caracterizarse como una relación de fuerzas entre clases y grupos antagónicos, en un plano macro-social y también a nivel molecular, lo que permite hacer visible el carácter político de aquellos vínculos, lenguajes y prácticas que se presumen neutrales o exentas de conflictividad.

Son infinitas las organizaciones y procesos de lucha que han apelado a las sugerentes ideas y propuestas revolucionarias de este autodidacta sardo, para dotar de mayor coherencia y potencialidad a sus proyectos y comprender de forma más certera la realidad, pero sobre todo en aras de intervenir en ella y transformarla de raíz. Al respecto, tal vez la categoría más difundida sea la de hegemonía, que Portantiero reconstruye en detalle en su escrito. Si bien no es propiamente una creación gramsciana, lo cierto es que en los apuntes de la cárcel Gramsci supo otorgarle una connotación más

compleja e integral, al contemplar la dimensión subjetiva y de disputa cultural. De acuerdo a él, la hegemonía, en tanto concepción del mundo arraigada en –y co-constitutiva de– la materialidad de la vida social, busca construir un consenso activo alrededor de los valores e intereses de las clases y grupos dominantes, que son internalizados como propios por el resto de la sociedad, deviniendo “sentido común” y principio articulador general. Campo de lucha dinámico e inestable, lo hegemónico es habitado, confrontado y recreado a diario por quienes resisten a una condición subalterna. De ahí que destaque el rol que cumplen las instituciones de la sociedad civil (entre ellas los medios de comunicación y el sistema educativo) como “trincheras” donde se disputan sentidos, y a través de las que se difunden un conjunto de ideas, pautas de comportamiento y expectativas que contribuyen a sostener y apuntalar –o bien a erosionar e impugnar– un entramado de relaciones de dominación que, además de capitalistas, cabe caracterizar como patriarcales, racistas y adultocéntricas.

La revolución, como proyecto de destrucción-reconstrucción, implica por lo tanto para Gramsci erosionar y desmembrar los antiguos valores, normas, prácticas y relaciones que estructuran y sostienen el orden socio-político capitalista en todas sus dimensiones, a la vez que gestar alternativas que resulten al decir de Paulo Freire “inéditas y viables”, y sirvan de base para la prefiguración del horizonte socialista por el que se lucha. Esta batalla, que es al mismo tiempo ideológico-política, cultural y económico-productiva –ya que “el socialismo es una visión integral de la vida”– requiere conjugar el sentir con el pensar-hacer a nivel personal y colectivo, y antecede al momento más estrictamente de desarticulación de ciertas estructuras institucionales donde se materializa y concentra el poder. La transformación revolucionaria deja de ser así un lejano horizonte futuro, para arraigar en espacios, vínculos, valores, proyectos y entramados de organización popular actuales, basados en un nuevo universo de significación y en prácticas materiales anta-

gónicas al capitalismo como sistema de dominación múltiple, que en conjunto anticipan el nuevo orden venidero.

Como advertencia frente a posiciones iluministas y distantes de las necesidades y anhelos del pueblo, Gramsci llegó a escribir en sus notas carcelarias que “los intelectuales creen que saben, pero comprenden muy poco y casi nunca sienten”. Precursor del diálogo de saberes y de la pedagogía de la escucha, se cuidó de no romantizar a las clases subalternas, pero tampoco desestimarlas como protagonistas ineludibles en la creación de esa nueva cultura liberadora, que involucra una profunda “reforma intelectual y moral” en y desde la subjetividad de las masas, y desecha a la revolución como un evento futuro y lejano, al reinventarla a partir de la praxis colectiva, multidimensional y de largo aliento, que tiene su germen aquí y ahora, en cada resquicio de la vida cotidiana donde se prefigura la sociedad del mañana.

Por eso necesitamos volver a hacer un “uso” creativo, herético e indisciplinado de Gramsci: para desnaturalizarlo todo y ensayar otros mundos en nuestro presente, con el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad siempre a cuestas. Porque sus preguntas y angustias, al decir de Portantiero, se asemejan demasiado a las nuestras, y acaso el contexto adverso que asola a Sudamérica en estos días tenga ciertas similitudes con aquel que debió analizar sin desánimo ni ingenuidad Gramsci en los tiempos sombríos del fascismo. Estas y muchas otras afinidades nos incitan a recordar, junto a este empecinado marxista del sur global, que “existen en la historia derrotas que más tarde aparecen como luminosas victorias, presuntos muertos que han hecho hablar de ellos ruidosamente, cadáveres de cuyas cenizas la vida ha resurgido más intensa y productora de valores”.



# 1.

## ¿Cuál Gramsci?

Yo no hablo nunca del aspecto negativo de mi vida, en primer lugar porque no quiero ser compadecido: fui un combatiente que no ha tenido suerte en la lucha inmediata y los combatientes no pueden ni deben ser compadecidos cuando han luchado no por obligación sino porque lo han querido conscientemente.

Carta a la madre, 24 de agosto de 1931,  
Cárcel de Turi

Como para otros en la historia del movimiento socialista, la pregunta resulta también pertinente para él. Sobre su obra, sobre su vida política, sobre sus reflexiones y sus actitudes en los largos años de la cárcel se ha desplegado una multitud de operaciones, tendientes todas a descifrar de sus textos y de su práctica claves capaces de convalidar alternativamente orientaciones políticas opuestas.

Existe, por ejemplo, un Gramsci precursor del “togliattismo”, esto es, de la política prudente del comunismo italiano en la segunda posguerra, considerada por algunos como una reedición de la que llevara a cabo la socialdemocracia alemana en vísperas de la primera guerra mundial. Ésta es la versión más difundida, más estable, apuntalada por un enorme aparato partidario que la ha colocado en el plano más alto de su santoral.

Otro Gramsci, en el extremo opuesto, alimenta desde sus “escritos de juventud”, una visión espontaneísta de los procesos revolucionarios en los que el papel de la organización política, como instrumento de la transformación social, estaría subordinado a un plano casi inexistente. Éste es el Gramsci “consiliar”; profeta ex-

clusivo de la organización obrera en las fábricas, mentor de una democracia proletaria que no se articularía, sino por adición, en una fracción política. Padre fundador para cierta izquierda “obrerista” europea de mediados de la década del 60, su obra, en esta tradición, se deslinda de Lenin y prefiere las cercanías de Rosa Luxemburg o de Sorel.

Así fragmentado, Gramsci fue (y es) sometido a usos diversos. Los recortes intencionados han llegado también a sus escritos. Recién hoy estamos en condiciones de conocer en forma completa sus “cuadernos de la cárcel”, porque las anteriores ediciones estuvieron sometidas a filtros de censura partidaria. La publicación a partir de 1948 del contenido de sus apuntes de prisión, con un agrupamiento en “libros” que Gramsci jamás escribió, no permitió una reconstrucción cronológica y lógica de sus reflexiones de prisionero.

Pero el conocimiento parcializado sigue abarcando a sus artículos publicados en la prensa comunista entre 1921 y 1926. Hasta 1966 los mismos no habían empezado a ser recopilados en volúmenes: en ese año es editado un primer tomo y en 1971 un segundo. Ambos son, además, incompletos.

No hace mucho que está al alcance de todos la correspondencia intercambiada entre Gramsci, Togliatti y otros dirigentes del PCI entre 1923 y 1924, ni la carta dirigida por Gramsci al comité central del PC de la URSS en 1926, acerca de las luchas internas entre el stalinismo y la oposición de izquierda. También es reciente el conocimiento que se posee, a través de la publicación de los recuerdos de algunos testigos, del distanciamiento operado entre Gramsci, preso político sometido a durísimas condiciones, y la dirección del PCI a propósito de los cambios de línea que ésta propicia para ajustarse a las indicaciones del VI Congreso de la Internacional Comunista.

Por fin, hasta las cartas enviadas por Gramsci desde la cárcel han sido retaceadas: recién en 1965 se tiene una edición amplia, aunque la misma no es tampoco completa. La primera, de 1947, había sido zafadamente recortada: no estaban en ella las cartas que



podían disgustar a la historia oficial del PCI, las que podían comprometer las relaciones con la URSS y ni siquiera aquellas que pudieran dar la imagen de un hombre desalentado, solo y enfermo, que enfrenta a la cárcel con una voluntad admirable pero que es capaz, también, de desfallecimientos y de angustias íntimas.

Con todas estas limitaciones para su conocimiento integral, Gramsci se presta más aún que otros para transformarse en un espacio vacío, apto para recibir cualquier contenido, para ser sometido a usos diversos según las necesidades de cada momento.

Refiriéndose a las zigzagueantes formas de acercamiento al legado gramsciano realizadas por el PCI, escribe Rossanna Rossanda que “el modo a través del cual un partido reflexiona sobre su propio pasado nunca es un problema de historia, sino un problema de política: una confesión acerca de lo que se es o se desea ser en el presente”.<sup>1</sup> En efecto, si a mediados de la década del 50 los comunistas italianos se preocupan en presentar a un Gramsci “ortodoxamente leninista”, el hecho tiene que ver con el temor que la crisis del stalinismo involucrara, especialmente entre los intelectuales, una crítica a las condiciones que en Rusia hicieron posible la dictadura burocrática, y que esa crítica se basara en el desarrollo del pensamiento gramsciano, como alternativa también frente al leninismo.<sup>2</sup> Parece claro, simultáneamente, que una década después, cuando el operativo cambia de dirección y el Gramsci que se presenta es una suerte de precursor de vastas alianzas democráticas, las que han variado son las necesidades políticas coyunturales del grupo dirigente del PCI, parecidas en ese momento a las que motivaron, terminada la guerra, la publicación de sus “cuadernos de la cárcel”.

---

<sup>1</sup> “Il nostro Gramsci”, en *Il manifesto*. Roma, 30 de abril de 1972.

<sup>2</sup> Este espíritu preside al coloquio de Estudios Gramscianos organizado en 1957 por el Instituto Gramsci, especialmence la intervención de Palmiro Togliatti, “Gramsci y el leninismo”. Una selección en castellano de los trabajos presentados en esa oportunidad está incluida en *Gramsci y el marxismo*, Buenos Aires, 1965.

Otra vez como entonces, ahora tras el fracaso de la coalición de “centroizquierda”, el PCI parece cerca del poder: se hace necesario un Gramsci que apunte la política del “compromiso histórico”.<sup>3</sup> “Espontaneísta”, “leninista”, anunciador del “amplio frente popular”, Gramsci ha sido siempre sospechado en América Latina de “socialdemocratismo”.<sup>4</sup>

A ello ha contribuido, sin duda, la forma marginal, casi subrepticia, con que el “ala liberal” del partido comunista argentino lo introdujo en español. Se trataba de un Gramsci despolitizado, con una biografía que no atravesaba las tensiones internas al movimiento comunista de su tiempo; un Gramsci ejemplarmente antifascista (hasta el límite de sacrificar su vida), pero además “culto”, amplio en sus horizontes para juzgar la literatura y la estética; un contendor, a su misma altura, de Benedetto Croce.

Encerrados en esos límites estrechos, jamás utilizados para un desarrollo político de sus premisas, vistos como la obra de un “humanista”, los libros de Gramsci dejaron escasa huella en el debate político latinoamericano, rebajando el significado histórico de un revolucionario a la altura de los más grandes. No un anti-Croce, comunista y mártir, sino mucho más: uno de los jefes socialistas más lúcidos que ha dado el siglo, comparable a Lenin, superior a Lenin en muchos aspectos.

Las relaciones entre Gramsci y Lenin han sido —y son— un tema polémico. Cuando, por ejemplo, se hace mención a los textos publi-

---

<sup>3</sup> Cfr. *Gramsci e la cultura contemporanea*, actas del congreso internacional de estudios gramscianos que tuvo lugar en Cagliari en 1967, Roma, 1969.

<sup>4</sup> Versiones “socialdemócratas” de Gramsci han tenido lugar también en Italia. La más conocida es la de Giuseppe Tamburrano, *Antonio Gramsci, la vita, il pensiero e l'azione*, Lacaíta, 1963. El mismo juicio —pero como áspera crítica— ha sido sentido desde la “izquierda”: cfr. la serie de artículos publicados en la *Rivista storica del socialismo* en los años 1964 y 1965, especialmente los de Stefano Merli (“Le origini della direzione centrista nel Partito Comunista”, n.º. 23, 1964) y de Luigi Cortesi (“Alcuni problemi della storia del PCI. Per una discussione”, n.º. 24, 1965).

cados entre 1915 y 1918 de crítica al socialismo positivista italiano y de elogio a la Revolución Rusa; o cuando los que se analizan son los trabajos aparecidos en el período del primer *L'Ordine Nuovo*, el del “bienio rojo” de 1919-1920, en los que notoriamente los temas de la democracia obrera, de los consejos de fábrica y del soviétismo como forma de organización estatal están más presentes que el problema del partido, su importancia es minimizada: los mismos serían “preleninistas”. Como si el interés por la obra de un revolucionario se agotara en descubrir el “antes y el después” de la Revelación, del momento en que a la misma le llegó “el olor de santidad” y no en verla como un proceso permanente de producción de conocimientos en contacto con la realidad que se quiere transformar, y en el que siempre se suceden los errores y los aciertos parciales.

Para el socialismo del siglo veinte esa divisoria de aguas parece haber sido establecida en el leninismo, como si éste fuera un punto de llegada definitivo, un texto sagrado, la frontera que separa la ignorancia de la verdad. Y si el leninismo fue una ruptura en la tradición socialista, lo fue porque condensó políticamente el salto revolucionario que exigía la crisis europea planteada por la guerra y que la socialdemocracia (producto de una etapa anterior pero no por ello ajena a la historia del socialismo) fue incapaz de dar. Lenin le introdujo al marxismo voluntad de poder y no una doctrina canónica.<sup>5</sup> Quebró los sueños evolucionistas alentados por el espectacular crecimiento de la socialdemocracia desde 1890 y expresó

---

<sup>5</sup> Éste no es el lugar para desarrollar el tema, pero es necesario anotar algunas reflexiones. El pensamiento de Lenin supone una ruta cargada de tensiones y no un perpendicular ascenso “hacia las cumbres”. Como teórico sus temas principales son: 1) la teoría del estado y de la toma del poder; 2) la teoría del imperialismo como estadio superior del capitalismo; 3) la teoría de la organización revolucionaria. En ninguna de estas áreas sus hipótesis son infalibles, aunque su enorme mérito histórico sea el haber planteado sistemáticamente esa problemática en momentos en que la socialdemocracia vivía confortablemente la ilusión del “siglo burgués”. Pero en su pensamiento hay sesgos

así una reverberación revolucionaria, cuyo primer nudo histórico se planteó alrededor de 1905, en relación con la revolución rusa de ese año. Ese proceso popular, que venía a cerrar el paréntesis reformista abierto en el movimiento socialista tras la derrota de la Comuna de París, influyó decisivamente sobre toda una generación y permitió delinear, frente a la oposición entre “revisionistas” y “reformistas” que dividía a la socialdemocracia, una tercera alternativa. Esa tercera alternativa, revolucionaria, tendrá su eje en los bolcheviques, pero abarcará en la misma Rusia a un sector de los mencheviques (Trotsky lo fue entonces) y se extenderá, como minoría, a otros países y partidos: los austromarxistas en Viena, por ejemplo, y el grupo entre alemán y polaco de Rosa Luxemburg, Liebknecht y Radek.

Esta izquierda de la socialdemocracia coagulará su primera intención organizativa de tipo internacional en Zimmerwald (1915) y tendrá como detonante la actitud de solidaridad con las burguesías de cada uno de sus países, adoptada por las direcciones de la socialdemocracia.

El producto más homogéneo de ese proceso fue el que tuvo lugar en Rusia, bajo la dirección de Lenin y los bolcheviques. El resto de las nuevas izquierdas fracasó en su camino hacia el poder y ese fracaso, sobre todo el del grupo alemán, tuvo consecuencias muy graves para el desarrollo del proceso revolucionario, incluido, por supuesto, el propio proceso revolucionario en Rusia. Gramsci fue un actor ardoroso de ese ciclo que encuentra su vértice entre 1917 y 1921. En ese sentido, no hay dudas que era un “leninista”,

---

economicistas (etapa de la lucha contra el populismo y fundación de la socialdemocracia rusa, hasta 1905) que conviven con una concepción naturalizada de la ciencia cuyas repercusiones políticas se advertían en la teoría de la organización planteada en el *¿Qué hacer?* Su teoría del imperialismo, en fin, adolece de limitaciones y en algunos aspectos (por ejemplo, el nuevo rol del estado) Bujarin la supera. La “obra” de Lenin es la revolución de 1917. expresión de un genio político capaz de adherirse con más firmeza a la cambiante realidad de la lucha de clases que a la letra de sus propios textos.

como podría decirse que lo fue Rosa Luxemburg, quien se enfrentó duramente con Lenin sobre muchas cuestiones decisivas. Pero es que el “leninismo” no era entonces un cuerpo cerrado de doctrina. Cuando sus textos fueron sacralizados y la ortodoxia fue amparada como mensaje ecuménico por el estado soviético, recién aparece el juicio por comparación: correctamente leninista, medianamente leninista, escasamente leninista.

La operación es cómoda, pero no necesariamente imaginativa ni útil. En el caso de Gramsci, si se aplica ese patrón de medida, podría decirse que en muchas cosas, algunas de ellas centrales, se aparta de la letra de Lenin, aun cuando como jefe político de un partido miembro de la Internacional Comunista manifieste siempre una fidelidad explícita con su pensamiento. El hecho no debería ser demasiado grave: lo que interesa ver es la relación entre la teoría y la práctica que va construyendo y la sociedad que procura subvertir; no la relación de unos textos con otros textos. La forma, en fin, en que Gramsci trató de resolver para Italia lo que Lenin trató de resolver para Rusia y, además, el modo en que esos análisis pueden integrar una herencia teórica y práctica universal. Por eso, calificarlo en tren de elogio casi insuperable como el “Lenin de Occidente”, el Lenin de hoy para las sociedades industrializadas, no significa más que una metáfora que, en el mejor de los casos, no nos permite avanzar demasiado en la evaluación crítica de una trayectoria política.<sup>6</sup>

La herencia de Gramsci no se valida en relación con la cercanía o el alejamiento frente a los cuarenta y tantos tomos de Lenin, sino en tanto pueda servir de estímulo para una tarea revolucionaria concreta. Nuestra propuesta implica ver a su obra como el testimonio ideológico y político de una estrategia de largo alcance para la conquista del poder; como el desarrollo más consecuente de las hipótesis planteadas en el III y en el IV Congresos de la Internacional

---

<sup>6</sup> El calificativo aparece en el libro de Maria Antonietta Macciocchi, *Pour Gramsci*, París, 1974. (En esp.: *Gramsci y la revolución en Occidente*, México, 1975).

Comunista (1921 y 1922), que suponen la revisión primera de los planteos clásicos de “toma del poder” inscritos en la acción de los bolcheviques en 1917. Revisión que en otras condiciones Mao realizará en los hechos y que en su desarrollo incluye, además, otras modificaciones sustantivas: no jacobinismo de los partidos, formas diferentes de plantear la relación entre espontaneidad y conciencia, vigorización de la autonomía de los “movimientos de masas” frente a las “vanguardias políticas”, necesidad de análisis pormenorizados de cada sociedad nacional como sistema hegemónico particular.

La propuesta involucra, al fin, también un uso de Gramsci. Este uso no es el único posible y ni siquiera el único “verdadero”. Se adapta a nuestras necesidades y permite reconstruir, en clave política y desde el presente, la globalidad de una obra considerada como producción permanente (aunque no siempre infalible) y no como una sumatoria de posiciones parciales (el Gramsci “consiliar”, el Gramsci “político”, el Gramsci “teórico”) a las que se valoriza unilateralmente. La reconstrucción no implica negar la existencia de cortes, de etapas en la obra, en cada una de las cuales un aspecto de la indagación dibuja un sesgo que deforma el conjunto. Esos momentos existen y, entre otras cosas, son resultado de condiciones históricas particulares sobre las que se vuelca una misma obsesión. Esta diferencia de condiciones no es neutral: actúa sobre el pensamiento estimulando ciertos aspectos y desalentando otros, modificando el pulso en una u otra dirección de análisis que se sobredimensiona en relación con el resto.

La unidad política del pensamiento gramsciano no es una premisa sino un resultado y supone esas tensiones que autorizan a aislar analíticamente tres grandes cuerpos textuales: el que abarca hasta 1921; el de la construcción del partido comunista italiano (1921-1926) y el que incluye los “cuadernos de la cárcel”.

De ese tríptico, las partes más trabajadas y discutidas han sido la primera y la tercera, en desmedro de la segunda, que marca el

núcleo ideológico más rico para entender las claves de una unidad estratégica de pensamiento y de acción militante.

Los tres momentos teóricos están cargados de historicidad. No son capítulos de una especulación, sino trozos de vida en el interior de un proceso alternativamente glorioso y cruel: el transcurrido durante las dos décadas que van desde la revolución rusa de 1917 hasta la miseria de los procesos de Moscú. Gramsci es actor primordial de ese ciclo y lo es aún durante los diez años que permanece en prisión, porque en ese período, como lo testimonian los 33 cuadernos que va dibujando con letra diminuta, el vigor de su reflexión no se atenúa. Hasta tal punto, que “las ideas más importantes que se expresaron en ese entonces en las filas de la Internacional sobre problemas de estrategia nacieron en una celda de la cárcel de Turi”.<sup>7</sup>

Esos cuadernos, inevitablemente secretos, contenían, en su obligada privacidad, la posibilidad de su existencia frente a un movimiento comunista ya totalmente obediente a las necesidades de la burocracia stalinista y por lo tanto dispuesto a castigar el menor asomo de herejía. La cárcel mussoliniana, paradójicamente, permite el despliegue de un pensamiento que desde la práctica política Gramsci no hubiera podido desarrollar como dirigente de un partido comunista. Él lo sabía y por eso pensaba en su libertad como un nuevo acto de aislamiento. En una de sus últimas cartas, en la que señala que al ser liberado se retirará a vivir en Cerdeña, cerca de su pueblo natal, agrega la convicción que ese nuevo ciclo de vida ha de ser de “aislamiento completo, de degradación intelectual más acentuada que la actual, de anulación o casi anulación de algunas formas de expectativa que en estos años, aunque me han atormentado, me han dado también algo de contenido que vivir”.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> El juicio es de Milos Hajek, en *Storia dell'Internazionale Comunista* (1921-1935), Roma, 1969, p. 214.

<sup>8</sup> Carta a su esposa, Julia Schucht, fechada en el verano de 1936. Cfr. Antonio Gramsci, *Antología*, selección de Manuel Sacristán, México, 1970, p. 502.

Penetrados por la historia, los tres momentos gramscianos se redefinen en cuanto a su periodización. El primero abarca el tiempo de la ofensiva revolucionaria; el segundo, el del reflujo, el de la defensiva; el tercero, por fin, el de la reflexión desde la doble derrota: la impuesta por el fascismo y por la degradación que progresivamente corroe a la Internacional Comunista.

Se trata, pues, de buscar el hilo que otorgue unidad a esos fragmentos. Ese hilo conductor no puede encontrarse en la génesis, concreción y desarrollo de una batería de conceptos teóricos (“hegemonía”, “bloque histórico” o el que quiera elegirse), porque Gramsci no era un profesor de ciencia política. La unidad está dada por una concepción sobre la revolución y desde este punto de vista (y no al revés) debe ser leído su aparato conceptual. Esto, que aparece claro en los textos escritos en libertad, lo es también para los redactados en la cárcel: todo, absolutamente todo, de lo madurado y anotado en las sucesivas celdas sobre las que transitó su voluntad increíblemente fuerte en el interior de un cuerpo devastado por la enfermedad, está directamente inspirado por la polémica política. Él mismo no pensó, cuando trazaba sus primeros planes de estudio y de trabajo en la cárcel, que esa contigüidad con la política iba a ser tan estrecha. Creía que con mayor facilidad iba a recuperar al filólogo e historiador de la cultura que quiso ser en su paso por la universidad de Turín. En esa dirección trazó sus proyectos de prisionero, que luego insensiblemente no cumplió, para ir anotando, en cambio, las reflexiones más hondas y estimulantes producidas en esos años como base para una teoría de la revolución socialista en su país y, en general, para el diseño de una estrategia no reformista ni insurreccionalista de la conquista del poder.

¿Cuál es esa estrategia política? Él mismo la define, en términos militares: la de la “guerra de posiciones”, como alternativa frente a la “guerra de maniobras”. Gramsci reflexiona el pasaje de una a otra, a partir de la terminación del ciclo de ofensiva revolucionaria que vivió Europa entre la primera guerra mundial y —para dar una



fecha indicativa— el fracaso de la insurrección alemana de marzo de 1921. Detrás de esa derrota se acumulan varias: en Alemania en 1919 y 1921, en Hungría en 1919, en la propia Italia en 1929 y en Varsovia en ese mismo año, cuando el ejército rojo es detenido frente a la capital polaca y obligado a retroceder.

La reflexión sobre la necesidad de un viraje estratégico se expresa en Lenin y también, aunque con más vacilaciones, en los cuadros soviéticos que dirigen la Internacional. “Hay que terminar con la idea del asalto para remplazarla por la del asedio”, proclama Lenin, quien ya en 1920, en las páginas de *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, proponía un giro político a los jóvenes destacamentos revolucionarios europeos. Doblaban las campanas para una etapa heroica cuyo más notorio signo de esperanza había brillado en aquellos días de 1917 en que anunciara: “El triunfo de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha.”<sup>9</sup> Cuatro años después, la revolución en Europa no había estallado, el capitalismo se reestablecía de sus heridas y lo que era más grave, el terror blanco del fascismo se descargaba sobre el continente. El III y el IV Congresos de la Internacional intentarían explicitar, en las sucesivas “tesis sobre la táctica”, el viraje que era necesario producir, “del asalto al asedio”. Toda la obra de Gramsci, desde entonces hasta el momento de su muerte, ha de estar fijada a esa matriz. En una nota escrita en la cárcel en 1931, que titula “Pasaje de la guerra de maniobras (y del ataque frontal) a la guerra de posiciones también en el campo político”, apunta: “Esta me parece la más importante cuestión de teoría política planteada en el período de posguerra y también la más difícil de ser resuelta justamente.”

El tema se sucede en distintos cuadernos. El pasaje de la guerra de maniobras a la guerra de posiciones como estrategia política

---

<sup>9</sup> Lenin, “Consejos de un ausente”, en *Obra completas*, Buenos Aires, 1960, tomo XXVI, p. 169.

para la conquista del poder, no es algo que se elige libremente sino que “se impone por las relaciones generales de las fuerzas que se enfrentan”. El predominio de la guerra de posiciones como opción estratégica no implica, por otra parte, el total abandono de la guerra de maniobras; sólo supone que la presencia de ésta se limita a una función táctica.

La lucha política es para Gramsci una estructura compleja en la que coexisten formas diversas. Pero su carácter global está fijado por una estrategia que ordena el conjunto. En esta definición que busca asimilar, aunque sólo como “estímulo para el pensamiento” a la política con el arte militar, podría coincidir Mao, quien a fines de la década del 20 piensa en la “guerra prolongada”, encarnada en una tenaz y paciente revolución campesina dirigida por cuadros cornunistas, como la alternativa viable frente a los sucesivos fracasos de los intentos de “asalto al poder” intentados por los núcleos urbanos del partido comunista chino dentro de los moldes insurreccionalistas del año 17. Este módulo ideológico, que comienza a madurar en la Internacional al iniciarse los años 20, permite reconstruir toda la biografía política gramsciana. Por eso, en 1930, se manifestará contrario al nuevo giro propuesto por el vi Congreso: la táctica de “clase contra clase”, el retorno a un sectarismo primitivo cuya trágica consecuencia será, en Alemania, el triunfo del nazismo y la destrucción —hasta los días presentes— del partido comunista más importante del mundo capitalista. En los años 1923-1926 Gramsci consolida para sí las claves de una teoría de la revolución y a ella le será permanentemente fiel. Todos los conceptos de ciencia política que irá decantando en la cárcel tienen que ver con esa opción.

En tal sentido, es parcializar a Gramsci considerarlo como un teórico de “Occidente”, como un jefe político cuyos planteos sólo valen para los países industrialmente avanzados. Ciertamente que la posibilidad de esa calificación está sugerida en sus propios escritos, notoriamente en los que hace mención a las diferencias entre “Oriente” y “Occidente” como justificación para el pasaje de la estrategia de

la guerra de maniobras a la guerra de posiciones. “Oriente” no es para Gramsci, sin embargo, una zona geográfica sino la metáfora para aludir a una situación histórica. “Oriente” equivale a “las condiciones generales económico-cultural-sociales de un país donde los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados y no pueden transformarse en trinchera o fortaleza”. En “Oriente”, el estado es todo y la sociedad civil una relación primitiva. En “Occidente”, una poderosa línea de trincheras en la sociedad (las instituciones de la sociedad civil, los aparatos hegemónicos) custodia cualquier “temblor del estado”. En una palabra, esa situación calificada como “Occidente” se presenta en cada nación en que “la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las irrupciones del elemento económico inmediato”.

La guerra de posiciones, como contrapartida a la de maniobras, no implica, por añadidura, plantar una antinomia entre “lucha política” y “lucha violenta”. La lucha política incluye siempre un momento militar; más aún, la relación de fuerzas militares es la inmediatamente decisiva. Pero este momento tiene dos grados: uno técnico-militar, otro político-militar. Ambos, a su vez, se combinan. Gramsci toma, como demostración límite de esa combinación, la que se establece en una nación oprimida que lucha por su independencia nacional. “La relación —escribe— no es puramente militar sino político-militar; y en efecto, un tipo tal de opresión sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y la pasividad de su mayoría; por lo tanto, la independencia no podrá ser lograda con fuerzas puramente militares, sino político-militares”. El problema es el de la primacía de la política, como condición para elegir una u otra forma concreta de lucha: “sólo la política —dice— crea la posibilidad de la maniobra y del movimiento”.

Impuesta por la concreta relación de fuerzas en situaciones donde los intercambios entre sociedad política y sociedad civil son equilibrados, la estrategia de la guerra de posiciones implica una modificación de los instrumentos clásicos de la acción política. El

supuesto es que el poder no se “toma” a través de un asalto porque el mismo no está concentrado en una sola institución, el estado-gobierno, sino que está diseminado en infinidad de trincheras. La revolución es así un proceso social, en el que el poder se conquista a través de una sucesión de crisis políticas cada vez más graves. en las que el sistema de dominación se va disgregando, perdiendo apoyos, consenso y legitimidad, mientras las fuerzas revolucionarias concentran crecientemente su hegemonía sobre el pueblo, acumulan fuerzas, ganan aliados, cambian, en fin, las relaciones de fuerza.

La guerra de posiciones requiere “enormes sacrificios de la población; por eso es necesaria una concentración inaudita de la hegemonía” que permita al sector más avanzado de las clases subalternas dirigir al resto, transformarse efectivamente en la vanguardia de todo el pueblo.

La primera etapa histórica de la reflexión gramsciana se detiene en el análisis de las instituciones —partidos, sindicatos, consejos— a través de las cuales esa hegemonía debe realizarse, como embrión de una nueva vida estatal. La segunda etapa, que recupera y no pierde de vista a la primera, atiende en especial a las características de la organización partidaria y a las formas en que, dentro de cada específica situación nacional, los grupos que intentan representar al proletariado deben articular su dirección sobre el resto de las clases subalternas.

Este segundo momento, que abarca nítidamente el período que va desde 1921 hasta la prisión, en 1926, es el de la reflexión sobre el Frente Único, como fórmula que expresa la estrategia de la guerra de posiciones en la lucha política. Lenin —anotará Gramsci en los cuadernos— no tuvo tiempo de profundizar esa fórmula. Y agrega: de todos modos sólo hubiera podido profundizarla en términos teóricos, generales, y “la tarea fundamental era nacional, es decir, exigía un reconocimiento del terreno y una fijación de los elementos de trinchera y de fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil”.

Tocamos aquí otro eje de la preocupación gramsciana: la guerra de posiciones, la conquista de la hegemonía, no es un esquema

abstracto (cosmopolita, en suma), sino que supone el análisis profundo de cada sociedad histórica, en su pasado y en su presente. “El concepto de hegemonía —dice en los cuadernos— es aquel donde se anudan las exigencias de carácter nacional.” Y en la misma nota agrega: “La relación nacional es el resultado de una combinación original, única (en cierto sentido) que debe ser comprendida en esta originalidad y unicidad si se desea dominarla y dirigirla.”

El reclamo gramsciano —nudo de su labor que acicateará todas sus reflexiones teóricas— tiene que ver con la dura convicción de que no basta la formulación de una estrategia internacional; es necesario pensar para cada sociedad, para cada nación, cuáles son sus características como sistema hegemónico.

La revolución socialista —dirá— es internacional por su dirección, por su objetivo final, “pero el punto de partida es nacional y es de aquí que es preciso partir”. La revolución socialista, en fin, debe ser el producto de una “voluntad colectiva nacional y popular”. Su tarea como dirigente político y la totalidad de sus cuadernos de la cárcel apuntarán a develar esas características precisas que puedan hacer del socialismo “un gran hecho de pueblo”.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> La expresión pertenece a un crítico de Gramsci desde la “izquierda”. Vale la pena citarla porque implica una buena descripción del itinerario ideológico gramsciano, pese a la carga “obrerista” con que está hecha. “Tras la experiencia de *L'Ordine Nuovo*, y de los consejos de fábrica, la meditación sobre el Partido y sobre la revolución nacional italiana lleva a Gramsci cada vez más lejos de la tentativa entonces elaborada de teorizar y fundar las instituciones genuinamente obreras de un estado fundamentalmente de clase y cada vez más cerca de una visión prudentemente realista de la historia italiana pasada y presente en la cual los elementos de la situación objetiva —nivel de desarrollo económico-social, función de la presencia histórica y tareas de la burguesía y de las otras capas no obreras— tienen una importancia decisiva. La literatura y en general la cultura alcanzan un relieve tan grande en su pensamiento de estos años porque Gramsci concibe entonces la revolución como un gran hecho del pueblo (“grande fatto di popolo”) que arrastra energías aún extremadamente diferenciadas entre sí”. Cfr. Alberto Asor Rosa, *Scrittori e Popolo*, Roma, 1965, p. 259.

En ese camino, Gramsci irá elaborando aspectos más específicos de esa relación entre socialismo e historia del pueblo-nación.

Ésos serán los “temas” de Gramsci, los que permiten trazar líneas de continuidad dentro de un pensamiento en permanente tensión. Esas líneas aparecerán en el momento de la ofensiva política, en el del reflujo revolucionario y del ascenso del fascismo y se condensarán finalmente en los bosquejos agrupados en los cuadernos de la cárcel.

El poder como una relación de fuerzas sociales que debe ser modificada y no como una institución que debe ser “tomada”; la organización partidaria como fracción interna a la clase y no como vanguardia externa a ella; la pluridimensionalidad organizativa de las clases subalternas; el papel protagónico de las masas, de su cultura y de sus instituciones propias en el proceso de conquista del poder; el socialismo no como empresa de iluminados jacobinos sino como autogobierno del pueblo y, en fin, la revolución como un acontecimiento inscripto en el desarrollo de cada historia del pueblo-nación, éstas son, apretadamente, sus obsesiones, los eslabones que permiten leer en clave unitaria a un pensamiento que madura y crece hasta convertirse en uno de los estímulos más poderosos para la teoría y para la acción que han producido los movimientos revolucionarios en este siglo.

## 2.

# El tiempo de la ofensiva

El hecho esencial de la revolución rusa es la instauración de un nuevo tipo de estado: el estado de los consejos. Hacia ello debe dirigirse la crítica histórica.

Todo el resto es contingente.

*L'Ordine Nuovo*. 15 de mayo de 1919

A los veinte años, en 1911, Antonio Gramsci llega a Turín, la ciudad de la Fiat, la capital industrial de Italia, el centro que los obreros tratarán de transformar pocos años después en “el Petrogrado de la revolución proletaria italiana”.

Viene de Cerdeña arrancado de su aldea tras un breve paso por Cagliari, a descubrir el mundo. Hará su aprendizaje aceleradamente, hasta transformarse, entre 1919 y 1920, en uno de los jefes políticos de la más formidable movilización de trabajadores que ha conocido Italia. Pero jamás abandonará su “cáscara sarda”.

Gramsci era algo más que un provinciano en Turín; era un meridional, un italiano de segunda clase, testimonio humano de una gran fractura histórica que había segmentado en dos partes a Italia, transformando a la unidad nacional en mera unidad estatal. Hombre del sur, postergado, hijo de la secular pobreza campesina. no perderá nunca la percepción de sus orígenes: será en el Norte un vocero de los estratos de población desalojados del esquema de alianzas procesado por el régimen de Giolitti entre burguesía industrial y aristocracia obrera, que los sectores dominantes septentrionales lograron montar, hasta la guerra, con la complicidad de la socialdemocracia.

Este casi aldeano, agraciado con una beca universitaria para estudiantes pobres, descubre en Turín dos cosas: el mundo del trabajo

fabril y el Partido Socialista. Descubre también que el futuro de Italia, la del norte y la del sur, tiene que ver con ambas realidades, pero que la forma en que se ha establecido la atadura entre ellas es incorrecta.

La socialdemocracia italiana, sobre todo a través de la orientación de Turati y de Treves, era una copia mediocre del socialismo alemán. Profesoral, positivista, anticlerical, mezclaba a Marx con Darwin y con Spencer. Este carácter pedantesco y seudocientífico de su dirección le había costado algunas sangrías: primero, la de los sindicalistas sorelianos; más tarde, en el momento en que nacen las inquietudes políticas de Gramsci, la que impulsará un joven socialista de la Romagna, aventurero y exuberante, que comienza a transformarse en fuente de discordias para la vieja dirección. Se trata, es claro, de Benito Mussolini, que en 1912 accede a la dirección del *Avanti*, el órgano partidario, como expresión de la inquietud de los más jóvenes frente a ese partido libresco y exangüe.<sup>1</sup>

Gramsci tardará bastante en decidir su ingreso al partido. Repudia esa tradición reformista, ese cientificismo de los doctos,

---

<sup>1</sup> Angelo Tasca señala que tanto Gramsci cuanto Togliatti se pronunciaron, en la línea de Mussolini, a favor de la intervención italiana en la guerra. Gramsci tomó de hecho partido a favor del “concretismo realista” de Mussolini frente al “fórmula doctrinario del resto de la dirección del partido” en un artículo publicado el 31 de octubre de 1914 en *Il Grido del Popolo*: “Neutralidad activa y operante”. De acuerdo con Tasca, la actitud del joven Gramsci —pronto abandonada— estaba motivada por el “carácter superfidal, incoherente, que adquirió la campaña del partido en favor de la neutralidad absoluta: el nivel mediocre y el confusiónismo de las discusiones, el carácter frenético y al mismo tiempo equívoco de los argumentos utilizados le resultaban insoportables”. Cfr. *I primi diecianni del PCI*, Bari, 1971, p. 96. Lo cierto es que la fama de “intervencionista” y “nacionalista” fue recurrentemente utilizada contra Gramsci en el Partido Socialista: en noviembre de 1920, durante una asamblea partidaria, fue vetada su candidatura para unas elecciones administrativas utilizando ese argumento. Sobre el tema puede consultarse, en español, Giuseppe Fiori, *Vida de Antonio Gramsci*, Barcelona, 1968, pp. 115, 116 y 171.



esa falsa cultura que aleja al socialismo de las grandes multitudes, que le impide comprender la importancia del problema meridional en la revolución italiana. Que le veda, en suma, la posibilidad de reunificar políticamente a las clases populares, traicionando así los intereses históricos que decía defender.

Frente a la concepción naturalizada de la sociedad presentada por el “quietismo” de la socialdemocracia, irá construyendo lentamente, entre lecturas de Croce, de Salvemini, de Labriola, otra visión de la política cuyos ejes serán la voluntad histórica, el papel de las ideas como suscitadoras de grandes emociones colectivas, el respeto a los sentimientos profundos de las masas, la definición del socialismo como tipo nuevo de vida moral. Esto le valdrá a Gramsci y al pequeño grupo que se forma a su lado —primero a través de un periódico de edición única, *La Città Futura*; luego en *Il Grido del Popolo*— la acusación de idealismo y espontaneísmo. La verdad es que, más allá de los rótulos, Gramsci se mantendrá constante al signo ideológico que marcó su juventud: el del rechazo a las “incrustaciones positivistas y naturalistas” en el socialismo que en un escrito de 1917, “La revolución contra el capital”, atribuía aún al propio Marx.

Desconfiado frente al marxismo libresco, como “doctrina de la inercia del proletariado”, Gramsci recién da un viraje profundo en su actividad política con la Revolución Rusa. Antes que marxista es “maximalista”; un bolchevique en Italia. “Ellos —escribe refiriéndose a los comunistas rusos— encarnan la idea límite del socialismo: quieren *todo* el socialismo.”<sup>2</sup> Ése será su programa.

El proletariado turinés ha de recibir al proceso ruso del año 1917 como parte de su propia historia. La guerra había cambiado bruscamente a Italia y la estabilidad de la fórmula giolittiana trataba billaba. “La guerra —dirá Gramsci— ha vuelto de cabeza la situación

---

<sup>2</sup> “Los maximalistas rusos”, publicado en *Il Grido del Popolo*, 28 de julio de 1917.

estratégica de la lucha de clases.”<sup>3</sup> En agosto de 1917 estalla una insurrección popular en Turín que dura cinco días. Años después, en un informe a la Internacional Comunista, Gramsci describirá ese hecho y sus consecuencias:

“La insurrección estalló el 23 de agosto de 1917. Durante cinco días los obreros combatieron en las calles de la ciudad. Los insurrectos, que disponían de fusiles, granadas y ametralladoras, lograron incluso ocupar algunos barrios de la ciudad e intentaron tres o cuatro veces apoderarse del centro donde se encontraban las instituciones del gobierno y los comandos militares. Pero los dos años de guerra y de reacción habían debilitado la fuerte organización del proletariado y los obreros, inferiores en armamento, fueron vencidos. En vano esperaron un apoyo de los soldados; éstos se dejaron engañar por la insinuación de que la revuelta había sido urdida por los alemanes. El pueblo erigió barricadas, excavó trincheras, circundó algunos barrios con alambradas electrizadas y rechazó durante cinco días los ataques de las tropas y de la policía. Más de 500 obreros cayeron y más de 2,000 fueron gravemente heridos. Después de la derrota los mejores elementos fueron arrestados y alejados y el movimiento proletario perdió intensidad revolucionaria. Pero los sentimientos comunistas del proletariado de Turín no se habían apagado.”<sup>4</sup>

Este clima de agitación social no cederá hasta 1920 y será particularmente intenso a partir de 1919. Huelgas, movilizaciones, acciones de masas, recorren todo el país y en especial las zonas industriales del norte. Hitos remarcables en esa etapa fueron las huelgas políticas de julio de 1919 y en especial el movimiento que arranca en abril de 1920 y culmina en septiembre de ese año. Su último impulso se vivió en el mes de agosto, cuando todas las

---

<sup>3</sup> “La conquista del estado”, *L'Ordine Nuovo*, 12 de julio de 1919.

<sup>4</sup> “El movimiento de los consejos de fábrica de Turín”, informe enviado en julio de 1920 al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

grandes fábricas quedaron bajo control de los obreros organizados en consejos, siguiendo el ejemplo de los trabajadores de Fiat que un año antes habían transformado a las comisiones internas en consejos de fábrica elegidos por todos los obreros, al margen de la afiliación sindical y que ejercían a la vez funciones de lucha económica y de lucha política. El inspirador ideológico de este viraje organizativo era el grupo turinés del Partido Socialista, liderado por Gramsci y que se expresaba a través de *L'Ordine Nuovo*, semanario fundado en mayo de 1919.

La realidad mostraba que la participación de Italia en la guerra había desencadenado fuerzas sociales inmensas. Cómo dominarlas, cómo encuadrarlas en favor de la revolución socialista, es la pregunta gramsciana durante todo ese período y el punto de partida, neto y definitivo, de su ruptura política con la socialdemocracia. El desafío planteado por las clases populares durante la guerra y los primeros años de la posguerra era superior a la envergadura de ese partido, transformado en un conglomerado de fracciones. Presionado desde la izquierda, el Partido Socialista se había adherido a la reunión de Zimmerwald, convocada por Lenin en 1915, y luego se había mostrado partidario de la revolución rusa. Era en realidad la única sección de la socialdemocracia europea que se alineaba orgánicamente con la opción de los bolcheviques. Pero el compromiso se reveló como formal, salvo en la acción de las fracciones izquierdistas encabezadas por Gramsci en Turín y por Amadeo Bordiga en Nápoles.

Pese a esas vacilaciones, la movilización popular determinó que la socialdemocracia y los sindicatos controlados por ella se encontraran de pronto transformados en el principal punto de referencia de las masas. La Confederación General del Trabajo creció, entre 1913 y 1920, de 321,000 afiliados a 220,000; el Partido Socialista de 50,000 miembros pasó a 300,000 y sus diputados se triplicaron: de 50 a 150. “En el período entre el armisticio y la ocupación de las fábricas, el Partido Socialista representó a la mayoría del pueblo

trabajador italiano, constituido por tres clases fundamentales: el proletariado, la pequeña burguesía, los campesinos pobres.”<sup>5</sup> Pero en realidad esa unificación era artificial, provocada por la crisis del liberalismo italiano y de sus formas estatales. El socialismo no fue capaz de soldarla fuertemente y el “bienio rojo” —que demuestra la incapacidad de políticos reformistas y de sindicalistas para forzar una salida revolucionaria de la situación— acelerará la disgregación. La rebelión antigubernamental de la pequeña burguesía se transformará en alimento del fascismo. Los campesinos, por su parte, se orientarán hacia el Partido Popular, el primer antecedente de la democracia cristiana. Quedaba el proletariado, pero después del fracaso político de las ocupaciones de fábrica, era un derrotado.

Ese fracaso, dice Gramsci, “desordenó completamente al Partido Socialista”. En enero de 1921, en Livorno se fundaba el Partido Comunista bajo la dirección política e intelectual de los “izquierdistas” de Bordiga. El grupo turinés no tiene virtualmente influencia: ni Gramsci ni Togliatti formarán parte de su primer comité ejecutivo.

Desde ese momento comenzará otra historia, también difícil y por demás trágica. El PCI se crea en las vísperas del fascismo, ante una clase obrera derrotada políticamente y bajo la sectaria conducción bordiguiana que aislaba aún más de las masas a ese pequeño núcleo. La desorganización de la sociedad italiana de posguerra —lo que años después definirá Gramsci como “crisis orgánica”— desembocará en el orden fascista. En 1924, recapitulando esos días de Livorno, escribirá: “Fuimos sin quererlo un aspecto de la disolución general de la sociedad italiana, convertida en horno incandescente donde todas las tradiciones, todas las formaciones históricas, todas las ideas prevalecientes se fundían a veces sin residuo.”<sup>6</sup> Mil nove-

---

<sup>5</sup> “Los partidos y la masa”, publicado en *L'Ordine Nuovo*, 25 de septiembre de 1921.

<sup>6</sup> “Contra el pesimismo”, en *L'Ordine Nuovo*, 15 de abril de 1924.

cientos veintiuno es para la estrategia revolucionaria, en Italia, en toda Europa y en la propia URSS, el año que marca definitivamente la necesidad del pasaje de la “guerra de maniobras” a la “guerra de posiciones”. En Rusia, es el año de la NEP; en Europa el del último capítulo del ciclo insurreccional.

Pero lo que importa ver ahora es al Gramsci que va desde la revolución rusa hasta la fundación del PCT; al Gramsci del tiempo de la ofensiva, director de *L'Ordine Nuovo*, intérprete italiano del momento histórico que encuentra su vértice en la derrota del zarismo.

El impacto de la revolución se extendió por toda Europa. En el interior de las socialdemocracias la acción de los bolcheviques fue un fermento poderoso que abrió camino a diversas crisis desde la izquierda, cuyo resultado fue la fundación de los partidos comunistas que constituirían la iii Internacional. Pero ese proceso no fue privativo de las élites políticas: se correspondía con el crecimiento de la efervescencia revolucionaria de las masas obreras, en el cuadro de una desorganización global de la sociedad.

La ola fue de corta duración pero tuvo muy intensos efectos.

En el plano ideológico, el socialismo, desleído desde principios de siglo como una fuerza puramente parlamentaria y sindical, intentará reencontrarse con la voluntad de poder. Este proceso de resurgimiento de una izquierda revolucionaria reconocerá distintas tradiciones ideológicas y culturales y se explayará a través de varias situaciones sociales y políticas, pero confluirá en una única dirección: el reconocimiento de la organización de los soviets en Rusia como una nueva experiencia estatal, como la forma socialista de articular la democracia. Todo el período del ascenso revolucionario de la posguerra es el período del “sovietismo” para el naciente movimiento comunista. No es el tema del partido el que primará en esos años sino el del estado, el del nuevo estado inherente a una revolución socialista. Y esa discusión tendrá un eje: la dilucidación del modelo político de la dictadura del proletariado.

Los aportes serán muchos y de variado signo, teóricos y prácticos: el movimiento inglés de los *shops stewards committees*; las propues-

tas de Karl Korsch en Alemania y la organización en ese país del sistema de los Arbeiterräte; las teorías de Pannekoek en Holanda; Daniel de León y su movimiento Industrial Workers of the World en los Estados Unidos; en fin, Rosa Luxemburg y Georges Sorel, sin contar el desarrollo que la temática tiene por esos años en la URSS.<sup>7</sup>

Todo ese material, aunque motivado por una misma situación histórica y aún por una misma intencionalidad, no tuvo, sin embargo, idénticos signos. Gramsci, desde las columnas de *L'Ordine Nuovo*, virtual vocero de los consejos de fábrica turineses, aporta al debate rasgos diferenciales, hasta lograr diseñar un encuadre teórico original para una estrategia revolucionaria que irá luego desarrollando y completando.

En efecto: paralelamente con el crecimiento de la lucha de clases en Italia y en Europa, el Gramsci *ordinovista* irá echando las bases para una teoría del estado y para una teoría de la revolución, que coagulará luego en los cuadernos de la cárcel. Mejor: lo que Gramsci hará entre 1919 y 1921 es formular una teoría de la revolución tomando como punto de partida la crisis política y social —estatal, en sentido amplio— que tiene lugar en Italia tras la guerra y el fracaso del modelo liberal.

En este aspecto, la comparación con la estrategia de análisis de Lenin resulta pertinente. A diferencia de Gramsci, en Lenin se produce primero la construcción de una teoría de la sociedad rusa erigida a partir del examen del nivel económico de esa formación histórica. De ella surgirá una teoría de la revolución cuyo eje está constituido por la caracterización del enfrentamiento entre las clases, y luego una teoría de los procesos políticos que incluye, privilegiadamente, una teoría de la organización revolucionaria. Es el

---

<sup>7</sup> Sobre el tema, véase *Consejos obreros y democracia socialista*, varios autores, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 33, México, 1977. Una excelente introducción a la problemática puede encontrarse en la “Advertencia” de esa misma edición y en José Nun, “Control obrero y organización”, *Pasado y Presente*, número 2/3 (nueva serie), julio/diciembre 1973, pp. 205-233.

camino que recorre desde 1893 hasta 1905; desde *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y el conjunto de textos polémicos contra el populismo, hasta *Dos tácticas*, pasando por el *¿Qué hacer?* Esa es la matriz del método y la teoría leninista, aunque, ciertamente, jamás totalmente cerrada a las modificaciones que podía provocar la historia de la lucha de clases. Pero hasta que ésta, primero en 1905 y luego más intensamente entre febrero y noviembre de 1917, introduce el problema de los soviets, esto es, la existencia de instituciones políticas de masas independientes de los partidos, el germen de la nueva vida estatal está, para los bolcheviques, encerrado en el partido. Lenin construye una teoría de la toma del poder basada en una teoría del partido y sólo en 1917, a través de *El estado y la revolución*, comienza a bosquejar una teoría del estado.<sup>8</sup>

La línea de desarrollo del pensamiento gramsciano es otra. No hay en su obra un equivalente a *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, ni ningún otro análisis pormenorizado de la estructura económico-social de Italia. Recién en 1926, a través de *Alcuni temi della questione meridionale*, desarrollará este nivel de hipótesis –sistematizadas también en las tesis al III Congreso del PCI reunido en Lyon– pero el examen de las clases fundamentales, burguesía, proletariado, pe-

---

<sup>8</sup> El surgimiento de los soviets durante la revolución de 1905 llenó de perplejidad a los bolcheviques que habían aprendido en el *¿Qué hacer?* a desconfiar absolutamente de la capacidad revolucionaria de las organizaciones “espontáneas” de las masas. Tanto fue así que en un principio se opusieron a ellos señalando que su existencia sólo sería legítima si los mismos asumían exclusivamente formas de organización sindical. La institución revolucionaria y el realismo político de Lenin lograron modificar esas posiciones extremas, señalando por primera vez que los soviets constituían “embriones de poder revolucionario”. Pero pasados los sucesos de 1905 esta decisión táctica no fue teorizada. Recién en 1917, y otra vez a favor del impulso que arrancaba de las luchas reales del proletariado, Lenin replantea la temática de los soviets y llega a desarrollar a partir de ella una teoría del poder obrero, expresada en *El estado y la revolución*. Cfr. Oskar Anweiler, *Les soviets en Russie (1905-1921)*, París, 1972.

queña burguesía y campesinado, aparecerá siempre ligado con determinaciones políticas, culturales y regionales que especificarán el contenido económico de las definiciones.

Aunque todavía no esté formulada como teoría, la perspectiva de análisis en Gramsci arranca de una caracterización de la situación italiana con la crisis orgánica, crisis de hegemonía, crisis a la vez política y social, “crisis del estado en su conjunto”. El estado, como ordenador de la sociedad, como condensación de sus contradicciones, es lo que entra en crisis. Y esa crisis expresa y a su vez realimenta la crisis de la sociedad como un todo. Otra vez se trata, en Gramsci, de la primacía de la política. En un escrito de 1918 apunta estas ideas que reaparecerán en él permanentemente: “Las revoluciones son siempre y solamente revoluciones políticas; hablar de revoluciones económicas es hablar con metáforas y con imágenes. Pero en tanto economía y política se hallan íntimamente ligadas, la revolución política crea un ambiente nuevo a la producción y ésta se desarrolla de modo distinto”.<sup>9</sup> La originalidad gramsciana en su etapa *ordinovista* consiste en poner las bases, no siempre de manera sistemática, para un planteamiento distinto de las relaciones entre economía y política, entre lucha económica y lucha política, en un esfuerzo por liberar al materialismo histórico de los riesgos del economicismo. Esta lucha ideológica que permanecerá en él como una constante –hasta el punto que el antieconomicismo es el principio teórico ordenador de sus cuadernos de la cárcel– tiene siempre una última motivación política.

La lucha contra el economicismo –anotará en la cárcel– “no sólo en la teoría de la historiografía sino también y especialmente en la teoría y en la práctica política (...) puede y debe ser conducida desarrollando el concepto de hegemonía”. Y en efecto, es este concepto, aún en estado larval, aún como intuición política, el que puede ser rastreado en la teoría de la revolución y del estado que Gramsci comienza a bosquejar entre 1917 y 1921.

---

<sup>9</sup> Antonio Gramsci, *Sotto la mole*, Turín, 1960, p. 352.



¿En qué consiste esa teoría, en rasgos generales? *En primer lugar*, ella es antijacobina y, por lo tanto, antiautoritaria. “La revolución rusa —escribe en 1918— ha ignorado el jacobinismo.” El término reaparecerá después de 1921 y en los cuadernos de la cárcel, pero entonces tendrá otro sentido.<sup>10</sup> En el Gramsci *ordinovista* el significado de jacobinismo es el de revolución desde arriba por obra de una minoría iluminada. Su concepción de la conquista del poder, en cambio, supone que ésta es el resultado de un proceso de masas, de una “revolución desde abajo”.

En *segundo lugar*, su teoría de la revolución lleva implícita una teoría del ejercicio del poder y de realización final del socialismo como “reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil”, como autogobierno de las masas.

En *tercer lugar*, ubica como pilar de la acción política la organización de lo que calificará más adelante *como* “reforma intelectual y moral”, entendida como terreno crítico para el desarrollo de “una voluntad colectiva nacional-popular”. El socialismo aparece así como una nueva cultura, como un hecho de conciencia sostenido por la historia de cada pueblo-nación.

Estos tres niveles que se despliegan en su teoría de la revolución se sintetizan en la noción de hegemonía como clave teórica para la acción política en su sentido más alto: el de fundadora de estados.

La experiencia militante de Gramsci durante el período de la ofensiva revolucionaria frente a la crisis del estado liberal italiano, centrada en el desarrollo de los consejos de fábrica como germen del estado socialista, equivale a la redacción de un primer capítulo, todavía sesgado, de esta teoría de la hegemonía.

La hegemonía, como capacidad para unificar la voluntad disgregada por el capitalismo de las clases subalternas, implica una tarea organizativa capaz de articular diversos niveles de conciencia

---

<sup>10</sup> Sobre el tema, véase Massimo Salvadori, *Gramsci e il problema storico della democrazia*, Turín, 1973.

y orientarlos hacia un mismo fin. Tres han de ser, básicamente, los soportes orgánicos de esa estrategia hacia el poder: consejos, sindicatos y partido. Ellos integran “la red de instituciones dentro de las cuales se desarrolla el proceso revolucionario”.

“El estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase trabajadora explotada. Ligar entre sí a esas instituciones, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y de poderes, centralizarlas fuertemente si bien respetando su necesaria autonomía y articulaciones, significa crear desde ya una verdadera democracia obrera en contraposición eficiente y activa con el estado burgués, preparada desde ya para sustituir al estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional.”<sup>11</sup> Anotemos tres rasgos: intimidad del nuevo estado con las experiencias institucionales internas a las clases populares; pluralidad de esas experiencias y necesidad de coordinarlas; papel político y a la vez económico que esas instituciones cumplen en la lucha de clases.

El nuevo estado, “que existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase trabajadora explotada”, deberá instituir formas de representación que sustituyan al modelo liberal-parlamentario. Su institución básica no puede ser otra que los soviets.

La pregunta inicial de *L'Ordine Nuovo* arranca de esta inquietud. “¿Existe en Italia alguna institución que pueda ser parangonada al soviets, que participe de su naturaleza? ¿Alguna que nos autorice a afirmar que el soviets es una forma universal y no una institución rusa y solamente rusa?” La respuesta es afirmativa: en Turín, en Italia, el germen del gobierno obrero es la comisión de fábrica. No es el sindicato, como quería Tasca o el partido como lo planteaba Bordiga, sino la organización de los trabajadores en la fá-

---

<sup>11</sup> “Democracia obrera”, en *L'Ordine Nuovo*, 21 de junio de 1919.

brica capitalista como organismo político, como “territorio nacional del autogobierno obrero”.<sup>12</sup>

Los sindicatos no podrían serlo, porque ellos “son el tipo de organización proletaria específico del período histórico dominado por el capital”. Su función primaria es conseguir “la legalidad industrial”, esto es, la capacidad de negociación con los empresarios. Esta tarea implica un compromiso necesario y representa una conquista de los trabajadores, pero es todavía inherente a la naturaleza competitiva del régimen capitalista.

¿Y el partido? Gramsci milita aún en el socialismo, una organización que pese a su adhesión a la experiencia soviética no constituya una unidad sino un conglomerado en el que finalmente priva un espíritu pequeñoburgués y reformista. El dato es menester tenerlo en cuenta, porque permite calibrar más exactamente el tantas veces aludido “espontaneísmo” del Gramsci *ordinovista*. Fundador poco tiempo después del PCI, del que se transformaría en su dirigente principal y en uno de los más sistemáticos defensores de su estructuración orgánica, la negligencia de Gramsci por la temática del partido no es cierta siquiera en el período 1917-1921. Lo que sí es verdadero, tanto en uno cuanto en otro momento, es que su concepción acerca del partido en el proceso revolucionario y acerca de las características internas del partido, difiere en aspectos importantes de la clásica, especialmente de la traducción que de ella va a hacer el stalinismo. Las formas de relación entre partido y masas se regulan siempre en Gramsci a partir de la hipótesis de que el partido revolucionario no es órgano sino *parte* de la clase obrera.

Ni los sindicatos, ni el partido pueden abarcar a la totalidad de las clases subalternas. Ambos son organismos de tipo “privado”, contractuales, la adhesión a los cuales implica un acto voluntario. En tanto instituciones, no habrán de ser absorbidas por el nuevo

---

<sup>12</sup> “El programa de L’Ordine Nuovo”, en *L’Ordine Nuovo*, 14 y 28 de agosto de 1920.

estado, sino que deberán mantenerse autónomas, como órganos de propulsión (el partido) y de control (los sindicatos). La importancia que Gramsci le otorga a los consejos (y no sólo a los de fábrica) es porque ellos han de constituir la trama del estado como organismos que abarcan a la totalidad de las clases populares. Contrapartida del parlamento burgués, la red de consejos encarna la representación política de los trabajadores desde su propia condición de tales y no de ciudadanos “libres”, aislados entre sí.

“El consejo de fábrica –escribe– es una institución de carácter ‘público’, mientras que el partido y el sindicato son instituciones de carácter ‘privado’. En el consejo de fábrica el obrero entra a formar parte como productor, como consecuencia, por lo tanto, de su carácter universal, como consecuencia de su función y de su posición en la sociedad, del mismo modo que el ciudadano entra a formar parte del estado democrático parlamentario. En el partido y el sindicato el obrero entra a formar parte ‘voluntariamente’, firmando un compromiso escrito, firmando un contrato que puede romper en cualquier momento: el partido y el sindicato, por su carácter contractual, no pueden ser de ningún modo confundidos con el consejo, instituto representativo que se desarrolla no aritméticamente sino morfológicamente y que tiende, en sus formas superiores, a darle la fuerza proletaria al aparato de producción y cambio creado por el capitalismo a los fines del beneficio.”<sup>13</sup>

Parte principal de una teoría de la revolución que es a la vez una teoría del estado, los consejos, como instrumento de acción política, encarnan en el período de ofensiva la posibilidad de creación del “doble poder”. En ese sentido, el énfasis que Gramsci les otorga entre 1918 y 1921 no puede ser tampoco dissociado de la coyuntura. Si después de 1921 el eje se corre hacia la organización del partido revolucionario –sin que por ello desaparezca el tema de los consejos– la causa hay que buscarla menos en un viraje teórico que en un cambio de oportunidad política.

---

<sup>13</sup> “El consejo de fábrica”, en *L'Ordine Nuovo*, 5 de junio de 1920.

En todo momento la revolución es un vasto proceso social en el que las fuerzas de las masas se despliegan en una pluralidad de instituciones que se complementan. En esa combinación, aún durante el período *ordinovista*, es el partido quien “sigue siendo la jerarquía superior” del movimiento de masas, su “máximo agente”.<sup>14</sup> Pero de lo que se trata es de mantener una relación correcta entre los tres canales principales de la acción política. “El partido y el sindicato no deben colocarse como tutores o como superestructuras ya constituidas de esta nueva institución en la que toma forma histórica controlable el proceso histórico de la revolución: ellos deben colocarse como agentes conscientes de su liberación de las fuerzas de compresión que se agrupan en el estado burgués; deben proponerse organizar las condiciones externas generales (políticas) en las que el proceso de la revolución tenga su máxima celeridad, que las fuerzas productivas liberadas encuentren la máxima expansión”. Se trata, pues, de una relación entre estructuras, de una complementación de instituciones que permite a la clase obrera ir construyendo las condiciones para su hegemonía sobre el resto de las clases subalternas, como prefiguración del nuevo estado.

El Gramsci *ordinovista* propone en ese tramo de su obra no sólo las bases para una teoría del estado hegemónico, sino también la clave para su instrumentación práctica: una teoría del movimiento de masas. Esta teoría de la articulación orgánica de las distintas formas institucionales en que se agrupan las clases populares, está en las antípodas de la metodología de la organización revolucionaria que subestima la autonomía de las instancias no partidarias de las clases populares. Cuando Stalin proclama que los sindicatos y toda otra forma de asociación de los trabajadores deberían ser “órganos auxiliares y correas de transmisión que unen al partido con la clase”, el círculo de jacobinismo y autoritarismo abierto por el *¿Qué*

---

<sup>14</sup> “El partido y la revolución”, en *L'Ordine Nuovo*, 27 de diciembre de 1919.

*hacer?* se cierra lógicamente.<sup>15</sup> El papel concedido por Gramsci a los consejos de fábrica se implanta, en cambio, en una matriz ideológica que piensa a la revolución como un proceso social de conquista del poder, como un hecho de masas, y que concibe a la realización del socialismo como lucha permanente contra la alienación política, como “reforma intelectual y moral” tendiente a cerrar la fisura que separa a gobernantes de gobernados.

Pero los consejos –tanto antes como después de la revolución– tienen, además de funciones de lucha política, un rol en la lucha económica. La fundamentación que hace Gramsci de este carácter de “órgano técnico de la producción” que asumirían los consejos obreros, no es siempre teóricamente justa y aparece ligada con una interpretación incorrecta de la crisis del capitalismo. La separación entre propiedad y control en las fábricas se le presenta como un signo de abandono que el capitalista hace de su función de organizador de la producción, la que transfiere a “una clase media irresponsable, sin lazos de interés ni psicológicos con la producción misma”.<sup>16</sup> Este vacío dejado por un capitalismo que ha entrado en una fase parasitaria, sería llenado por la propia clase obrera, transformada en el eje social para el retorno a la racionalidad de la empresa como unidad de trabajo.

Parece claro que en esta caracterización se acumulan varios errores de perspectiva. Uno, con respecto a concebir el proceso de separación entre propiedad y control como crisis del capitalismo, como ingreso del mismo a un estadio parasitario. Otro, en cuanto a la presunción de que la técnica industrial es “independiente del modo de apropiación de los valores producidos”, como señala en un texto, aunque luego aminore el énfasis de la afirmación al recalcar, en el mismo párrafo, que esta neutralidad de la técnica vale “en cierto sentido”.

---

<sup>15</sup> Stalin, “Sobre los fundamentos del leninismo”, en *Cuestiones del leninismo*, Buenos Aires, 1947, p. 111.

<sup>16</sup> *L'operario in fabbrica*, en *L'Ordine Nuovo*, 21 de febrero de 1920.

De todos modos no caben dudas que en los escritos gramscianos de ese período subyace la noción (falsa) acerca de la neutralidad de las fuerzas productivas frente a las relaciones de producción. Como señala uno de sus críticos actuales, pareciera que “para Gramsci no está en discusión la organización capitalista de la producción sino su dirección”.<sup>17</sup>

De este efectivo núcleo de error surge, por ejemplo, la publicación en las páginas de *L'Ordine Nuovo* de artículos en los que se valora positivamente, desde un punto de vista tecnológico, al “taylorismo”. Pero cabe decir que este problema no estaba entonces muy claro para la totalidad del movimiento revolucionario; el filón “productivista” dentro del marxismo puede encontrarse en textos de Lenin, de Engels y del propio Marx. El stalinismo y el trotskismo participan de esta concepción, que sólo comenzará a ser puesta en duda a partir de la Revolución Cultural en China.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Cfr. Leonardo Tomasetta, *Participación y autogestión*, Buenos Aires, 1975, p. 157.

<sup>18</sup> En el capítulo XIII del tomo I de *El capital*, “Maquinaria y gran industria”, pueden hallarse rastros de esa tensión conceptual entre una valoración de la organización de la producción como necesidad técnica “al implantarse la cooperación en gran escala y la aplicación de instrumentos de trabajo colectivos, principalmente la maquinaria” y su “uso” por parte del capitalista, “caricatura de la reglamentación del proceso de trabajo”. En esa misma dirección puede consultarse un texto clásico de Engels. *De la autoridad*, publicado en 1874. En cuanto a Lenin y el “taylorismo”, basta citar estos párrafos de Las tareras inmediatas del poder soviético, de abril de 1918. “Se debe plantear en la orden del día la aplicación práctica y la experimentación del trabajo a destajo, la utilización de lo mucho que hay de científico y progresista en el sistema Taylor, la coordinación del salario con el balance general de la producción(...) Aprender a trabajar, he aquí la tarea que el poder soviético debe plantear en toda su envergadura ante el pueblo. La última palabra del capitalismo en este terreno —el sistema Taylor— al igual que todos los progresos del capitalismo, reúne en sí toda la refinada ferocidad de la explotación burguesa y muchas valiosísimas conquistas científicas concernientes al estudio de los movimientos mecánicos durante el trabajo, la supresión de

Con ser importante, esta vacilación determinista y naturalista en el examen de la ligazón entre fuerzas productivas y relaciones de producción, no llega a ser en Gramsci políticamente decisiva. En efecto: a partir de una fundamentación que fácilmente puede ser invalidada como incorrecta, llega a elaborar intuiciones significativas sobre un tema central, el de la relación entre lucha económica y lucha política, tratando de darle a la misma una solución institucional original.

En este terreno debe buscarse el aporte mayor del planteo gramsciano dentro de la corriente “sovietista” que predomina entonces en el movimiento revolucionario europeo. Su originalidad resalta en comparación con las tensiones ideológicas que rodean, desde Lenin hasta la III Internacional, al tratamiento del papel de los consejos. Para Lenin, por ejemplo, hasta abril de 1918 en que en *Las tareas inmediatas del poder soviético* amplía el radio de acción de los soviets, la función de éstos era puramente política, como uno de los canales de participación popular en la vida estatal. Al final del ciclo, ya muerto Lenin, la III Internacional invertirá la adjudicación de roles: el papel de los consejos sería puramente económico.<sup>19</sup>

Para Gramsci, en cambio, tanto en el período *ordinovista* como más adelante, los consejos fusionan la lucha económica con la lucha política —como instrumentos de control técnico de la producción

---

movimientos superfluos y torpes, la elaboración de los métodos de trabajo más racionales, la implantación de los mejores sistemas de contabilidad y control, etc. La República Soviética debe adoptar, a toda costa, las conquistas más valiosas de la ciencia y de la técnica en este dominio. La posibilidad de realizar el socialismo quedará precisamente determinada por el grado en que logremos combinar el poder soviético y la forma soviética de administración con los últimos progresos del capitalismo. Hay que organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, su experimentación y adaptación sistemáticas.” Cfr. *Obras completas, op. cit.*, tomo XXVII, pp. 254 y 255.

<sup>19</sup> Sobre el tema véase Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, 1972, especialmente pp. 248 y ss.



y como organismos de movilización de las masas— en combinación con las tareas propias de sindicatos y partido. Su convicción es que, a través del despliegue que efectúan en una pluralidad de instituciones, las clases populares tienen la posibilidad de superar la fragmentación a que las condena el régimen del capital. Además, sólo esta múltiple potencialidad organizativa de las masas puede derrotar a un enemigo que no está presente exclusivamente en el aparato gubernamental, sino que se halla diseminado en todas las instituciones de la sociedad civil. Una clave para superar esa disgregación es suprimir la fisura entre lucha económica (sindicatos) y lucha política (partidos). La separación tajante entre esos dos niveles, planteada con fuerza en el movimiento comunista tras los funerales del movimiento “sovietista”, no hace más que reproducir, aunque con matices más autoritarios, la ficción liberal de la disociación entre sociedad civil y sociedad política.

El principal espacio para la reunificación de ambas instancias son los consejos, “forma concreta de un proceso político de nuevo tipo que, por el hecho de partir desde la producción, no es absorbible a través de maniobras políticas o modificaciones parciales del estado burgués”.<sup>20</sup>

Como estrategia global, la sutura de la brecha entre acción económica y acción política de las clases subalternas sólo puede ser pensada a partir de una teoría de la revolución que articule, desde planos de autonomía, a los movimientos de masas con el partido.

Esta primera aproximación gramsciana a la complejidad institucional del proceso de conquista del poder (y de realización del socialismo), realizada en el período de *L'Ordine Nuovo*, se irá completando a partir de 1923 y 1924 con la precisión sobre lo que fue el déficit mayor de ese período de ofensiva: *la carencia de una fórmula política a escala nacional que homogeneizara la presencia social de las masas, virtualizándola como germen de estado*. Ese instrumento será el

---

<sup>20</sup> Leonardo Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno Principe*, Roma, 1970, p. 258.

frente único, primera condensación programática que elabora la III Internacional para resolver el pasaje de la guerra de maniobras a la guerra de posiciones en la acción política.

### 3.

## El reflujo

Para todos los países capitalistas se plantea un problema fundamental, el del pasaje de la táctica de frente único en sentido general a una táctica determinada que se plantee los problemas concretos de la vida nacional y opere sobre la base de las fuerzas populares tal cual ellas están históricamente determinadas.

*Un esame della situazione italiana*, agosto de 1926.

En 1926, Gramsci vuelve su mirada al “bienio rojo”. Han pasado más de cinco años desde entonces, una nueva generación ha entrado en la producción y sin embargo —anota— “la ocupación de las fábricas no ha sido olvidada por las masas y no sólo por las masas obreras sino tampoco por las campesinas”. El saldo de aquel momento de ofensiva de los trabajadores fue de fracaso.

¿Dónde estuvieron las fallas? “Como clase, los obreros italianos que ocuparon las fábricas se mostraron a la altura de sus tareas y de sus funciones. Todos los problemas planteados por la realidad del movimiento fueron brillantemente resueltos. No pudieron resolver los problemas de los abastecimientos y de las comunicaciones porque no fueron ocupados los ferrocarriles ni la flota. No pudieron resolver los problemas financieros porque no fueron ocupadas las instituciones de crédito ni las empresas comerciales. No pudieron resolver los grandes problemas nacionales e internacionales porque no conquistaron el poder del estado. Estos problemas deberían haber sido afrontados por el Partido Socialista y por los sindicatos que,

en cambio, capitularon vergonzosamente pretextando la inmadurez de la clase. Quienes eran en realidad inmaduros e incapaces eran los dirigentes y no la clase. Por eso tuvo lugar la ruptura de Livorno y se creó un nuevo partido, el Partido Comunista.”<sup>1</sup>

La construcción de ese partido pasa a ser para Gramsci el objetivo fundamental en el momento del reflujo del movimiento de masas y de ofensiva del fascismo, relegando la temática consiliar. ¿Se trata de un viraje total con respecto a sus posiciones de 1918-1920, como lo sugieren algunos autores? Hay, indudablemente, un cambio de acento, un desplazamiento del énfasis antiguamente puesto en los consejos, a favor de la organización del instrumento partidario. Una razón de ello es la coyuntura; otra, la maduración de su propio pensamiento, que advierte, tras la experiencia del “bienio rojo”, la necesidad de construir una fórmula política —cuyo eje debe ser el partido— capaz de quebrar el aislamiento del movimiento obrero y de articular un esquema estratégico nacional.

Pero este momento necesario no implica un abandono de la temática *ordinovista* sino, en todo caso, su redimensionamiento en el interior de un modelo más equilibrado de acción revolucionaria. La continuidad con sus reflexiones anteriores se muestra en la búsqueda consecuente de un modo de operar político distinto al tradicional, especialmente en lo que se refiere a las características que debe asumir el partido en su relación con las masas y en su ordenamiento interno. Como señala Spriano, esos estímulos que Gramsci tratará de introducir en el movimiento revolucionario arrancan de su convicción acerca de un proceso de conquista del poder “que no puede no partir de abajo, que no puede no recoger elementos de espontaneidad”.<sup>2</sup> Esos estímulos no decaerán jamás.

---

<sup>1</sup> “Otra vez acerca de la capacidad orgánica de la clase obrera”, en *L'Unità*, 1<sup>o</sup> de octubre de 1926.

<sup>2</sup> En *Gramsci e la cultura contemporanea*, *op. cit.*, p. 182.

En 1924, al presentar la aparición de una tercera serie de *L'Ordine Nuovo*, vinculaba la nueva experiencia con la vivida por la clase obrera en el período anterior. “Nuestro programa actual —escribe— debe reproducir en la situación hoy existente en Italia la posición asumida en los años 1919-1920, debe reflejar la situación objetiva actual con las posibilidades que se ofrecen al proletariado para una acción autónoma, de clase, independiente (...) El problema urgente, la consigna necesaria hoy, es la del gobierno obrero y campesino: se trata de popularizarla, de adaptarla a las condiciones concretas italianas, de demostrar cómo se deduce de todo episodio de nuestra vida nacional, cómo resume y contiene en sí todas las reivindicaciones de la multiplicidad de partidos y de tendencias en que el fascismo ha disgregado la voluntad política de la clase obrera y especialmente de las masas campesinas.”<sup>3</sup>

En esta consigna general del gobierno obrero-campesino —que luego devendrá más prolija, transformada en fórmula político institucional— se anuda toda la temática que Gramsci afrontará en el segundo momento de la maduración de su pensamiento: los rasgos particulares del fascismo; la alternativa de frente único y sus instrumentos de realización; las alianzas de clase y la definición del problema campesino en la revolución italiana; las características de la organización política y su relación con las masas. Se trata de un momento clave, pues en él se sintetizarán los elementos que aún permanecerán desasidos en su teoría de la revolución; los cuadernos de la cárcel, posteriormente, no serán otra cosa que una pausada puesta a punto de esta práctica política que comienza a definirse globalmente alrededor de 1923.

Su arranque es la consideración del fascismo como salida regresiva a una situación de crisis orgánica, por medio de la cual las clases dominantes consiguen recomponer el orden social fragmentado, instrumentando para ello a la pequeña burguesía.

---

<sup>3</sup> “El programa de *L'Ordine Nuovo*”, en *L'Ordine Nuovo* (quincenal), 1/15 de abril de 1924.

La discusión sobre el fascismo recorre virtualmente toda la historia de la III Internacional y en ella se expresa una rica problemática teórica con precisas consecuencias prácticas.<sup>4</sup> A través de sucesivos vaivenes, el Partido Comunista Italiano fue modificando su enfoque sobre el problema; recién hacia 1925, cuando el grupo turinés logra desplazar a Bordiga de la dirección partidaria, se consolida una interpretación que no va a ser modificada hasta 1944.

Para Gramsci, el fascismo no podía ser evaluado fuera del marco de la historia del pueblo italiano, desde el momento de la constitución del estado unitario a fines del siglo XIX y aun desde antes.<sup>5</sup>

Estas características en la formación de las clases y el proceso tardío de constitución de la unidad nacional, influirán sobre la falta de homogeneidad política de la burguesía. La guerra de 1914 abrió aparentemente la posibilidad para la construcción de esa unidad ausente, pero en realidad, como se vio en el período inmediatamente posterior al armisticio, lo que la guerra trajo fue una exasperación de todos los problemas sociales y políticos irresueltos, creando una situación en la que la presencia de las clases populares movilizadas agravaba aún más la crisis de hegemonía. Así, la posguerra se caracterizó por ser un período de paralelismo de fuerzas. “De un lado, las fuerzas burguesas que carentes de una unidad de acción política luchan por imponer las cargas de la guerra a la clase trabajadora y, por el otro, esta última que, bajo la guía del partido socialista, lucha por la conquista del poder sin haber realizado la unidad de clase.”<sup>6</sup> En esa situación, el fracaso de la dirección socialista lleva al proletariado a

---

<sup>4</sup> Sobre el tema, véase Nicos Poulantzas, *op. cit.*

<sup>5</sup> Para sintetizar la posición de Gramsci sobre el fascismo, elegimos la versión que brinda Athos Lisa de las charlas mantenidas por Gramsci en la cárcel a fines de 1930, publicadas por primera vez en *Rinascita* el 12 de diciembre de 1964. Una amplia selección de los trabajos de Gramsci sobre el fascismo, hecha por Enzo Santarelli, puede encontrarse en *Sul Fascismo*, Roma, Editori Riuniti, 1974.

<sup>6</sup> Athos Lisa, *op. cit.*

una derrota, mientras la burguesía trata de componer rápidamente su unidad política ante la amenaza de la movilización popular.

La primera aparición del fascismo es como grupo de choque de la burguesía agraria; se trata de una política puramente terrorista para la que recluta a elementos marginales. Esta base social se desplaza, en un segundo momento, a la pequeña burguesía rural y luego a la pequeña burguesía urbana, en un proceso muy rápido de crecimiento de sus soportes de masa que coincide con el reflujo de la ola revolucionaria provocado por la derrota de las ocupaciones de fábrica.

La crisis de los partidos liberales y el repliegue de los obreros facilita el asalto al poder por parte de Mussolini. Desde allí, el fascismo articulará la unidad política de la burguesía italiana, en un movimiento convergente con el proceso de centralización del capital que se da en la economía. El fascismo, por lo tanto, utilizando a las clases medias como masa de maniobras, unificará a la burguesía pero bajo el predominio del capital financiero, “a los intereses del cual toda [su] política estará subordinada”. De esta caracterización general que, pese a atravesar por distintas tensiones, es la que preside la labor de los comunistas italianos desde 1925 hasta el retorno de Togliatti en 1944, es necesario destacar algunos rasgos.

*Primero:* la definición del fascismo como un movimiento de masas con bases sociales amplias y no como un mero agrupamiento terrorista, lo que le plantea al partido obrero la necesidad de disputar la adhesión de las clases intermedias, urbanas y rurales.

*Segundo:* la definición del contenido del fascismo como el de un régimen que realiza la unidad política de la totalidad de la burguesía, de modo tal que la lucha antifascista debe ser, simultáneamente, lucha anticapitalista.

*Tercero:* la definición, dentro de esa unidad, del predominio del sector más moderno y no del más atrasado de la clase dominante: el capital monopolista. Estos tres rasgos impondrán, a su vez, las características de la acción revolucionaria a desarrollar.

Ella, para ser exitosa frente a esa situación creada por el fascismo, deberá articular: la reconstrucción de la unidad de la clase obrera; la constitución de un bloque entre ésta y el campesinado, principal componente de la pequeña burguesía; la estructuración de una fórmula política que logre fijar los objetivos de transición, “no como fin en sí, sino como medio”.<sup>7</sup>

En este proceso complejo de acción política el modelo estratégico será el de la guerra de posiciones, su traducción social la táctica del frente único, su consigna política la república de los consejos obreros y campesinos. Este proyecto gramsciano se corresponde con las tesis del III y IV Congresos de la Internacional, reunidos en 1921 y 1922. Pero Gramsci deberá esperar la caída de Bordiga para comenzar a instrumentarlo y luego, cuando la propia Internacional lo abandona —sea en el viraje izquierdista de 1928-1930 o frentista de 1934-1935— se mantendrá consecuente a esas proposiciones que marcaron el punto más alto en la elaboración revolucionaria de la III Internacional. Más aún: entre 1923 y 1926, como dirigente del PCI, y más tarde en la cárcel, será Gramsci quien habrá de elaborar como estrategia lo que para muchos dirigentes (si no todos) era meramente una táctica. Es precisamente en esta secuencia cuando más cerca se halla del pensamiento de Lenin, tal cual éste lo desarrollara en los últimos años de su vida.

Es Lenin quien pronuncia en el III Congreso de la Internacional, el 1º de julio de 1921, una encendida defensa de la nueva táctica: si el congreso no despliega una acción profunda —dice— “contra estas necesidades ‘izquierdistas’, todo el movimiento está condenado a perecer”.<sup>8</sup> El autor de esas “necesidades” era el representante del PCI, Terracini. Españoles, franceses e italianos rechazan la táctica del frente único y mantienen la caracterización de la situación mundial como de ofensiva del movimiento revolucionario. Contra esta

---

<sup>7</sup> Athos Lisa, *ibidem*.

<sup>8</sup> En *Obras completas*, ed. cit., tomo XXXII, p. 462.



perspectiva se batirá Lenin, defendiendo la justeza de un viraje en la táctica fundado en la convicción de que había concluido la etapa que unía a la guerra con la revolución. “La revolución mundial –señalarán las tesis del III Congreso– no es un proceso que avanza en línea recta; es la disolución lenta del capitalismo, es el sabotaje revolucionario cotidiano que se intensifica de tiempo en tiempo y se concentra en crisis agudas.”<sup>9</sup>

En el discurso pronunciado por Lenin durante las sesiones del III Congreso, la precisión sobre el necesario giro de la acción de los partidos comunistas –definida ahora como un sostenido “ir hacia las masas”– es aún más clara y dramática. “Quien no comprenda que en Europa –donde casi todos los proletarios están organizados– debemos conquistar a la mayoría de la clase obrera (...) está perdido para el movimiento comunista y jamás aprenderá nada.”<sup>10</sup> Párrafos después, esa advertencia se amplía: “...Para triunfar, para mantener el poder, no sólo es necesaria la mayoría de la clase trabajadora (...) sino también la mayoría de la población rural explotada y trabajadora.”<sup>11</sup>

El III Congreso aprobará finalmente la nueva definición de la situación mundial y la consigna del frente único: “La tarea capital del partido comunista en la crisis que atravesamos es la de dirigir los combates defensivos del proletariado, ampliarlos, profundizarlos, agruparlos, transformarlos –según el proceso de desarrollo– en combates políticos por el objetivo final.”<sup>12</sup> El llamamiento para la concreción de un frente único de las clases trabajadoras –reafirmado con mayor claridad en los plenarios de diciembre del 1921 y febrero de 1922– colocaba en el primer plano el problema de las

---

<sup>9</sup> Cfr. *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 47, Córdoba (Arg.), 1973, p. 30.

<sup>10</sup> *Obras completas*, tomo XXXII, p. 464.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 470.

<sup>12</sup> *Los cuatro primeros congresos...*, *op. cit.*, p. 28.

relaciones de los partidos comunistas con la socialdemocracia, tras la crisis provocada por la revolución rusa. Esta situación, la de convocar para una tarea común a quienes sin disimulo se percibía como rivales políticos y enemigos ideológicos, iba a contribuir a desnaturalizar la estrategia trazada. Pocos años después la IC calificará a los socialistas como “social fascistas” y en lugar de convocar a una política de alianzas llamará al combate directo “clase contra clase”.

Entre 1921 y 1923, bajo la presión directa de Lenin, las perspectivas trazadas por la Internacional intentaron la ruptura del aislamiento político. Claudin resume ajustadamente los motivos de este cambio. “Inicialmente –dice– la táctica de frente único es concebida como una política defensiva, partiendo de los siguientes datos: reflujo del movimiento revolucionario en la generalidad de los países capitalistas; contraofensiva capitalista contra el nivel de vida de las masas y sus conquistas sindicales y políticas; escisión de la clase obrera, cuya mayoría seguía encuadrada en los partidos y sindicatos reformistas. En esas condiciones, la lucha por el poder se alejaba y en cambio ante la clase obrera se planteaba como cuestión urgente oponer un frente unido a la ofensiva patronal y estatal.”<sup>13</sup>

En la realidad, la dirección de la IC siempre relativizó el problema, primero de hecho y luego a través de pronunciamientos expresos: el objetivo implícito de la táctica del frente único fue, para la mayoría de los dirigentes comunistas, simplemente “desenmascarar” a la socialdemocracia. Es que, en el fondo, la caracterización del período hecha por la IC avalaba esta disminución de los alcances del viraje. De acuerdo con las “Tesis sobre la unidad del frente proletario” aprobadas en el IV Congreso, la crisis económica mundial se agudizaba y con ella se generaba una creciente quiebra de las ilusiones reformistas de las masas, las cuales, girando su estado de ánimo hacia la izquierda, buscaban espontáneamente la unidad de

---

<sup>13</sup> Fernando Claudin, *La crisis del movimiento comunista*, 1, *De la Komintern al Kominform*, París, 1970, p. 111.

acción. En esas condiciones, en las que los obreros socialdemócratas perdían su fe en el reformismo, las direcciones políticas y sindicales tradicionales habrían de ser desbordadas por las masas: se presentaba, por lo tanto, la posibilidad de enfrentarlas a sus propios trabajadores movilizadas. Los hechos no corroboraron esas previsiones: el capitalismo remontó la crisis y la socialdemocracia y los sindicatos reformistas no sólo no perdieron fuerza sino que la acrecentaron: entre 1921 y 1928 los partidos afiliados a la Segunda Internacional levantaron el número de sus adherentes de 3 a 6 millones; los partidos comunistas, en cambio y durante el mismo período, decrecieron de 900,000 a 450,000 afiliados.

Lo importante es que, como estrategia de más largo alcance, la problemática elaborada entre 1921 y 1923 debía significar mucho más que la historia de los encuentros y los desencuentros, las enemistades y los acuerdos entre las cúpulas de los partidos comunistas y socialistas.

Muerto Lenin no es exagerado decir que fue solamente Gramsci quien en el movimiento comunista entendió con profundidad el sentido de los cambios propuestos, a los que calificará —como ya quedó anotado— de “la más importante cuestión de teoría política planteada en el período de posguerra y también la más difícil de ser resuelta justamente”. Gramsci, en efecto, va a percibir con claridad que la problemática del frente único implica mucho más que un mezquino ajuste de cuentas con los partidos de la Segunda Internacional: en el fondo, la clave del frente único remite a la necesidad de construcción de la unidad política de las clases populares, cualquiera fuese su encuadramiento partidario, a través de la creación de organizaciones de masas capaces de superar las divisiones ideológicas. La estrategia del frente único dará a Gramsci la posibilidad de coagular políticamente su teoría de la revolución como proceso de conquista del poder. Temas como la hegemonía, las alianzas, la construcción de un nuevo bloque histórico, pueden ser anudados con los requerimientos prácticos de la estrategia plan-

teada entre 1921 y 1923. Como señala correctamente Poulantzas, “Gramsci y el grupo turinés de *L’Ordine Nuovo* parecen haber sido en la III Internacional en Europa y a pesar de sus errores, los únicos que comprendieron los problemas planteados por la realización del frente único». <sup>14</sup> Es que la nueva línea retomaba en gran parte los avances del “bienio rojo”: “en las circunstancias actuales –se señala en la resolución del IV Congreso– un movimiento no podrá ser considerado como sistemáticamente organizado en medio de las masas proletarias, si no logra crear para la clase obrera y sus organizaciones comités de fábrica como base de su movimiento”. <sup>15</sup> Pero este aliento estratégico no duraría mucho en los cuadros de la IC, cada vez más preocupados por la defensa de la URSS y por la competencia con la socialdemocracia europea. Así, ya el V Congreso, en 1924, revisa parcialmente la política adoptada, llevándola “hacia la izquierda”: el frente único pasa a ser un simple medio de agitar a las masas. En 1928, el VI Congreso borrará los últimos trazos de la opción diseñada en 1921. Finalmente, en 1934, otro golpe de timón revivirá los proyectos frentistas, pero ya en absoluta supeditación a las necesidades de la política exterior soviética: no se tratará de la unidad política de obreros y campesinos para la realización del socialismo, sino de una fórmula mucho más amplia, la del frente popular, cuyo eje es la coalición entre partidos antifascistas.

Como quedó dicho, el Partido Comunista –bajo la dirección de Bordiga– rechazó la línea del III y IV Congresos, limitando la aplicación de la estrategia del frente único sólo a la acción sindical, con lo que la distinción tajante entre “lucha económica” (para la que correspondería la unidad de acción) y “lucha política” (reservada con exclusividad al partido) quedaba consagrada. El período que corre desde la fundación del PCI hasta 1924 es el más oscuro de la vida política de Gramsci. En el Congreso de Livorno su grupo es relega-

---

<sup>14</sup> Nicos Poulantzas, *op. cit.*, p. 248.

<sup>15</sup> *Los cuatro primeros congresos*, *op. cit.*, p. 189.

do a un segundo plano: los turineses de *L'Ordine Nuovo* pagaban así la derrota sufrida por el movimiento de los consejos. Poco después de Livorno parte al exterior. Primero a Moscú, luego a Viena, permaneciendo en total dos años fuera de Italia, desde mayo de 1922 a mayo de 1924, en que es elegido diputado. Frente al bordiguismo que controla el partido, guardará silencio. En 1922, para el II Congreso del PCI, que se realiza en Roma, redacta junto con Tasca unas tesis sindicales en las que está presente el estilo *ordinovista*, pero las mismas no serán siquiera consideradas por la asamblea.

Durante todo ese período, en el que consolida su posición personal como miembro de la dirección de la Internacional, irá madurando las bases para una ofensiva política en el interior del PCI. Su paso por Moscú y su presencia en las deliberaciones del IV Congreso —el último al que asiste Lenin, ya gravemente enfermo— tendrán una influencia decisiva en el proceso político de Gramsci. El discurso que en esa ocasión pronuncia Lenin, publicado luego bajo el título de “Perspectivas de la revolución mundial a los cinco años de la revolución rusa”, gravitará fuertemente sobre él y aún en las notas escritas en la cárcel se pueden rastrear sus huellas. Lenin planteará en esa oportunidad a los dirigentes de los partidos comunistas del mundo la necesidad de encarar los problemas revolucionarios —especialmente los referidos a la organización, pero también al contenido de su acción política— a partir de un estudio particularizado de cada situación nacional. Refiriéndose a las “Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas”, aprobadas en el III Congreso de la IC, Lenin señalaba que el defecto de esa resolución consistía en que era “rusa hasta la médula”. “Mi impresión —agregaba— es que hemos cometido un gran error, que nos hemos puesto nosotros mismos un obstáculo en el camino de nuestros futuros éxitos. Repito que la resolución está muy bien redactada y acepto sus 50 o más párrafos; pero no hemos comprendido cómo hacer llegar nuestra experiencia a los extranjeros.”<sup>16</sup> El llamado final de

---

<sup>16</sup> *Obras completas*, tomo XXXIII, p. 397.

Lenin es a estudiar: los partidos comunistas que actúan en los países capitalistas “deben hacerlo en particular, llegar a comprender realmente la organización, estructura, método y contenido de la labor revolucionaria”.<sup>17</sup>

El núcleo ideológico que Gramsci habrá de rescatar de esos debates de la Internacional estará atravesado por dos ejes: el desarrollo de la capacidad hegemónica del proletariado sobre el resto de las clases subalternas; la necesidad de “traducir” la lucha revolucionaria a las características nacionales de cada sociedad. Esta última condición —que es la de la guerra de posiciones, la de la hegemonía— se plantea para una escena política y social que no es la misma de Rusia en 1917. “La determinación que en Rusia era directa y lanzaba las masas a las calles al asalto revolucionario, en Europa central y occidental se complica por todas estas superestructuras políticas creadas por el mayor desarrollo del capitalismo que hacen más lenta y más prudente la acción de las masas y exige por lo tanto al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más compleja y de larga duración que las que fueron necesarias para los bolcheviques en el período entre marzo y noviembre de 1917.”<sup>18</sup> Ambos ejes conforman una matriz que suelda el pensamiento de Gramsci desde el momento consiliar hasta las reflexiones en prisión. Sobre ellos se recostará para iniciar una lucha frontal contra Bordiga que recién culminará en 1926.

En mayo de 1923, desde Moscú, comienza un intercambio de cartas con sus compañeros del grupo turinés, especialmente con Togliatti, volcado entonces al bordiguismo. Desde ese momento hasta marzo de 1924 se sucede una sostenida correspondencia en la que Gramsci plantea la necesidad de ajustar la línea del PCI a los acuerdos de la Internacional, desalojando a Bendiga de la dirección. Señala Paggi que “la correspondencia mantenida entre 1923

---

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 398.

<sup>18</sup> Carta de Gramsci a Togliatti, Terracini y otros, del 9 de Febrero de 1924.

y 1924 representa un ejemplo incomparable de ciencia política aplicada, de la manera con la cual un partido, llegado al límite de una crisis organizativa y política que amenaza su misma existencia física, puede, a través de la individualización de una línea política, colocarse en el transcurso de pocos meses como elemento resolutivo de la crisis histórica de un país. Nacen allí los elementos centrales del análisis gramsciano del fascismo”.<sup>19</sup> Efectivamente, en esa dura correspondencia, en la que llega a insinuar la posibilidad de quebrar al PCI si el bordiguismo no es derrotado, Gramsci anticipa los temas centrales que luego desarrollará en el más importante documento que elabora en su trayectoria como dirigente político: las tesis para el III Congreso del PCI, reunido en Lyon en enero de 1926, con las que el grupo ordinovista culmina su victoria sobre el “ultraizquierdismo”. Esas Tesis de Lyon constituyen, como afirma Cortesi, el acta de nacimiento de “un nuevo liderazgo político-intelectual”.<sup>20</sup>

A partir de considerar que “no existe en Italia la posibilidad de una revolución que no sea la revolución socialista”, el documento define las fuerzas motrices de ese proceso: la clase obrera industrial y el proletariado agrícola; los campesinos del sur. Todo el texto supone una cuidada elaboración en términos del presente y el pasado de la sociedad italiana, de las relaciones —elaboradas por un “programa de transición”— que ligan el “momento democrático” con el “momento socialista” de la revolución. Estas precisiones no están presentadas propagandísticamente, sino articuladas con consignas específicas y con las instituciones concretas que han de confluir en el proceso. Pensadas a la luz de la construcción del frente único, las tesis encadenan el progresivo crecimiento de la lucha de las masas a través de organismos aptos para abarcarlas, con las tareas del partido, en tanto instrumento unificador y centralizador de un vasto movimiento popular.

---

<sup>19</sup> Leonardo Paggi, “Studi e interpretazioni recenti di Gramsci”, en *Crítica Marxista*, núm. 3, mayo-junio, 1966.

<sup>20</sup> Luigi Cortesi, *op. cit.*, p. 162.

El papel de las llamadas reivindicaciones inmediatas es valorizado “como momento necesario para llegar a la movilización progresiva y a la unificación de todas las fuerzas de la clase trabajadora”. Pero esas reivindicaciones no se agotan en lo económico, sino que abarcan lo político. Si el eje político movilizador en sentido democrático está constituido por la lucha antimonárquica, los revolucionarios, en el interior de esa agitación, deberán plantear el problema de las formas del estado en conexión continua con el contenido que se proponen darle a ese estado. La consigna por lo tanto será ésta: “Asamblea republicana sobre la base de los comités obreros y campesinos; control obrero sobre la industria; tierra a los campesinos”.

Para llevar adelante este proceso, la estrategia organizativa es la del frente único, cuya función política está así concebida: “El frente único de lucha antifascista y anticapitalista que los comunistas se esfuerzan en crear debe tender a ser un frente único organizado, esto es, a fundarse sobre organismos alrededor de los cuales las masas se congregan”. Por fin, su expresión orgánica concreta serán los comités obreros y campesinos, consigna que “debe ser considerada como una fórmula que resume toda la acción del partido en tanto ella se propone crear un frente único organizado de la clase trabajadora.” (Tesis 40)

“Los comités obreros y campesinos —agregan las tesis— son órganos de unidad de la clase trabajadora movilizada sea por una lucha de carácter inmediato o sea por acciones políticas de más largo aliento. La consigna de la creación de comités obreros y campesinos es, por lo tanto, una consigna a poner en práctica inmediatamente en aquellos casos en que el partido alcanza con su actividad a movilizar una parte de la clase trabajadora lo suficientemente grande (...) pero es, al mismo tiempo, una solución política y una consigna agitativa adecuada a todo un período de la vida y la acción del partido. Ella pone en evidencia y concretiza la necesidad de que los trabajadores organicen sus fuerzas y las contrapongan de hecho a



las de todos los grupos de origen y naturaleza burguesa, con el fin de poder transformarse en elemento determinante y preponderante de la situación política”. (Tesis 4l)

Más adelante volveremos sobre el significado ideológico de las Tesis de Lyon en tanto ellas coronan políticamente la relación entre movimientos de masas y partido revolucionario, que Gramsci había comenzado a diseñar en la etapa consiliar. Interesa marcar ahora que pocos meses después del congreso, en noviembre de 1926, es detenido por la policía fascista. Nacen los casi 11 años de reclusión y marginamiento, sobre el fondo de un viraje de la Internacional que relegará a un segundo plano la opción planteada en Lyon. Hoy ya no caben dudas de que Gramsci, desde la cárcel, rechazó los cambios estratégicos propuestos desde Moscú y detrás de los cuales se alineó también el PCI. Si bien su actitud sólo se conoce fragmentariamente, las ya citadas memorias de Athos Lisa, entre otros documentos, despejan toda duda al respecto.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> La versión oficial brindada por el PCI -y compartida por algunos críticos de “izquierda” como el citado Cortesi- señala que las rectificaciones operadas desde 1934 por la Internacional Comunista que llevaron a la política de los frentes populares acercaron nuevamente a Gramsci a las posiciones del partido. Para otros autores (Paggi y Poulantzas, por ejemplo) Gramsci no fue, de ningún modo, un profeta del frentismo. Comparto ese juicio, básicamente porque Gramsci –firmemente alineado en las posiciones del III y IV Congresos de la IC– jamás disoció a la lucha antifascista de su carácter de lucha anticapitalista. En realidad el modelo unitario y revolucionario de Gramsci permaneció vivo en la Resistencia *partigiana* contra los nazis llevada a cabo por los comunistas en el norte de Italia. La percepción togliattiana sobre el carácter de la situación de posguerra y las tareas del partido puede verse nítidamente en este texto de julio de 1945, referido a un tema fundamental de Gramsci, el control obrero. Dice Togliatti entonces: “El control que reivindicaban los bolcheviques en 1917 se correspondía con el que nosotros reivindicábamos en 1919-1920. Era un elemento de la lucha de la clase obrera por la conquista del poder (...) Hoy no existe una situación que se corresponda con esa reivindicación” (citado en Fernando Vianello, “L’origine del potere democristiano”, en *Fabbrica e Stato*, 13/14, enero-junio, 1975, p. 16.

“Es necesario, decía, ser más políticos, saber usar el elemento político, tener menos miedo de hacer política”, narra Lisa. “No se cansaba de repetir que el partido estaba enfermo de maximalismo”; “no se saben adecuar los medios a las diversas situaciones históricas”; “se es en general más propenso al verbalismo que a la acción política o se confunde una cosa con la otra”. Lisa —que no compartía los juicios de Gramsci— agrega que en octubre de 1932 “me hablaba con el mismo profundo convencimiento y el mismo entusiasmo que en 1930”. Gramsci suspenderá esas conversaciones en la cárcel, pues no quería aparecer estimulando una ruptura con la dirección del partido. Pero su orientación se mantiene, como lo revelan las notas que escribe entre 1930 y 1931: la primera versión sobre Maquiavelo y el nuevo Príncipe, la caracterización del economicismo como desviación principal y la necesidad de combatirlo en la lucha ideológica y en la práctica política. Preocupado por el “ultraizquierdismo” de la táctica de clase contra clase con que la Internacional, en su VI Congreso, borra los acuerdos de 1921 y 1923 y descarta de hecho toda alianza y todo objetivo intermedio, Gramsci escribirá en un cuaderno que abarca de 1930 a 1932: “En la política el error sucede por una torpe comprensión de lo que es el estado (en su significado integral: dictadura más hegemonía).”

Durante las conversaciones en la cárcel, según la versión de Lisa, Gramsci se detiene particularmente a analizar el problema campesino: sin una alianza con este sector —dice— “le estará cerrado al proletariado cualquier movimiento revolucionario serio”. Retoma allí una preocupación expresada años antes en un texto que quedó inconcluso: *Alcuni temi della quistione meridionale*. Redactado en 1926, conforma con las Tesis de Lyon un único movimiento teórico con el que concluirá el diseño de la estrategia revolucionaria propuesta, enfocando por primera vez de manera sistemática el problema crucial de la unidad obrero-campesina. Su punto de partida será una reivindicación de la línea propuesta en 1919. “En el campo proletario —escribe— los comunistas turineses han tenido

un mérito incontrastable: el haber impuesto la cuestión meridional en la atención de la vanguardia obrera, colocándola como uno de los problemas esenciales de la política nacional del proletariado revolucionario.”

Y añade esta precisión sobre los objetivos implícitos de la práctica llevada a cabo por *L'Ordine Nuovo*, que anticipa los temas centrales de los cuadernos de la cárcel: “Los comunistas turineses se habían planteado concretamente la cuestión de la hegemonía del proletariado, esto es, de la base social de la dictadura proletaria y del estado obrero. El proletariado puede transformarse en clase dirigente y dominante en la medida en que logre crear un sistema de alianzas de clases que le permita movilizar contra el capitalismo y el estado burgués a la mayoría de la clase trabajadora, lo que significa en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida que logre obtener el consenso de las grandes masas campesinas.”

El problema, para un político que trabaja sobre hombres reales, sobre colectividades situadas culturalmente y no sobre categorías censales, es cómo transformar este análisis sociológico acerca de la necesidad de determinada alianza de clases en la construcción concreta de un bloque político activo.

Es en este plano en el que legítimamente puede hablarse del método de Gramsci para el abordaje de una realidad sociopolítica. Para él, las clases sociales son algo más que datos estadísticos; son realidades históricas definidas —más allá de los criterios objetivos que pueden universalizar sus rasgos— por peculiaridades nacionales.

No se trata, por lo tanto, del planteo general acerca de la alianza obrero-campesina, sino de responder a esta pregunta mucho más específica: ¿cómo se presenta, en la revolución italiana, el problema agrario? “(...) La cuestión campesina en Italia —responde— está históricamente determinada, no es la ‘cuestión campesina y agraria en general’; en Italia, a raíz de una tradición ‘determinada, a raíz de determinado desarrollo de la historia, la cuestión campesina ha

asumido dos formas típicas y peculiares: la cuestión meridional y la cuestión vaticana. Conquistar a la mayoría de las masas campesinas significa por lo tanto, para el proletariado italiano, hacer propios estos dos problemas desde el punto de vista social, comprender las exigencias de clase que ellas representan, incorporar estas exigencias con su programa revolucionario de transición, colocar esas exigencias entre sus reivindicaciones.”

Esta condición aparece como la piedra de toque para evaluar la capacidad revolucionaria de la principal clase subordinada; si no hegemoniza a campesinos e intelectuales, el proletariado no podrá construir el socialismo. Si no obtiene el apoyo de esos sectores, “el proletariado no se transforma en clase dirigente y estos estratos que en Italia representan a la mayoría de la población, permaneciendo bajo la dirección burguesa, dan al estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario y de quebrantarlo”.

Para Gramsci la característica del sur de Italia es la gran disgregación social: los campesinos meridionales (a diferencia de los del norte) no poseen ninguna cohesión como clase. La sociedad es, en esa zona, un gran bloque agrario constituido por tres estratos: la masa campesina amorfa y atomizada; los intelectuales de la pequeña y mediana burguesía rural; los grandes terratenientes y los grandes intelectuales. Estos dos últimos grupos dominan al conjunto del bloque, pese al permanente fermento campesino. Así, un “gran intelectual”, como Benedetto Croce, representa la síntesis del sistema meridional. El problema de los intelectuales, como expresión de un bloque social, tema sobre el que volverá sistemáticamente en las notas de la prisión, aparece aquí por primera vez orgánicamente presentado.

“El campesino meridional se halla ligado al gran propietario terrateniente a través del intelectual. Los movimientos de los campesinos, en cuanto se compendian no en organizaciones de masa autónomas e independientes aunque fuere formalmente (...) terminan por integrarse siempre en las articulaciones del aparato estatal —comunidades, provincias, cámara de diputados—, a través de la compo-

sición y descomposición de los partidos locales, cuyo personal está constituido por intelectuales, pero que se hallan controlados por los grandes propietarios y sus hombres de confianza.”

La destrucción de ese bloque agrario meridional sólo puede darse a través de la creación de organizaciones autónomas de campesinos pobres. Impulsar esa tendencia es una tarea central del partido político de los obreros industriales; su éxito en la empresa será función de su “capacidad de disgregar el bloque intelectual, que es la armadura flexible pero muy resistente del bloque agrario”.

*Alcuni temi della quistione meridionale* quedó inconcluso. Pero se trata de un sólido puente que vincula su obra anterior con los escritos de la cárcel. Las notas sobre los intelectuales, sobre el Risorgimento como nudo decisivo de la historia italiana y sobre el papel cultural de Croce están estrechamente vinculadas con este texto de 1926, escrito en las vísperas de su prisión.

Para Gramsci, la burguesía italiana consolidó un esquema de poder a principios de siglo, a través de un proceso transformista, buscando alianzas con los obreros del norte para enfrentar la posibilidad de una sublevación simultánea de los campesinos del sur y los trabajadores de las grandes ciudades industriales. En ese esquema se alojó el partido socialista, que se transformó en un instrumento de la política burguesa al consolidar un “sentido común” de los obreros del norte, en el que los campesinos meridionales aparecían como “biológicamente inferiores”. La ruptura operada en el seno del socialismo a partir de la guerra involucraba también la necesidad de superar ese esquema y replantear el problema meridional como forma específica de la “cuestión campesina” en la revolución italiana. El primer paso para ello era despojar al proletariado de su “corporativismo de clase”, transformándolo en dirigente de la totalidad de los grupos subalternos, en lugar de ser un aliado reformista de la burguesía septentrional. La traducción a las condiciones de Italia del problema agrario, aparece en la maduración del pensamiento gramsciano como el nudo que enlaza la temática del frente

único con la preocupación por la forma “nacional y popular” de la revolución socialista y con el papel del partido como sintetizador de una voluntad colectiva.

El 12 de septiembre de 1923 Gramsci dirige una carta a la dirección del PCI proponiéndole la edición de un periódico. Sugiere que su título sea *L'Unità*, “porque creo que luego de la decisión del Ejecutivo Ampliado (de la IC) sobre el gobierno obrero y campesino debemos dar especial importancia a la cuestión meridional, esto es, a la cuestión en la cual el *problema de las relaciones entre obreros y campesinos se plantea no sólo como un problema de relaciones de clase sino también y especialmente como un problema territorial, esto es, como uno de los aspectos de la cuestión nacional*”. Y agregaba: “Creo personalmente que la consigna de gobierno obrero y campesino tiene que ser adaptada así en Italia: república federal de los obreros y campesinos.”

El frente único, la cuestión meridional, el gobierno obrero y campesino, la fase de transición cuyo eje son las reivindicaciones intermedias, contienen políticamente la temática teórica de la hegemonía, del bloque histórico, del estado concebido en sentido amplio, eslabones ideológicos de la concepción estratégica de la revolución como “guerra de posiciones”. Suponen, además, una puesta a punto del tema ya esbozado en la etapa *ordinovista*: las articulaciones entre el partido y los movimientos de masas. En este período el núcleo de elaboración estará en el partido, pero la percepción de la revolución como un proceso de conquista y no de toma del poder tiñe toda la elaboración acerca del instrumento partidario.

En una de las cartas en las que insta a sus amigos turineses a romper con Bordiga, fechada el 9 de febrero de 1924, expresa así sus críticas a la concepción vigente sobre el papel del partido: “No se concibió al partido como el resultado de un proceso dialéctico en el que convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y directiva del centro, sino como algo apoyado en el aire, que se desarrolla por sí y para sí, y adonde las masas llegarán cuando la situación sea propicia o cuando el

centro del partido juzgue tener que iniciar una ofensiva y se rebaje hasta la masa para estimularla y llevarla a la acción.” Para Gramsci el partido debe ser “parte” de la clase obrera y no su “órgano”. El partido está unido a la clase no sólo por vínculos “ideológicos” sino también por lazos de carácter “físico”; “por tanto, al definir al partido hay que subrayar particularmente la parte de la definición que da importancia a la intimidad de las relaciones que existen entre el partido y la clase de la cual surge”.

Esta caracterización se reafirma en las Tesis de Lyon, en las que se plantea que “la organización de la vanguardia proletaria en partido comunista es la parte esencial de nuestra actividad organizativa”. (Tesis 24)

Pero, ¿qué tipo de partido? “Según la extrema izquierda el proceso de formación del partido es un proceso ‘sintético’; para nosotros, en cambio, es un proceso de carácter histórico y político, estrechamente ligado con todo el desarrollo de la sociedad capitalista. La distinta concepción lleva a determinar de modo distinto la función y las tareas del partido. Todo el trabajo que el partido debe realizar para elevar el nivel político de las masas, para convencerlas y llevarlas al terreno de la lucha de clase revolucionaria queda subestimado y obstaculizado por la errada concepción de la extrema izquierda, por la separación inicial que produce entre el partido y la clase obrera.” Partido de clase, esa condición no debe ser sólo atribuible a su ideología sino también a su estructura. Su fase organizativa debe ser el lugar de producción, porque los obreros no son —como lo cree el espíritu pequeño burgués de algún intelectual socialista— “el instrumento material de la transformación social [sino] el protagonista consciente e inteligente de la revolución”. (Tesis 29)

Frente a quienes criticaban esa opción organizativa que ponía el eje en las células de empresa, Gramsci retomaba explícitamente el discurso *ordinovista*: “La práctica del movimiento de fábrica (1919-1920) ha demostrado que sólo una organización adherida al lugar y al sistema de la producción permite establecer un contacto entre los estratos superiores e inferiores de la masa trabajadora (ca-

lificada, no calificada, peones) y crear vínculos de solidaridad que quiebren las bases de todo fenómeno de aristocracia obrera”. (Tesis 30) La finalidad del partido es organizar y unificar alrededor de la clase obrera a todas las fuerzas populares; esto es, dirigir las en el proceso de conquista del poder.

¿Qué significa dirigir? En las tesis se anticipa un tema clave de los cuadernos: dirigir no es dominar. “Un grupo social –escribirá Gramsci en la cárcel– es dominante de los grupos adversarios que tiende a ‘liquidar’ o a someter aún mediante la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines y aliados.” La distinción vale también para la relación entre el grupo político y la clase que tiende a representar.

“El principio que el partido dirige a la clase obrera –dice la tesis 36– no debe ser interpretado de un modo mecánico. No hay que creer que el partido puede dirigir a la clase obrera por una imposición autoritaria externa esto no es así ni para el partido que precede ni para el que sigue a la conquista del poder. El error de una interpretación mecánica de este principio debe ser combatido en el partido italiano como una posible consecuencia de las desviaciones ideológicas de extrema izquierda; *estas desviaciones llevan en los hechos a una arbitraria sobrestimación formal del partido en lo que respecta a su función de guía de la clase. Nosotros afirmamos que la capacidad de dirigir a la clase está en relación no al hecho de que el partido se proclame el órgano revolucionario de ella, sino a que efectivamente logre, como parte de la clase obrera, ligarse con todas sus fracciones e imprimir a las masas un movimiento en la dirección deseada según las condiciones objetivas. Sólo como consecuencia de su acción entre las masas el partido podrá conseguir que ellas lo reconozcan como su partido (conquista de la mayoría) y sólo cuando esta condición está cumplida puede presumir de conducir a la clase obrera. Las exigencias de esta acción dentro de las masas son superiores a cualquier ‘patriotismo’ de partido.*”

Cuando en la cárcel reflexione sobre las manifestaciones de sectarismo de los años 30, anotará estas palabras que claramente traen ecos de su combate de 1925: “Pensamiento sectario es aquel a



partir del cual no se alcanza a percibir que el partido político no es sólo la organización técnica del partido mismo, sino la de todo el bloque social del cual el partido es guía porque es su expresión necesaria.”

Sobre este modelo antijacobino de partido –tan diferente al propiciado por la “bolchevización” impulsada en esos años por el stalinismo– deberán articularse el resto de las organizaciones de las clases populares: sindicatos y sobre todo consejos y comités de base, expresiones concretas del frente único. Si el partido es el principal impulso político para el frente, las organizaciones de masas deben ser la trama compleja en el interior de la cual la totalidad de las clases populares despliegan su iniciativa histórica. La teoría del partido, así, no es teoría de su organización técnica sino de su relación con la clase y con el pueblo. Por eso, el impulso consiliar de la posguerra no desaparecerá jamás en Gramsci. Más allá de acentos distintos, lo que permanece es su concepción de la revolución a la que se supeditan los instrumentos organizativos. Esa concepción se basa en que partido y sindicatos no pueden abarcar a la totalidad del pueblo y sin la participación de las grandes multitudes encuadradas en instituciones específicas, la revolución es imposible. La teoría de la organización en Gramsci es mucho más que una teoría del partido: es una teoría de las articulaciones que deben ligar entre sí a la pluralidad de instituciones en que se expresan las clases subalternas. La “guerra de posiciones”, en tanto supone una “concentración inaudita de la hegemonía”, requiere una metodología del movimiento de masas capaz de soldar la “espontaneidad” de éste con la “dirección consciente”. Bajo este título redactará en la cárcel una nota en la que resume esta concepción y en ella defenderá también la acción desarrollada entre 1919-1921. La dirección que ejerció entonces el partido –dice– no fue abstracta; “se aplicaba a hombres reales formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepción del mundo, etc., que resultaban de las combinaciones

‘espontáneas’ de un determinado ambiente de producción material con la ‘casual’ aglomeración de elementos sociales dispares. Este elemento de ‘espontaneidad’ no se descuidó, ni menos se despreció: fue educado, orientado, depurado de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz, con la teoría moderna.” Y agrega: “Esta unidad de la ‘espontaneidad’ y la ‘dirección consciente’, o sea, de la ‘disciplina’, es precisamente la acción política real de las clases subalternas en cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas.”

## 4.

# La reflexión desde la derrota

La guerra de posición en política  
es el concepto de hegemonía.  
*Cuaderno VIII, fragmento 52*

“Mi vida transcurre con la misma monotonía. Hasta el estudio resulta muchísimo más difícil de lo que parece. Recibí algunos libros y realmente leo mucho —más de un volumen por día, además de los diarios— pero no es a esto que quiero referirme. Es a otra cosa: me obsesiona —supongo que es éste un fenómeno propio de los presos— la idea de que debería hacer algo *für ewig*, para la eternidad, de acuerdo con un concepto goethiano que según recuerdo atormentó mucho a nuestro Pascoli. En una palabra: quisiera ocuparme intensa y sistemáticamente, de acuerdo con un plan preconcebido, de alguna materia que me absorba y centralice mi vida interior.” La carta, enviada desde la cárcel de Milán el 19 de mayo de 1927, es la primera en que Gramsci anuncia su intención de elaborar un plan de trabajo para desarrollar en prisión.

Añade en ella que le preocupan cuatro temas “lo que ya de por sí es un indicio de que no acabo de concentrarme”: 1) un estudio sobre los intelectuales italianos, 2) un estudio de lingüística comparada, 3) un estudio sobre Pirandello y la transformación del gusto teatral italiano, 4) un ensayo sobre la literatura de folletín. La homogeneidad que encontraba en estas cuatro materias consistía en que ellas expresaban “el espíritu popular creador a través de sus distintas manifestaciones y grados evolutivos”.

Este plan *für ewig* no fue cumplido, aunque haya aspectos del mismo que aparecen en sus cuadernos de cárcel. Mejor: el cambio que Gramsci va produciendo en relación con sus proyectos iniciales no tiene tanto que ver con una mudanza de temas sino con un viraje en cuanto al criterio ordenador de ellos; todos quedarán subordinados a una intención política directa. Desde los análisis históricos hasta los temas culturales, filosóficos o literarios que se despliegan en sus textos.

Detenido en Roma el 8 de noviembre de 1926, es condenado a 20 años, 4 meses y 5 días de prisión, el 4 de junio de 1928. Entre su arresto y la emisión del fallo por el Tribunal Especial deambula por varias prisiones: Nápoles, Palermo, Ustica, Milán. Ya recluso en la cárcel de Turi, cerca de Bari, donde permanecerá hasta octubre de 1933 en que es trasladado, siempre como prisionero, a una clínica en Formia y luego, en 1935, a otra en Roma, Gramsci recibirá recién en enero de 1929 autorización para escribir en la celda. El 9 de febrero de ese año comenzará la redacción de sus cuadernos, proponiéndose un plan de trabajo mucho más circunstanciado que el anterior, en el que anota ya 16 temas centrales. En 1932 volverá a reformularlo, con mayor amplitud pero siempre dentro de pautas parecidas. Castigado por una despiadada acumulación de males físicos, de dolores afectivos, de aislamiento político, Gramsci llega a cubrir, con una escritura maniáticamente prolíja, 33 cuadernos de escolar, equivalentes a alrededor de 4000 páginas dactilografiadas. Tras su muerte a los 47 años, el 27 de abril de 1937 (6 días después de haber cumplido su condena que había sido rebajada por una amnistía parcial) los cuadernos fueron llevados a Moscú. A fines de 1938 llegan a manos de Togliatti y luego de la guerra vuelven a Italia para iniciarse así la etapa de su publicación.

Nacen entonces los “libros” de Gramsci, jamás escritos como tales. En lugar de publicarlos siguiendo el orden cronológico de su confección (un elemento importantísimo para reconstruir las ligazones entre su pensamiento y el mundo externo) una comisión

especial del PCI presidida por Togliatti decidió agruparlos por argumento, a fin de facilitar su notoriamente difícil lectura. Entre 1948 y 1951 fueron editados seis volúmenes: *Il materialismo storico e la filosofia de Benedetto Croce* (1948), *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura* (1949), *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno* (1949), *Il Risorgimento* (1949), *Letteratura e vita nazionale* (1950) y *Passato e Presente* (1951), todos ellos traducidos al español a partir de los años 60.

Son estos cuadernos de cárcel, ordenados de forma ahistórica, lo que conoce de Gramsci el lector latinoamericano. Así presentados ¿qué transmiten esos textos? Una visión fragmentaria, sin hilo conductor, sin soldaduras entre trozos aislados de reflexión, sin tiempo; un discurso inteligente pero a menudo críptico. Una suma de partes, en fin, como si en realidad el material tan vasto de las notas fuera nada más que apuntes personales para esa obra *für ewig*, desinteresada, que Gramsci anunció en 1927 como su objetivo de trabajo en la prisión.

Pero los cuadernos no son eso. “El no haber comprendido el significado de amarga ironía sobre sus propias condiciones de recluso implícito en el ‘für ewig’ de la primera exposición de su programa de estudio, ha contribuido quizás a ver en los cuadernos una suerte de intencionado retiro de la pasión política inmediata que había animado a toda la precedente reflexión gramsciana. Hoy sabemos con certeza que aquellas notas fueron concebidas por un hombre que veía en su detención un paréntesis de su actividad política y que colocaba en el centro de sus pensamientos y de sus preocupaciones el desarrollo de la política del partido.”<sup>1</sup>

Efectivamente, como lo señala el comentario de Paggi, la política concreta, la trama real de la historia del movimiento comunista mundial, la discusión sobre la revolución socialista en Italia, es la materia viva de los cuadernos. Conceptos como hegemonía, bloque

---

<sup>1</sup> Paggi, *Studi e interpretazioni...*, op. cit., p. 177.

histórico, estado o intelectuales no pueden ser comprendidos cabalmente fuera de ese marco polémico. Sin la captación de un eje político, su aparato teórico resulta ininteligible o apenas un pretexto para ejercicios de crítica intelectual. En concreto: sin las tesis de Lyon o las notas sobre el problema meridional, las reflexiones desde la prisión —desde la derrota; desde el fascismo y el stalinismo— no pueden ser leídas salvo como enfoques “teóricos”. Pero los cuadernos no proponen una nueva teorización y ni siquiera una nueva estrategia; son —como señala Salvadori— “la maduración y la reflexión sobre una estrategia”<sup>2</sup>

El desencadenante político de los apuntes es el viraje sectario de la IC en 1930, que borra los aportes elaborados entre el III y IV Congresos y propone para la revolución italiana un camino totalmente opuesto al fijado por las Tesis de Lyon. El núcleo de los cuadernos es éste: defender y fundamentar en una dimensión más profunda una opción política que estaba siendo desvirtuada. Cuando, a través de una de las escasas visitas que recibía en la cárcel, se entera de la nueva línea del PCI, escribe el 16 de junio de 1930: “Acabo de tener una entrevista con mi hermano que ha impreso un verdadero zig-zag a mis pensamientos”. Es de entonces que nacen las charlas en la cárcel con los otros presos comunistas, tendientes —como detalla Athos Lisa— “a la creación de un núcleo de elementos capaces de aportar al partido una contribución ideológica más sana”.

Otro de sus compañeros de prisión, Giuseppe Ceresa, brindó en 1938 el siguiente testimonio de la actitud de Gramsci en aquel momento: “Se indignaba ante la superficialidad de algunos camaradas que en 1930 afirmaban que era inminente la caída del fascismo (dos o tres meses, este invierno como máximo, afirmaban aquellos profetas de la facilonería) y que sostenían que de la dictadura fascista se pasaría inmediatamente a la dictadura del proletariado.

---

<sup>2</sup> Salvadori, *op. cit.*, p. 53.

Gramsci combatía estas posiciones mecanicistas, abstractas, anti-marxistas, que se basaban en gran parte en el factor ‘misericordia’ como un factor decisivo para hacer desembocar los movimientos de las masas en la revolución proletaria y en la dictadura del proletariado. El decía: “la miseria y el hambre pueden provocar convulsiones, revueltas que lleguen incluso a destruir el equilibrio establecido, pero hacen falta muchas otras condiciones para destruir el sistema capitalista”.<sup>3</sup>

No es por azar, entonces, que daten de 1930 los apuntes de crítica al economicismo en los que se incluye la necesidad de desarrollar el concepto de hegemonía como forma de combatir esa “superstición”, “no sólo en la teoría de la historiografía sino también y especialmente en la teoría y en la práctica política”. Si el eje político de los cuadernos de la cárcel es la crítica al viraje de los años 30, su ordenador teórico es la confrontación con el economicismo. Pero no como crítica filosófica, de principios, sino articulando en ella un aparato de conceptos aptos para el análisis político, coherentes con su teoría de la revolución como proceso de conquista del poder, como hecho de masas, como realización de una nueva voluntad colectiva nacional-popular. Cuando anota que la guerra de posiciones es en política el concepto de hegemonía, traza la equivalencia entre su indagación teórica y su preocupación política.

Cuatro unidades componen la estructura fundamental de ese discurso en el cual por primera vez se realiza en el campo de la ciencia política la maduración del socialismo. Ellas son: 1) la definición del estado como síntesis de un sistema hegemónico; 2) la caracterización de la crisis del estado; 3) las condiciones para la creación de un nuevo bloque histórico; 4) los rasgos del principal instrumento de transformación social, el partido, el “nuevo príncipe”. Estos cuatro núcleos vertebran todos los desarrollos parciales, integran en

---

<sup>3</sup> El testimonio figura en Gramsci, Roma, 1945, citado por Giuseppe Fiori, *op. cit.*, p. 301.

un solo *corpus* a textos aparentialmente tan autónomos como por ejemplo los referidos al papel de los intelectuales, a los problemas del Risorgimento y la unidad italiana, a la literatura folletinesca, a la ideología del “fordismo” o los apuntes metodológicos desplegados en las críticas a Croce o a Bujarin. Anudan también a lo que sólo son esbozos, reseñas, como los agrupados en *Passato e Presente*, la recopilación menos orgánica, casi residual de los cuadernos de la cárcel.

El punto de arranque lógico es la definición del estado como combinación de coerción y consenso, como articulación entre sociedad civil y sociedad política, porque ella supone, simultáneamente, la base para su teoría de la revolución, entendida como guerra de posiciones. El estado, en la concepción gramsciana, no es sólo el aparato de gobierno, el conjunto de instituciones públicas encargadas de dictar las leyes y hacerlas cumplir. El estado bajo el capitalismo (y sólo allí es lícito hablar de estado para referirse al poder político) es un estado hegemónico, el producto de determinadas relaciones de fuerza sociales, “el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados”. En ese sentido, integran el estado capitalista, como “trincheras” que lo protegen de “las irrupciones catastróficas del elemento económico inmediato”, el conjunto de instituciones vulgarmente llamadas “privadas”, agrupadas en el concepto de sociedad civil y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en la sociedad. Familia, iglesias, escuelas, sindicatos, partidos, medios masivos de comunicación, son algunos de estos organismos, definidos como espacio en el que se estructura la hegemonía de una clase, pero también en donde se expresa el conflicto social. Porque la caracterización de una sociedad como sistema hegemónico no supone postular un modelo absolutamente integrado de la misma: las instituciones de la sociedad civil son el escenario de la lucha política de clases, el campo en el que las masas deben desarrollar la estrategia de la guerra de posiciones.



El razonamiento gramsciano se implanta sobre la primacía de la política, no como “esencia” sino como momento superior de la totalidad de las relaciones de fuerza sociales. Si para analizar las condiciones de funcionamiento de un sistema hegemónico debe considerarse a la economía como su “determinación en última instancia”, para operar su desestructuración el camino es inverso: lo dominante son los conflictos en el plano de la política. La definición amplia de estado (“hegemonía acorazada de coerción”) virtualmente lo identifica con el concepto marxista tradicional de superestructura. Explícitamente Gramsci señala que “el sistema de las superestructuras debe ser concebido como distinciones de la política”. El papel de la ciencia política en la construcción de una ciencia social global, pasa así a ser decisivo; “es evidente —dice— que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son más que cuestiones de la ciencia política”.<sup>4</sup>

Pero la concepción gramsciana del estado no aparece en toda su dimensión si no se la vincula con su concepción de la crisis. Allí se manifiesta claramente la continuidad con los análisis políticos

---

<sup>4</sup> El tema merecería un desarrollo especial. Gramsci es el primero que, desde el interior del marxismo, trata de poner las bases teóricas de la primacía de la política en la estructuración y desestructuración de las sociedades. Para ello, debe romper con los restos de la teoría liberal clásica que sobreviven en los análisis del marxismo vulgar sobre las relaciones entre economía y política, entre sociedad y estado. En efecto, el liberalismo mantiene una notable similitud metodológica con el economicismo, en tanto también tiende a tratar a los hechos económicos como coextensos con los hechos sociales y políticos. La teoría económica sustituye así a la especificidad de la teoría política; la sociedad precede al estado y la función de éste se minimiza: no va más allá de tutelar el desenvolvimiento “natural” de la economía. Para el economicismo, por su parte, el estado no es más que el comité administrador de los intereses de la clase dominante. El cambio está dado en que el liberalismo ve al estado como el representante de los intereses de la sociedad y el marxismo vulgar como al representante de una clase, pero en ambos casos la relación es idéntica, aunque el economicismo busque “dialectizar” el esquema mediante la introducción de una teoría del conflicto social.

contenidos en las discusiones de la IC entre 1921 y 1923: la superación de una teoría insurreccionalista de “toma del poder” necesariamente debe completarse con una redefinición del estado que se desea subvertir. En las sociedades capitalistas, donde la sociedad civil es compleja y resistente y sus instituciones son “como el sistema de las trincheras en la guerra moderna”, la ruptura del sistema no se produce por el estallido de crisis económicas; ellas “sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal”.

El reverso lógico de la teoría del estado en Gramsci es su teoría de la crisis, en la que piensa sobre todo en términos de la historia de Italia entre la terminación de la guerra y el ascenso del fascismo. ¿Cuándo puede decirse que un sistema ha entrado en crisis? Sólo cuando esa crisis es social, política, “orgánica”. Sólo, en fin, cuando se presenta una crisis de hegemonía, “crisis del estado en su conjunto”. Estas crisis orgánicas, que pueden o no tener como estímulo a una crisis económica, se originan casi siempre por la convergencia entre el fracaso de los viejos grupos dirigentes en alguna gran empresa para la que convocaron a las masas populares (el ejemplo que tiene presente es la primera guerra mundial) y el crecimiento de la movilización de sectores sociales hasta ese momento pasivos. La presencia de la crisis de hegemonía no garantiza la revolución: sus resultados pueden ser diversos, dependen de la capacidad de reacción y reacomodamiento que tengan los distintos estratos de la población; en suma, de las características que adopte la relación entre las fuerzas.

Una salida es el cesarismo: la emergencia de algún grupo que se mantuvo relativamente independiente de la crisis y que opera como árbitro de la situación. De la relación concreta entre los grupos enfrentados depende que el cesarismo sea progresivo o regresivo.

Otra salida es el transformismo: la capacidad que las clases dominantes poseen para decapitar a las direcciones de las clases subal-

ternas y para integrarlas a un proceso de revolución-restauración. Ambas son, de algún modo, salidas “impuras” que suponen compromisos. En los extremos quedan la reconstrucción lisa y llana del control que mantenían los antiguos representantes de las clases dominantes, o la revolución de las clases subalternas. La preparación de las condiciones para facilitar este último camino es el problema que le interesa a Gramsci cuando insta a analizar cada sociedad como un sistema hegemónico particular, como el resultado de una compleja relación de fuerzas.

Estos análisis, para los que propone un canon metodológico, sólo son útiles, salvo si nos referimos al pasado, si “sirven para justificar una acción práctica, una iniciativa de voluntad. Ellos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia donde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada de manera más fructífera, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede lanzar mejor una campaña de agitación política, qué lenguaje será mejor comprendido por las multitudes, etcétera”.

En ese mismo apunte, destinado a refutar la idea de que las crisis históricas son determinadas por las crisis económicas, figura este párrafo que marca el pasaje a otro nivel de su reflexión: “El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde largo tiempo, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable (y es favorable sólo en la medida en que una fuerza tal exista y esté impregnada de ardor combativo).”

La teoría de la crisis se enlaza de tal modo con la estrategia para la constitución de un “bloque histórico” alternativo, capaz de sustituir la dominación vigente e instalar un nuevo sistema hegemónico. Ese nuevo bloque histórico, orgánico, en el que estructura y superestructura se articulan en una unidad dialéctica, supone, como base, la conformación de una coalición política de las clases subalternas, bajo la hegemonía del proletariado. Analíticamente desagregado, este proceso que integra sociedad con política se des-

pliega en varios pasos. Así, lo que se conoce clásicamente como “alianza de clases” sería la consideración objetiva acerca de los cli-vajes estructurales que, en función de *intereses*, se plantean en una sociedad entre las distintas clases y fracciones de clase, más allá de la percepción de los actores.

Esta primera dimensión debe completarse con el desarrollo de las formas políticas, esto es subjetivas, voluntarias, con que esa alianza (o campo común de intereses objetivos) debe realizarse. Estamos ya en el nivel orgánico de constitución de un bloque de fuerzas representativas de las contradicciones sociales, que debe re-plicar, en el plano de las relaciones de fuerzas políticas, en el espacio de la lucha por el poder, al enfrentamiento tal cual éste se da en la estructura social. Este bloque no es aún el “bloque histórico”, en tanto éste supone el control del poder del estado (y no sólo siquiera del aparato del estado), pero es su condición de posibilidad.

La realización del bloque histórico sólo es pensable desde el poder, como construcción de un nuevo sistema hegemónico, en el que una clase dirige y domina a la totalidad social desde las instituciones de la sociedad política (estado-gobierno) y las instituciones de la sociedad civil (estado-sociedad). El bloque político de las clases subalternas incluye como principio ordenador de su estructura, la capacidad hegemónica de la clase obrera industrial sobre el conjunto del pueblo. Más aún: sin hegemonía el bloque no existe, porque éste no equivale a una agregación mecánica de clases. En este aspecto la hegemonía aparece como la potencialidad para *dirigir* a las otras clases subalternas a través de la elaboración de un programa de transición y de la construcción de instituciones aptas para estimular y abarcar sus movilizaciones “espontáneas”.

“El hecho de la hegemonía –aclara– presume indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo, pero es también indu-

dable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden concernir a lo esencial, ya que si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica.” La hegemonía tiene como espacio de constitución a la política: grupo hegemónico es aquel que representa los *intereses políticos* del conjunto de los grupos que dirige. Si está claro que el concepto de hegemonía excede el campo de lo económico, parece necesario recalcar también que el mismo no se agota en el nivel de lo ideológico. La hegemonía se realiza (y esto vale para el bloque en el poder y para el bloque revolucionario) a partir de *aparatos hegemónicos* que articulan cada bloque, instituciones de la sociedad civil que contienen en su interior el despliegue de las relaciones de fuerza o, si se prefiere, de la lucha de clases en todos sus niveles.

Hegemonía y alianzas se complementan así en una unidad conceptual: todo bloque supone la articulación política entre clases fundamentales y clases auxiliares. Más aún: el eje de la estrategia de la clase subalterna fundamental consiste en desplazar hacia el interior de un bloque hegemónico por ella, a quienes actúan como clases auxiliares del bloque en el poder. La diada del conflicto de clases se transmuta así en tríada; para el revolucionario el razonamiento no debe ser dualista sino ternario.<sup>5</sup>

En los cuadernos, muchas veces de manera poco sistemática, aparecen análisis específicos de las formas históricas de construcción de la hegemonía. El estudio sobre el Risorgimento, por ejemplo, no puede ser entendido fuera de esta clave teórico-política. Como señala Ragionieri, estos textos sobre la unidad italiana no son otra cosa que “reflexiones políticas ejemplificadas históricamente”.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Sobre el tema véanse las interesantes reflexiones de Régis Debray en “Tiempo y política”, incluido en *Escritos en la prisión*, México, 1972, pp. 139 y ss.

<sup>6</sup> *Gramsci e la cultura contemporanea*, op. cit., p. 139.

Refiriéndose al fracaso de los jacobinos de Mazzini frente a los moderados dirigidos por Cavour, señala Gramsci que “un grupo social puede e incluso debe, ser dirigente antes de conquistar el poder gubernamental (y ésta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando detenta el poder e incluso si lo tiene firmemente en un puño, se transforma en dominante, pero debe continuar igualmente siendo ‘dirigente’ “. Dicha nota, finalmente titulada “El problema de la dirección política en la formación y en el desarrollo de la nación y del estado moderno en Italia”, tenía, en su redacción primera de 1929, un título que hablaba elocuentemente del alcance más general que Gramsci pretendía darle a la misma: “Dirección política antes y después de la conquista del gobierno.”

La constitución del bloque revolucionario, condición del nuevo bloque histórico, plantea en la práctica dos temas conexos: las formas de expresión de las clases subalternas y la constitución del “nuevo príncipe”, del partido revolucionario, como sintetizador de una voluntad colectiva nacional-popular. Teóricamente, este discurso incluye la discusión acerca de las relaciones entre “espontaneidad y conciencia”, planteada por primera vez de manera sistemática por Lenin en el *¿Qué hacer?* a partir de la matriz kautskiana. Gramsci elude —a diferencia del discurso leninista— una distinción tajante entre ambos niveles, lo que implica una apreciación distinta, ya en una esfera más abstracta, acerca de la diferenciación existente entre un plano propio de la “ciencia” y otro de la “ideología”. En este campo, el corte más nítido que Gramsci establece con el paradigma leninista —que simultáneamente lo acerca a la perspectiva gnoseológica desarrollada por Mao—, está referido al problema de la relación intelectuales socialistas-clase obrera, vista por Lenin, en las huellas de Kautsky, como una relación de exterioridad.

“Una masa humana —escribe en los cuadernos— no se distingue y no se torna independiente *per se* sin organizarse (en sentido lato) y no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y diri-

gentes, es decir, sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en una capa de personas ‘especializadas’ en la elaboración conceptual y filosófica. Pero ese proceso de creación de intelectuales es largo, difícil, lleno de contradicciones, de avances y retrocesos, desbandes y reagrupamientos y en él la ‘fidelidad de las masas’ (y la fidelidad y la disciplina son inicialmente la forma que asume la adhesión de la masa y su colaboración al desarrollo de todo fenómeno cultural) es puesta a dura prueba. El proceso de desarrollo está vinculado a una dialéctica intelectuales-masa.”

En este plano se inserta, por un lado, la teoría gramsciana de los intelectuales como representantes de las clases sociales en el ejercicio de las funciones de hegemonía social y de gobierno político y, por otro, la consideración acerca de la historia y la cultura propias de las clases subalternas. De otro modo: la problemática acerca de la conexión entre la “conciencia” y la “espontaneidad”, cuyo núcleo de unificación será la teoría del partido revolucionario.

Las clases se homogenizan en el estado, entendido éste no como institución jurídica sino como resultado de las relaciones orgánicas entre sociedad política y sociedad civil. En ese sentido, la historia de las clases subalternas es una función disgregada y discontinua de la sociedad civil: no podrán unificarse realmente mientras no se constituyan en estado y para ello necesitan, como primer paso, la producción de intelectuales orgánicos capaces de otorgarles la conciencia de su propia función no sólo en el campo económico sino también en el social y el político. En las sociedades modernas, esa función se corresponde primordialmente con la que realizan los partidos políticos. “Que todos los miembros de un partido político deban ser considerados como intelectuales, he ahí una afirmación que puede prestarse a la burla y a la caricatura; sin embargo, si se reflexiona, nada hay más exacto.” Pero la historia de las clases subalternas, aunque “disgregada y discontinua”, no configura un espacio en blanco. Todos los hombres, hasta los más simples, son “filósofos”: ello se expresa en el lenguaje, en el sentido común, en

el buen sentido, “en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de obrar que se manifiestan en lo que se llama generalmente folklore”.

Desde ese terreno (y no fuera de él) debe ser elaborada una visión crítica que supere las limitaciones de esa concepción tradicional popular del mundo, que sea capaz de arrancar de los núcleos de “buen sentido” que la misma aloja para depurarla de sus residuos y convertirla en algo unitario y coherente. En las ya citadas notas sobre “Espontaneidad y dirección consciente”, anota: “¿Puede la teoría moderna encontrarse en oposición con los sentimientos ‘espontáneos’ de las masas? (...) No puede estar en oposición: hay entre una y otros diferencias ‘cuantitativas’, de grado, no de calidad: tiene que ser posible una ‘reducción’ por así decirlo, recíproca, un paso de los unos a la otra y viceversa.”

Los análisis sobre la función de los intelectuales y los fragmentos sobre la historia de la cultura italiana, agrupados por los editores en *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura* y en *Letteratura e vita nazionale*, encuentran su justificación en estas preocupaciones políticas relacionadas con la necesidad de resolver la constitución de un bloque de acción revolucionaria a partir de la condensación y superación de la historia del pueblo-nación expresada en configuraciones culturales particulares. Lo mismo cabe para las notas metodológicas de “Introducción al estudio de la filosofía y del materialismo histórico” y sobre “Algunos problemas para el estudio de la filosofía de la praxis”, agrupadas en *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*. Por fin, los apuntes sobre Maquiavelo y el “nuevo príncipe” no hacen más que reflejar la misma perspectiva para el análisis de las características de la organización revolucionaria, fundamentando teóricamente lo que ya había sido diseñado como proyecto político.

En un escrito de 1925, Gramsci anotaba tres áreas principales de problemas en relación con la construcción del partido político. En primer lugar, el problema de la relación entre la dirección y la



base del partido; luego, las relaciones entre la dirección del partido y la clase obrera; finalmente, las relaciones entre la clase obrera y las demás clases anticapitalistas. Sobre estas tres áreas se encuentra abundante material en los cuadernos. La teoría del partido, como parte de una teoría de la revolución centrada en la guerra de posiciones, en la lucha por la hegemonía, debe estructurarse a partir de la elaboración de dos puntos fundamentales: “la formación de una voluntad colectiva nacional-popular de la cual el moderno príncipe es al mismo tiempo el organizador y la expresión activa y operante; y la reforma intelectual y moral”, Ambos conceptos están entrelazados: la reforma intelectual y moral, la lucha por socializar una nueva concepción del mundo, es el terreno en el que se constituye la voluntad colectiva nacional-popular “hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna”.

En ese sentido, la historia de un partido no es la historia de sus modos de existencia internos sino la historia de un grupo social determinado. Más aún: “escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país”. Aunque “el sectario se exaltará frente a los pequeños actos internos que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo”, la gravitación de un partido deriva solamente de “la medida en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país”. La crítica al “patriotismo de partido” planteada en las Tesis de Lyon reaparece en los cuadernos como proyección de la “vanidad de las naciones” de la que habla Vico. Pero “la predestinación no existe para los individuos ni menos para los partidos: existe sólo la actividad concreta, el trabajo ininterrumpido, la continua adhesión a la realidad histórica en desarrollo, que dan a los individuos y a los partidos una posición de preeminencia, una tarea de guía y de vanguardia”. El texto es de 1924 pero su aliento es de larga duración: perdura en todas las reflexiones desde la prisión.

Un partido deviene “necesario” históricamente y no puede ser destruido por medios normales, cuando logra articular tres niveles

internos: 1) una masa de hombres que va más allá de sus afiliados y penetra en el interior de los grupos sociales que el partido tiende a representar; 2) un elemento de cohesión que disciplina y centraliza en el campo nacional a fuerzas que abandonadas a sí mismas poco contarían; 3) un conjunto de cuadros medios que articulan el primero y el segundo nivel, poniéndolos en contacto “no sólo físico, sino moral e intelectual”. La combinación de esos tres estratos -base, cuadros medios, dirección; réplica de la estructura de las fuerzas armadas- debe lograrse a partir de un “teorema de proporciones definidas” que en cada caso permita una mayor eficacia en la acción.

Si esa eficacia exige que el partido conforme un bloque monolítico, el problema consiste en el modo en que esa condición puede ser cumplida. Una salida sería el centralismo burocrático, pero de ese modo “el partido es solamente ejecutor, no deliberante; técnicamente es un órgano de policía y su nombre de ‘partido político’ es una pura metáfora de carácter mitológico”. La contraposición a ese centralismo es el “centralismo democrático”. Éste es “un centralismo en movimiento, vale decir una adecuación continua a la organización del movimiento real, una capacidad de equilibrar el impulso de la base con las orientaciones de la dirección, una inserción continua de los elementos que surgen de lo profundo de la masa en el sólido cuadro de dirección, el cual asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias. Tal centralismo es realmente orgánico –concluye– porque tiene en cuenta al movimiento, que es la forma orgánica en que se revela la realidad histórica y no se esteriliza mecánicamente en la burocracia.” Si quisiéramos sintetizar en pocos rasgos el núcleo de la teoría del partido en Gramsci –claramente diferenciada de la matriz kautskiana-leninista y mucho más de la práctica de “bolchevización” impulsada por el stalinismo– ello nos podría mostrar la absoluta contigüidad entre ella, su teoría de la crisis revolucionaria y su teoría del socialismo. Esos rasgos son:

*Primero:* A partir de su propia historia las masas tienden a organizarse de manera autónoma; el partido mantiene una relación con ellas tratando de conquistar la hegemonía *desde el interior* del movimiento popular;

*Segundo:* La organización partidaria nace en los lugares de producción; de modo que su ligazón con la clase no es sólo “ideológica” sino también “física”;

*Tercero:* La revolución es un hecho de masas, la realización de una voluntad colectiva expresada en instituciones propias;

*Cuarto:* El poder es ejercido por las masas, pues el objetivo del socialismo es liquidar la distinción entre gobernantes y gobernados a través de una progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil.

El eje es siempre la necesaria relación del partido con las masas, la articulación entre intelectuales y pueblo, entre conciencia y espontaneidad, entre teoría y práctica social. Su clave no es organizativa sino gnoseológica. El eslabón que une a la economía, las clases y la política se condensa en el concepto de hegemonía, como éste, a su vez, se despliega históricamente en la guerra de posiciones. Esa posibilidad hegemónica, como “paso del saber al comprender, al sentir y viceversa, del sentir al comprender, al saber”, es definida por Gramsci en una nota bajo ese título redactada en 1932:

“El elemento popular ‘siente’ pero no siempre comprende o sabe. El elemento intelectual ‘sabe’ pero no comprende o, particularmente, ‘siente’ (...) El error del intelectual consiste en creer que se pueda *saber* sin comprender y especialmente sin sentir ni ser apasionado (no sólo del saber en sí, sino del objeto del saber), esto es, que el intelectual pueda ser tal (y no un puro pedante) si se halla, separado del pueblo-nación, o sea, sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprendiéndolas y, por lo tanto, explicándolas y justificándolas por la situación histórica determinada; vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una superior concepción del mundo, científica y coherentemente elaborada:

el 'saber'. No se hace política-historia sin esta pasión, sin esta vinculación sentimental entre intelectuales y pueblo-nación. En ausencia de tal nexo, las relaciones entre el intelectual y el pueblo-nación son o se reducen a relaciones de orden puramente burocrático, formal; los intelectuales se convierten en una casta o un sacerdocio (...) Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos, —entre gobernantes y gobernados— son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente sino de manera viviente), sólo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el 'bloque histórico'.”

## 5.

### ¿Por qué Gramsci?

Toda verdad, incluso si es universal y también si puede ser expresada con una fórmula abstracta de tipo matemático (para la tribu de los teóricos) debe su eficacia al ser expresada en los lenguajes de las situaciones concretas particulares: si no es expresable en lenguas particulares es una abstracción bizantina y escolástica, buena para el solaz de los rumiadores de frases.  
*Cuaderno IX, fragmento 63.*

Discurso teórico desplegado desde la defensa de una estrategia política concreta, el rescate del pensamiento gramsciano requiere, por lo tanto, una justificación particular. Si sólo nos limitáramos a valorar su contribución como la de un precursor en el desarrollo de la ciencia política marxista, la pregunta que encabeza este epílogo tendría menos vigencia. Pero ese Gramsci no sería el real.

Su obra, para nosotros, implica una propuesta que excede los marcos de la teoría general para avanzar, como estímulo, en el terreno de la práctica política. Sus preguntas se parecen a nuestras preguntas, sus respuestas se internan en caminos que creemos útil recorrer. Escribiendo para una Italia de hace cincuenta años, en sus textos reconocemos una respiración que es la nuestra, en otra punta del tiempo y del mundo. Educados en el hábito “consumista” tan reiterado en las izquierdas latinoamericanas, las referencias a esta actualidad de Gramsci podrían ser sospechadas como parte de los cíclicos enamoramientos hacia modelos lejanos, a los que se acata sumisamente para luego cambiarlos por otros.

Ciertamente ¿por qué Gramsci, si él mismo señala que la estrategia propuesta “se plantea en los estados modernos y no en los países atrasados ni en las colonias, donde aún tienen vigencia las formas que en las primeras han sido superadas transformándose en anacrónicas”?

Esta propia estimación de su pensamiento parece avalar a quienes sostienen que el uso de sus conceptos es sólo pertinente en las sociedades capitalistas avanzadas, en el centro del mundo, en el “Occidente” imperialista. Sin embargo su problemática, tal cual la hemos visto, se evade de esos límites rígidos y nos alcanza. Más aún: en uno de sus últimos trabajos previos a la prisión, Gramsci propone otro criterio para la distinción entre sociedades que, aunque nada más que indicativo, resulta más matizado que el extremo enfrentamiento entre “Oriente” y “Occidente”.

Analizando la situación internacional y las posibilidades revolucionarias, define entonces dos tipos de países: los de capitalismo avanzado y los de “capitalismo periférico”. En los primeros, “la clase dominante posee reservas políticas y organizativas que no poseía en Rusia, por ejemplo (...) el aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo suele creerse y logra organizar, en los momentos de crisis, fuerzas fieles al régimen”.

En los segundos –y cita como ejemplo a Italia, España, Polonia y Portugal– pese a que el estado está menos consolidado y sus fuerzas son menos eficientes, entre el proletariado y el capitalismo se extiende un amplio espectro de clases intermedias que llegan a conducir una política propia y a influir sobre el resto de las clases populares. “Incluso Francia –dice– aún cuando ocupa una posición eminente en el primer grupo de estados capitalistas, participa por algunas de sus características de la situación de los estados periféricos.”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> “Un examen de la situación italiana”, publicado en *Rinascita*, 14 de abril de 1967. El texto es de julio-agosto de 1926.

A partir de estas indicaciones que el mismo Gramsci proporciona, es posible pensar en la existencia de dos grandes tipos de sociedades “occidentales”, definidas principalmente en términos de las características que en ellas asume la articulación entre sociedad y estado, dimensión que de manera nítida aparece en Gramsci como privilegiada para especificar diferenciaciones dentro de la unidad típica de un “modo de producción”.

“Occidente”, en sentido clásico, sería aquella situación en la que la articulación entre economía, estructura de clases y estado asume forma equilibrada, como anillos entrelazados de una totalidad. Se trata de un modelo fuertemente societal de desarrollo político, en el que una clase dominante nacional integra el mercado, consolida su predominio en la economía como fracción más moderna y crea al estado. La política toma la forma de un escenario reglamentado en el que las clases van articulando sus intereses, en un proceso creciente de constitución de su ciudadanía a través de expresiones orgánicas que culminan en un sistema nacional de representación que encuentra su punto de equilibrio en un orden considerado como legítimo a través de la intersección de una pluralidad de aparatos hegemónicos. Ese sería el “Occidente” puro (al menos luego de pasado el tránsito “impuro” de la acumulación originaria) cuya manifestación ideológica sería el liberalismo de cepa sajona, propio del capitalismo “temprano”.

Pero Gramsci permite pensar en otro tipo de situación “occidental”, aquella en la que, a diferencia de “Oriente”, puede hablarse de formas desarrolladas de articulación orgánica de los intereses de clase que rodean, como un anillo institucional, al estado, pero en la cual la sociedad civil así conformada, aunque compleja, está desarticulada como sistema de representación, por lo que la sociedad política mantiene frente a ella una capacidad de iniciativa mucho mayor que en el modelo clásico. Sociedades, en fin, en las que la política tiene una influencia enorme en la configuración de los conflictos, modelando de algún modo a la sociedad, en un movimiento

que puede esquematizarse como inverso al del caso anterior. Aquí, la relación economía, estructura de clases, política, no es lineal sino discontinua.

En realidad, la propuesta analítica gramsciana está pensada mucho más desde esta segunda perspectiva que desde la primera: basta repasar las características de la Italia de los 20 y los 30 sobre la que él trabajó, para confirmar esta obviedad no siempre advertida por los comentaristas que lo sacralizan como el teórico del “Occidente” más desarrollado. Como señala exactamente Coletti, la obra de Gramsci “consiste realmente en un estudio sociológico de la sociedad italiana”.<sup>2</sup> Por ello, su esquema metodológico, el impulso de su indagación, resulta sobre todo pertinente para el estudio de aquellas sociedades cuyo desarrollo gira alrededor del estado y de sus crisis, como las llamadas de “capitalismo tardío” (Italia, Alemania, España, etc.; las que en el texto gramsciano citado aparecen como de “capitalismo periférico”). Sociedades aún no “maduras”, dinamizadas por el estado y por la política, pero en las que el estado es mucho más “bonapartista” que “despótico-oriental”. El modelo que Gramsci propone en los cuadernos para analizar el “bonapartismo”, ejemplo clásico de discontinuidad entre economía y política, entre clases y estado, puede mostrar esta plasticidad de su metodología para enfocar situaciones políticas escasamente probables en los países clásicos de “Occidente”, pero típicas bajo el capitalismo tardío y el dependiente, cuyo modo regular de crisis –fractura entre clases y estado, crisis de representación, en suma– toma como estímulo de pensamiento. El fragmento forma parte de una nota crítica contra el economicismo, pero sus alcances metodológicos tienen una concreta resonancia empírica para nosotros.

Luego de refutar la posibilidad de analizar a los movimientos “bonapartistas” como expresión inmediata de una clase, escribe:

---

<sup>2</sup> Cfr. Perry Anderson, “Una entrevista política-filosófica con Lucio Coletti”, publicada en español en *Cuadernos Políticos*, México, núm. 4, abril-junio de 1975, p. 80.



“Cuando se produce un movimiento de tipo boulangista el análisis debería ser conducido, siguiendo una visión realista, según esta línea: 1) contenido social de la masa que adhiere al movimiento; 2) ¿qué función tiene en el equilibrio de fuerzas que se va transformando, como lo demuestra el nuevo movimiento por el hecho de nacer?; 3) ¿qué significado, desde el punto de vista político y social tienen las reivindicaciones que presentan los dirigentes y que encuentran una aprobación?, ¿a qué exigencias efectivas corresponden?; 4) examen de la conformidad de los medios con el fin propuesto; 5) sólo en última instancia y presentada en forma política y no moralista se plantea la *hipótesis* de que un movimiento tal será necesariamente desnaturalizado y servirá a fines muy distintos de aquellos que esperan las multitudes adheridas. Por el contrario esta hipótesis es afirmada en previsión cuando ningún elemento concreto (y que aparezca, por lo tanto, con la evidencia del sentido común y no a través de un análisis ‘científico’, esotérico) existe aún para confirmarla. De allí que tal hipótesis aparezca como una acusación moral de doblez y de mala fe o de poca astucia, de estupidez para los secuaces. La lucha política se convierte así en una serie de hechos personales entre quienes lo saben todo y han pactado con el diablo y quienes son objeto de burla por parte de sus dirigentes sin querer convencerse de ello a causa de su incurable estupidez.”

El texto parece un retrato ex profeso de tanta lectura “clasista” que se ha hecho (y se hace) en América Latina de los movimientos populistas. He tratado de desplazar la posibilidad del método gramsciano a los casos de capitalismo tardío, desde la indicación más habitual que tiende a confinarlo como teórico de la porción “madura” del sistema internacional. Pero América Latina, continente marcado por una secular situación de dependencia en el que ni una clase dominante autónoma ni un fuerte estado han asumido la tarea del desarrollo nacional. ¿dónde se ubicaría? ¿No sería legítimo incluirla en “Oriente”, esto es, verla como ejemplo de una sociedad simple en donde “el estado [es] todo y la sociedad civil (...) primitiva y gelatinosa”?

Sociedades con más de siglo y medio de autonomía política, con una estructura social compleja, en las que, además, han tenido vigencia movimientos políticos nacionalistas y populistas de envergadura y en las que existe una historia organizacional de las clases subalternas de larga data, las latinoamericanas no entran sino por comodidad clasificatoria en la categoría general de “tercer mundo”, categoría residual que quizá pueda describir mucho mejor a algunas sociedades agrarias de Asia y África. Es cierto que es necesario distinguir en el interior de esa generalidad que puede ser América Latina: cada una de las sociedades que integra el continente refleja un modo particular de articulación al mercado mundial y un entrelazamiento específico de economía, sociedad y política. No introduciré acá lo que es ya suficientemente conocido, es decir, una caracterización tipológica de ese universo confuso, indiferenciado que para el observador europeo o norteamericano es América Latina: ciertamente esta zona del mundo no constituye una unidad o si se prefiere usar la frase rutinaria, es una diversidad dentro de una unidad.

Nuestro discurso abarca, dentro de ese conjunto, a aquellos países que han avanzado en un proceso de industrialización desde principios de siglo y más claramente tras la crisis de 1930, con todas sus consecuencias sociales conocidas: complejización de la estructura de clases, urbanización, modernización, etc. Estos países, Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México, Uruguay y últimamente, por las consecuencias notables de su “boom” petrolero, Venezuela, unificados entre sí porque todos ellos se insertan en la economía mundial a partir de un proceso de industrialización, conforman también sistemas hegemónicos específicos, caracterizados por el modo particular de articulación entre sociedad y estado.

Comparables por su tipo de desarrollo, diferenciables como formaciones históricas “irrepetibles”, estos países tienen aún en ese nivel rasgos comunes: esa América Latina no es “Oriente”, es claro, pero se acerca mucho al “Occidente” periférico y tardío. Más clara-

mente aún que en las sociedades de ese segundo “Occidente” que se constituye en Europa a finales del siglo XIX, en América Latina son el estado y la política quienes modelan a la sociedad. Pero un estado —y he aquí una de las determinaciones de la dependencia— que si bien trata de constituir la comunidad nacional no alcanza los grados de autonomía y soberanía de los modelos “bismarckianos” o “bonapartistas”.

Todas las pujas políticas del siglo XIX son pujas entre grupos que desde el punto de vista económico se hallan escasamente diferenciados y que aspiran al control del aparato del estado para desarrollar desde él a la economía y promover, con ello, una estructura de clases más compleja. Sobre este virtual vacío social, en el que al amparo de la fuerza de los ejércitos, primera institución nacional, se crean los estados (y el espacio para el mercado económico) ha de penetrar el capital extranjero, configurando así la pareja de los principales protagonistas de la vida social y política latinoamericana en sus orígenes.

A estos dos grandes actores, con quienes se entrecruzan las fracciones dominantes nativas (y el peso original que tengan éstas será decisivo para determinar los modos particulares de la dependencia), se van agregando, como producto local del desarrollo capitalista dependiente, otros sectores sociales, desde una burguesía urbana que aprovecha los intersticios dejados por el dinamismo de un patrón de acumulación que no controla, hasta, en el otro extremo, masas marginales.

Toda la historia política de América Latina es la historia del proceso de incorporación y de las tentativas de exclusión de estos nuevos sectores en el modelo más simple surgido hacia finales del siglo XIX. Es dentro de esta dialéctica de inserción-rechazo en la comunidad política que se va constituyendo —coexistente con la presencia, aunque subordinada, de modalidades clasistas— una voluntad nacional-popular como expresión histórica de la realización de las clases subalternas. Es que la situación de dependencia rede-

fine (sobredetermina, si se quiere una expresión más ilustre) tanto a las clases dominantes como a las clases populares y jerarquiza el papel ideológico de los sectores medios y de los intelectuales.

La historia de la emergencia de las clases populares no puede ser asimilada con el desarrollo de grupos económicos que gradualmente se van constituyendo socialmente hasta lograr coronar esa presencia en el campo de la política como fuerzas autónomas. Su constitución como sujeto social está moldeada por la ideología y por la política desde un comienzo: cuando aparecen en la escena lo hacen de la mano de grandes movimientos populares y su emergencia coincide con desequilibrios profundos en toda la sociedad, con crisis del estado.

En esa movilización colectiva, en la que coinciden todos los sectores excluidos del cerrado modelo “oligárquico”, la identidad de las clases populares es difusa si se la compara con la imagen clásica según la cual los grupos conquistan prioritariamente su especificidad económica (corporativa) y luego una especificidad política. Los movimientos nacionalistas-populares del continente (desde la revolución mexicana hasta el peronismo) no son coaliciones al estilo europeo, en las que cada una de las partes conserva su perfil propio luego de “contratar” con el otro, sino estructuras totalizantes del pueblo, generalmente con dirección ideológica de los sectores medios.

Las características de esta emergencia de las clases populares, señaladamente política pero a la vez cargada de “falsa conciencia” según la terminología habitual, han llenado de perplejidad a las izquierdas latinoamericanas que jamás supieron qué hacer frente a ese desafío, demasiado extraño para su pétrea imaginación. El único caso triunfante de una voluntad socialista (excluido Chile, ejemplo que nos llevaría muy lejos en el análisis) fue precisamente un caso “desviado” para las expectativas clásicas: el castrismo en Cuba.

El nudo del problema es que las clases populares se constituyen históricamente como tales con un peso marcado de elementos

ideológicos y políticos, dentro de sociedades desarticuladas por los fuertes criterios de exclusión que pusieron en vigencia desde un principio las clases dominantes. En estas condiciones la movilización popular ha sido siempre la única garantía para que los sectores medios quebraran las barreras de aislamiento levantadas por las “oligarquías”.<sup>3</sup>

Una conclusión calificaría escuetamente a las clases populares como “masa de maniobras” de un grupo de dominación contra otro. Observado desde la perspectiva del desarrollo capitalista, el juicio podría no estar errado. Pero sería parcial.

Esa movilización nacionalista y popular, integrada en un programa de reformas sociales y a menudo sólo posible a través de la utilización de medios violentos de lucha, no es sólo un capítulo de la historia de las burguesías: expresa también la experiencia, las

---

<sup>3</sup> La fragmentación de la clase dominante es una condición estructural del desequilibrio político latinoamericano, operando también como una variable importante para explicar las recurrencias “bonapartistas” de sus sistemas políticos. Un “bonapartismo”, sin embargo, diferente al europeo porque suele implicar la constitución de un bloque entre fracciones de la clase dominante y fracciones de la clase dominada. En un escrito ocasional pero sumamente interesante redactado por Trotsky en México en 1938 aparece por primera vez, que yo sepa, una descripción de ese tipo de alianza del estado peculiar que ella proyecta: “En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un papel decisivo. De aquí la debilidad relativa de la burguesía nacional respecto del proletariado nacional. Esto da origen a condiciones especiales del poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el doméstico, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente poderoso. Esto confiere al gobierno un carácter bonapartista sui generis, un carácter distinto. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad puede gobernar, ya convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y aherrojando al proletariado con las cadenas de una dictadura policial o bien maniobrando con el proletariado hasta llegar a hacerle concesiones y obtener así la posibilidad de cierta independencia respecto de los capitalistas extranjeros.” Cfr. “La industria nacionalizada y la administración obrera”, en León Trotsky, *Escritos sobre América*, México, 1973, p. 168.

tentativas de identificación de las clases populares que acumulan así características de clases históricamente “situadas” y no de una masa de cera virgen, apta para ser modelada desde afuera.

La observación gramsciana acerca de los campesinos italianos quienes, para poder ser incorporados a la lucha socialista, debían ser comprendidos no como categorías económicas sino como sujetos históricos marcados por determinaciones geográfico-culturales e ideológicas, vale como pauta de suma importancia para el análisis de las clases en América Latina.

Por supuesto que esta configuración particular de las clases populares no es un dato fatalista, tal como lo piensan los ideólogos nacionalistas. Pero es un punto de partida inevitable para todo proceso de superación política.

La primera forma de identidad de las masas arranca de su sentimiento de exclusión social, pero también nacional; económica, pero también política. Ese acento nacional, esa fragmentaria (aún) convicción de que frente al estado y al capital extranjero, la nación se identifica con el pueblo, marca toda su historia y exige para el desarrollo de la hegemonía que pretenden los grupos socialistas la comprensión —señalada por Gramsci— que “la relación nacional es el resultado de una combinación original, única (en un cierto sentido) que debe ser comprendida y concebida en esa originalidad y unicidad si se desea dominarla y dirigirla”. Por fin, como añadirá Gramsci, “la clase dirigente merece ese nombre sólo en cuanto interpreta esta combinación, *de la que ella misma es un componente*”.

En este punto, en que la complejidad de las situaciones descarta las fórmulas absolutas, el pensamiento de Gramsci, obra abierta a cada historia nacional, concepción para la teoría y para la práctica política que busca expresarse en “lenguas particulares” para experimentar su certeza, aparece como un estímulo útil, como un instrumento crítico permeable, alejado de los esquemas impávidos, buenos “para el solaz de los rumiadores de frases”.

Si es cierto que en la problemática de la hegemonía se anudan las exigencias de carácter nacional; si es cierto que las fórmulas po-

líticas tendientes a agrupar a las clases populares bajo la dirección del proletariado industrial requieren un reconocimiento particular para cada espacio histórico; si es cierto que las clases populares, aún disgregadas, tienen su historia autónoma; si es cierto, en fin, que el partido “educador” tiene a su vez que ser “educado” por el pueblo, todo ello significa que la guerra de posiciones, la lucha por el socialismo y luego la realización del socialismo no puede ser concebida sino como una empresa nacional y popular. Un bloque revolucionario se estructura en una sociedad en función *histórica* (no especulativa), a partir de una realidad que no está constituida sólo por un sistema económico sino que se halla expresada en una articulación cultural compleja que arranca del “buen sentido” de las masas y que tiene por terreno su historia como pueblo-nación. El socialismo sólo puede negar al nacionalismo y al populismo desde su propia inserción en lo nacional y en lo popular.

Tras la crisis vivida por todos los movimientos nacionalistas populares que caracteriza la etapa de desarrollo político latinoamericano desde comienzos de la década actual, esta reivindicación de sus temas de convocatoria puede sonar a inútil. Ya hace 10 años que algunos teóricos “dependentistas” resumieron en una consigna su apreciación acerca de las alternativas inmediatas para América Latina: “socialismo o fascismo”. Era un pronóstico sobre la ineficacia irremediable de los movimientos políticos pluriclasistas que, sin haber alterado substancialmente el patrón de acumulación, habían abierto compuertas peligrosas de participación social y política. La esperanza del socialismo como una salida a ese camino ciego, estimulada por la revolución cubana y sus ecos, aparecía como una certeza; el populismo era un “perro muerto”.

La predicción —es sabido— se autorrealizó: los límites reales del populismo fueron precipitados por lo que Gramsci había llamado, en un texto sobre el “cesarismo”, un “avance precoz” de las fuerzas que invocaban la revolución. El resultado fue la consolidación de un “equilibrio catastrófico” y, a partir del mismo, un proceso regresivo

que, sobre todo en el cono sur del continente, ha instalado las formas más bárbaras de terror blanco.<sup>4</sup>

Ciertamente, el populismo era ya impotente para resolver, como modelo de relación entre estado y sociedad, el equilibrio de las propias fuerzas que había desatado. Como forma política del desarrollo capitalista dependiente había perdido sentido: estaba asociado a una etapa anterior de ese proceso y, como proyecto burgués de crecimiento nacional, sólo podía mantener vigencia en aquellos países que no habían terminado aún con la etapa de unificación del mercado interior. Las burguesías nacionales de los países más maduros, preocupadas por encontrar su lugar en un universo económico caracterizado ahora por la penetración de las compañías transnacionales, no podían ya resolver sus problemas de acumulación si no conjuraban la amenaza de la movilización populista, esto es, si no derrotaban a la forma política de lucha que las clases populares habían alcanzado *realmente*.

Es a partir de este cuadro de crisis política, que ponía al desnudo con una gravedad inusitada la desarticulación entre sociedad y estado, que las burguesías más concentradas de los países maduros proyectan una refundación del estado para colocarlo al servicio de lo que podría llamarse el tercer momento de la revolución burguesa en América Latina. Si la primera forma de ésta, desde el siglo XIX hasta la crisis del 30, marcó la consolidación de un patrón de acu-

---

<sup>4</sup> Dice Gramsci: “La fase catastrófica puede emerger por una deficiencia política momentánea de la fuerza dominante tradicional y no ya por una deficiencia orgánica necesariamente insuperable. Hecho que se verificó en el caso de Napoleón III. La fuerza dominante en Francia desde 1815 a 1848 se había escindido políticamente (facciosamente) en cuatro fracciones: legitimista, orleanista, bonapartista y jacobino-republicana. Las luchas internas de facción eran tales como para tornar posible el avance de la fuerza antagónica B (progresista) en forma precoz; sin embargo la forma social existente no había aún agotado sus posibilidades de desarrollo, como lo demostraron abundantemente los acontecimientos posteriores”.



mulación basado en el papel que en el mercado mundial pudieron cumplir las fracciones más modernas, agroexportadoras y mercantiles; y su segunda expresión fue el proceso de crecimiento industrial en los intersticios dejados por la crisis del comercio internacional y luego por la segunda guerra, la tercera etapa es la actual, en la que la burguesía para recomponer las condiciones de la acumulación desquiciadas por el populismo, reorganiza al estado e intenta (con éxito variado, según las características de cada sociedad) poner en marcha un proceso de revolución-restauración. El punto de llegada ideal para este nuevo orden de dominación sería la consolidación de un bloque social dinámico, integrado por las cúspides de la burguesía (internacionalizada y local) y una capa tecnocrático-militar. El punto de partida que, según las relaciones de fuerza en cada sociedad, puede no evolucionar más allá de su propia reproducción inercial, es la instalación de una fase represiva-militar capaz de intentar a cualquier costo la desactivación de toda la herencia participativa y movilizadora del populismo.<sup>5</sup>

Pero esta quiebra, este lógico abandono por parte de las clases dominantes de los recursos políticos del nacionalismo popular (que, vale decirlo, fue “burgués” mucho más por un proceso de substitutismo que por la adhesión orgánica de la clase que le fijaba

---

<sup>5</sup> Sobre el tema, la bibliografía actual en América Latina es abundante. Quisiera citar sobre todo el estimulante, aunque a veces barroco, intento comprensivo de esta problemática realizado por Florestan Fernandes en “Problemas de la conceptualización de las clases sociales en América Latina” inducido en *Las clases sociales en América Latina*, compilado por Raúl Benítez Zenteno, México, 1976, pp. 191 a 276. Dos últimos libros de Fernando Henrique Cardoso, *Estado y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, 1972 y *Autoritarismo e democratización*, San Pablo, 1975, abundan en análisis sobre la cuestión. Por fin, como aporte europeo, la excelente recopilación de trabajos de Alain Touraine, *Les sociétés dépendantes. Essais sur l'Amérique Latine*, Duculot, 1976, en especial los ensayos “Les sociétés desarticulées” y “Les classes sociales dans une société dépendante”, pp. 58 a 112. Del mismo autor, en español, *Vida y muerte del Chile popular*, México, 1974.

sus horizontes de posibilidad estructural) ¿implica necesariamente la superación de ese espacio de representación para las masas populares que nacieron a la historia dentro de él? La forma particular de conformación como sujeto social de las clases subalternas en la situación de dependencia, marcada por la ideología y por la política, determinada desde sus orígenes por un impulso “nacional y popular” hacia la constitución de su ciudadanía, es —al menos para el político— un dato de tanta “dureza” como los que pueden surgir de las estadísticas económicas.

¿Qué son los trabajadores argentinos sin la referencia al peronismo, o los chilenos sin su peculiar tradición socialista y comunista, o los mexicanos sin el proceso ideológico que se abre en su sociedad en la primera década del siglo? ¿Qué sino una entelequia, una categoría libresca? (Por otro lado: ¿alguien podría entender a la clase obrera inglesa sin el laborismo?; los ejemplos podrían ir al infinito, porque se trata de un problema sustantivo para una teoría general, orgánica y no economicista de las clases.) Todos estos procesos “políticos” son parte de su historia estructural, el terreno desde donde arranca su identidad colectiva nacional, su forma de superación del corporativismo como entrecruzamiento de economía, política y cultura en un concreto real.

Hay pues un principio nacional-popular que no es privativo de una etapa del desarrollo burgués sino que forma parte de la constitución de la conciencia de las clases subalternas en las sociedades capitalistas dependientes. “Visto así —señala Enzo Faletto— el populismo deja de ser sólo la capacidad de manipulación que se ejerce sobre las masas pasando a ser la expresión de conflictos entre alternativas.” Desde la “izquierda”, sólo una expresión también ella manipuladora, externalista, del proceso de constitución política de las clases populares podría negar la existencia de una historia propia de ellas, previa al momento de su “iluminación” por la “vanguardia”.

En un fragmento de los *Cuadernos*, incorporado luego a *Il Risorgimento*, Gramsci traza un cuadro sugerente (que debe ser com-

pletado con el texto, ya citado, sobre “espontaneidad y dirección consciente” y con los apuntes sobre la relación entre sentido común y filosofía que encabezan la recopilación sobre Croce), acerca de los “criterios metódicos” que deberían seguirse para desplegar toda “historia de las clases subalternas”.

Está claro –dice– que la unidad histórica de cualquier clase social sólo termina de realizarse en el estado. La historia de las clases subalternas, por consiguiente, “está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función disgregada y discontinua de la sociedad civil”. Pero esa historia existe y es también historia de instituciones. Agrega: “Hay que estudiar, por tanto: 1) la formación objetiva de los grupos sociales subalternos, por el desarrollo y las transformaciones que se producen en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen a partir de grupos sociales preexistentes, de los que conservan durante algún tiempo la mentalidad, la ideología y los fines; 2) su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos de influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones propias y las consecuencias que tengan esos intentos en la determinación de procesos de descomposición, renovación o neoformación; 3) el nacimiento de partidos nuevos de los grupos dominantes para mantener el consentimiento y el control de los grupos subalternos; 4) las formaciones propias de los grupos subalternos para reivindicaciones de carácter reducido y parcial; 5) las nuevas formaciones que afirmen la autonomía de los grupos subalternos, pero dentro de los viejos marcos; 6) las formaciones que afirmen la autonomía integral, etc. La lista de esas fases puede precisarse todavía. El historiador debe observar y justificar la línea de desarrollo hacia la autonomía integral desde las fases más primitivas y tiene que observar toda manifestación del ‘espíritu de escisión’ soreliano.”

Todo proceso de composición de las formas organizativas de una voluntad nacional y popular por parte de las clases subalternas y sus intelectuales orgánicos supone, pues, un trabajoso trámite concreto de articulación entre “espontaneidad” y “dirección

consciente”, en el que ésta debe insertarse en el “espíritu de escisión” presente hasta en las formas más elementales. Ciertamente, la “masa” debe organizarse y esa organización es impensable sin “intelectuales”, esto es, sin organizadores y dirigentes. En palabras de Gramsci, “sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en una capa de personas especializadas en la elaboración conceptual y filosófica”. Pero este proceso se vincula a una dialéctica intelectuales-masa y no a una “evangelización” unidireccional de la masa por los portadores de la “conciencia”.

Del mismo modo que la tercera etapa de la revolución burguesa latinoamericana tiene como punto de partida una reorganización del estado y de la política, para la que se sirve de las tendencias mesiánicas y “fundacionales” que subyacen en los ejércitos, y que pretende subsumir en la idea de estado a la idea de nación, la posibilidad que se abre a las clases populares para implementar una lucha contrahegemónica desde la situación de defensiva en que se encuentran, no puede sino arrancar de una consecuente reorganización de sus alternativas políticas, en la que lo “popular” (entendido en los 60 como afirmación voluntarista de un socialismo verbal que pronto engendró su negación sangrienta) sea, a la vez, “lo nacional”. Cuando las clases dominantes identifican nación con estado, las clases populares y los intelectuales que buscan articularse orgánicamente con ellas no pueden sino intentar recobrar críticamente (y organizativamente también) su propio pasado, la memoria histórica de una identidad entre nación y pueblo.

Para todo este proceso de autorreflexión desde la derrota, pocos estímulos mejores que los de Gramsci. Pero una relación política con Gramsci no implica “gramscianismo”. Reivindicar su estrategia como camino para la conquista del poder, significa para nosotros el respeto de ciertos ejes fundamentales como incitación para un desarrollo específico, que la lectura de los textos no brinda necesariamente de manera puntual, porque no se trata de libros sagrados.

Esos ejes –tan repetidos ya– suponen: que la revolución es un hecho de masas; que la historia de cada pueblo-nación es irrepeti-

ble; que el socialismo es (debe ser) el autogobierno de las masas y no una dictadura “para el pueblo”; que en la nueva sociedad, en fin, se intenta condensar una nueva moral, como crítica y superación humana de la alienación capitalista, pero también del “socialismo” de las cárceles psiquiátricas.

Como premisa metodológica para la orientación de la acción política esta propuesta no puede basarse sino en una redefinición de las relaciones entre estructura y superestructura, entre sociedad y política, entre crisis económica y crisis social. Éste es el plano en que una práctica específica reclama una teoría que la sirva. Definición del estado en sentido amplio; caracterización de cada sociedad como sistema hegemónico particular; determinación de las formas concretas de las clases sociales por su inclusión en un determinado bloque histórico que organiza la relación entre “estructura” y “superestructura”; todos ellos temas teóricos que implican un enorme avance en la maduración de la ciencia política son, asimismo, el correlato indispensable para el desarrollo de la práctica revolucionaria.

Ellos abarcan, en un nivel más específico de la reflexión, la problemática de la organización partidaria, de su articulación con los movimientos obreros no partidarios y con los movimientos en que se expresan otras clases populares; la problemática, en fin, de la constitución de un bloque revolucionario en el que deben darse, simultáneamente, la dirección socialista y la autonomía de cada organización popular.

El modelo gramsciano supone, como punto de partida para el político socialista, la formulación de tres preguntas centrales. Ellas se refieren: al carácter de la sociedad que se quiere transformar; al carácter del estado que se quiere destruir; a la distinción amigo-enemigo que debe trazarse en cada uno de los campos anteriores. Todo esto, dinamizado, vivificado, por el modelo de sociedad que se quiere construir, presente ya en la etapa de la destrucción, como su sentido.

La primera pregunta incluye el conocimiento de la estructura social en sentido amplio; esto es, las clases fundamentales, las frac-

ciones de clase, las categorías que no son estrictamente clases, los estratos de población que constituyen —como las mujeres o los jóvenes, por ejemplo— campos homogéneos de problemas. Al análisis de esta estratificación interna se agrega el de la posición de la sociedad en una escala internacional de estratificación. Finalmente entran en el campo de la estructura social las diferencias regionales, los cortes internos de la sociedad nacional.

La segunda pregunta incluye el análisis del estado entendido en sentido amplio, como articulación entre fuerza y consenso, entre el aparato estatal jurídico-político en sentido estricto y la constelación de instituciones “privadas” en que el poder se fragmenta. El análisis abarca, pues, no sólo al estado sino al sistema político, como conjunto de instituciones orgánicamente relacionadas cuya presencia sobredetermina la estructura social. En uno y otro nivel opera la distinción fundamental de la política: la que corta amigos de enemigos.

La sociedad que se quiere transformar es un sistema hegemónico (esto es, una unidad orgánica entre estructura y superestructura, ordenada, a través de la política, por un bloque de fuerzas que desde el estado —en sentido amplio— expresan los intereses económicos, políticos e ideológicos de las clases dominantes), pero a la vez es un campo de relaciones de fuerza; un sistema sometido a contradicciones sociales, penetrado por la lucha de clases en todos los niveles.

El análisis de la estructura social y del sistema político comienza siendo un análisis estático, descriptivo de la sociedad como sistema hegemónico. Sólo al pasar al trazado de la distinción amigo-enemigo ese análisis se dinamiza, porque incorpora explícitamente a las contradicciones. Pero en este pasaje —que es de alguna manera el pasaje de la estructura a la historia, de la reproducción del sistema a su transformación— hay una discontinuidad entre el análisis de las contradicciones en la estructura social y el análisis de las contradicciones en el sistema político. La distinción amigo-enemigo en la estructura social no se despliega simultáneamente en el sistema po-

lítico. Se construye, y ésta es la tarea de los grupos revolucionarios: que el alineamiento de las fuerzas en el terreno de la política corte igual que el alineamiento de las clases en la estructura social. Que los intereses “objetivos” de las clases populares pasen a ser intereses “subjetivos” de los actores sociales. Que el sistema de contradicciones en la política sea equivalente al sistema de contradicciones en la estructura social, que las coaliciones de fuerzas políticas recorten de manera equivalente a los campos sociales de interés.

El eje de toda estrategia revolucionaria se construye alrededor de la capacidad que tiene el grupo que se postula como hegemónico para construir un programa de transición que implique un nuevo modelo de sociedad y que articule la totalidad de las prácticas institucionales de las clases, fracciones, categorías y estratos de población que conforman, en una etapa histórica dada, al “pueblo”, haciendo que sea la ideología socialista la que opere como principio ordenador del conjunto.

En esta línea de razonamiento aparece el aporte más original de Gramsci: su teoría (no siempre formulada con la rigurosidad de tal) acerca de la autonomía de los movimientos de masas frente al partido y su caracterización de la revolución como un hecho “social” antes que “político”. Para sociedades complejas, caracterizadas por la multiplicidad de experiencias asociativas de las clases populares, el modelo de articulación organizacional propuesto por Gramsci aparece como la forma más realista de abarcar las energías de las masas en una lucha constante por modificar las relaciones de fuerza sociales. Este abanico institucional abarca desde los instrumentos para realizar la hegemonía obrera (partido, consejos de fábrica, fracciones sindicales) hasta el resto de los movimientos de masas “no obreros” (barriales, estudiantiles, agrarios, etc.) articulándolos en un movimiento único a través del cual “el pueblo” reconstruye su propia historia y supera la fragmentación en que lo colocan las clases dominantes.

En este cuadro se ubican también las fuerzas específicamente políticas, generalmente expresión ideológica de las capas medias, aptas, por lo tanto, para incorporar —no sin crisis en su interior— otro nivel de representación. Pero en relación con el resto de los aparatos sociales que nuclean al pueblo, su papel es secundario, porque la trama institucional del nuevo estado está en aquéllos y no en los partidos, expresión típica del parlamentarismo liberal burgués e instrumento insuficiente, por lo tanto, para la democracia socialista. Esta compleja unidad política que incluye en su interior diversos grados, está amalgamada idealmente por un programa de transición que no es la suma de plataformas “reivindicativas” parciales de cada uno de los sectores, sino la expresión política de un nuevo modelo de sociedad.

Las líneas de acción que el pensamiento gramsciano permite desarrollar son las que aparecen como intuición, sin una formulación acabada, en el movimiento comunista tras el viraje de 1921 y que configuran la posibilidad de un segundo momento revolucionario luego de la ola insurreccionalista del 17. En una nota de 1932 titulada: “Cuestión del hombre colectivo o del conformismo social”, Gramsci diseña las diferencias entre uno y otro tipo de estrategia. El modelo insurreccional sería propio “de un período histórico en el cual no existían los grandes partidos políticos de masa ni los grandes sindicatos y la sociedad estaba aún, bajo muchos aspectos, en un estado de fluidez: mayor retraso en el campo y monopolio casi completo de la eficiencia política-estatal en pocas ciudades o directamente en una sola; aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto de la actividad estatal; sistema determinado de las fuerzas militares y del armamento nacional; mayor autonomía de las economías nacionales frente a las relaciones económicas del mercado mundial, etc.”. En una segunda etapa estos elementos cambian: “las relaciones internas de organización del estado y las internacionales devienen más complejas y sólidas y la fórmula cuarentiochesca de la ‘revolución permanente’



es sometida a una reelaboración, encontrando la ciencia política su superación en la fórmula de ‘hegemonía civil’”.

El III y IV Congresos de la IC tratarán de fijar esas nuevas pautas. Fue Lenin, precisamente, quien con mayor ahínco intentó forzar las modificaciones estratégicas para adecuar el objetivo revolucionario a los nuevos términos de la lucha de clases: ese combate es el que le da sentido a los tres últimos años de su vida.

Pero el pasaje de una concepción teñida de jacobinismo a otra que ponía como centro la conquista de las masas, implicaba la necesidad de una reelaboración también teórica, que Lenin no llegó a desarrollar.

Para sociedades predominantemente agrarias, fueron el maoísmo primero y la experiencia vietnamita luego, quienes lograron efectivizar ese salto en la teoría y en la práctica, tanto a través de la estrategia de la guerra prolongada cuanto de una metodología de la organización que busca resolver de manera dialéctica la relación entre dirigentes y masas.

Gramsci es quien diseñará similar perspectiva para sociedades estructuralmente más complejas, en las que la revolución se presenta como un fenómeno esencialmente urbano. Preocupada por lograr la unidad *política* de las clases populares más allá de los cortes ideológicos que puedan fragmentarlas, la propuesta gramsciana se deslinda del neorreformismo de los “frentes populares” planteados por los partidos comunistas desde 1934 y transformados desde entonces en una línea constante de la que los latinoamericanos tenemos experiencia. Resumiendo sus supuestos básicos, el “frente populismo” considera:

1) que quienes articulan exclusivamente los intereses políticos de las clases son los partidos;

2) que los partidos comunistas, aunque sean minoritarios, son por el mero hecho de existir, la vanguardia de los intereses del proletariado, hablan en nombre de éste y articulan acuerdos tácticos y/o estratégicos con otros “partidos-clases”;

3) que para complementar la acción de los partidos deben constituirse “movimientos de masas” puramente reivindicativos, expresión de intereses categoriales. Su iniciativa política es nula y sólo actúan como “correa de transmisión” entre las masas y la política;

4) que el desemboque de ese proceso es un gobierno de coalición sostenido por una estructura institucional de tipo parlamentario.

Desde los escritos *ordinovistas* hasta sus últimas reflexiones, el eje que recorre la obra de Gramsci es otro: el poder político debe apoyarse sobre la capacidad gestonaria de la sociedad. No hay revoluciones en “dos tiempos”, escribía en 1919: sin una unión de poder político y poder social, la revolución se apoya en el vacío. Y esa unión se construye a través de una lucha prolongada, por medio del libramiento de una guerra de posiciones en la que se va desplegando la hegemonía de los obreros y de sus organizaciones sobre el conjunto del pueblo, modificando la relación de fuerzas sociales, políticas y militares y superando así la falsa oposición entre el combate cotidiano por una política de reformas y la lucha por la revolución.

Los nudos del discurso gramsciano elaboran pacientemente esta consideración esencial y es ella la que valida, para nosotros, la posibilidad de su uso. Pero queda todavía un recodo por explorar. Gramsci no era pensamiento puro, un hálito abstracto, la suma de unos libros, palabras desplegadas para “la tribu de los teóricos”.

Fue un jefe revolucionario y finalmente fue un cautivo. Un prisionero atormentado que sintió varias veces estar al borde de la locura (“me he vuelto medio loco y no estoy seguro de no llegar a estarlo del todo dentro de poco”. escribió el 6 de julio de 1933), pero que a pesar de que necesitaba salir a toda costa “de este infierno en el que muero poco a poco” jamás transó en solicitarle al régimen un pedido de gracia, como reclamaba Mussolini.

“Estoy cansado inmensamente. Me siento separado de todo y de todos. Estoy vacío. En enero hice el último intento de vivir, tuve el último brote de vida.” Esa agobiante desesperación había de acompañarlo todavía cuatro años más: “como dicen en Cerdeña, doy vueltas por la celda como una mosca que no sabe donde morir”.

Meridional, contrahecho, solo, este Antonio desmoronado que envolvía al otro Gramsci es lo contrario al semidiós de una revolución. Pero le alcanzaron las fuerzas, sin embargo, para cumplir hasta el fin con la porfiada convicción que llevó consigo a la cárcel: “Para estar tranquilo, quiero que no te asustes ni te inquietes cualquiera que sea la pena a que me condenen. Quiero que comprendas bien, incluso sentimentalmente, que soy un detenido político y que ahora seré un condenado político, que no tengo ni tendré nunca que avergonzarme de esta situación. Que, en el fondo, la detención y la condena las he querido yo mismo porque nunca he querido cambiar mis opiniones: por ellas estoy dispuesto a dar la vida y no sólo a sufrir la cárcel.” Repetir la pregunta inicial puede adquirir, ahora, un nuevo sentido. ¿Por qué Gramsci? *También por esto.*

1975

Se terminó de imprimir en invierno del 2019  
en Traslasierra- Capital Federal